

A vintage-style bicycle with a wicker basket full of flowers, set against a background of stylized leaves. The bicycle is light green with a brown wicker basket on the handlebars. The basket is filled with a bouquet of pink, white, and yellow daisies. The background is a repeating pattern of stylized, golden-brown leaves with intricate patterns. The overall tone is warm and nostalgic.

KATE DAWSON

PERDIENDO
el
MIEDO

Contenido

[Perdiendo el miedo](#)

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Y colorín colorado](#)

[Un apunte lector](#)

PERDIENDO EL MIEDO

Kate Dawson

Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra será constitutiva de delito y está bajo las sanciones que determinan las leyes.

© Kate Dawson

Portada: Kate Dawson

1ªEdición: octubre de 2017

Unos nacen con estrella, otros nacen estrellados

Olivia abrió la puerta del lavavajillas y comenzó a sacar el menaje limpio para colocarlo en los armarios de la cocina. Dejó cuatro tazas sobre la encimera de cuarzo y encendió la máquina de café. Siempre era la primera en levantarse para preparar el desayuno de toda la familia y la última en meterse en la cama. Escuchó el sonido de la alarma en el piso de arriba, Vic ya debía estar sentado en la cama tratando de conectar sus neuronas. Nunca había conocido a nadie a quién le costase tan poco levantarse. Colocó el pan en la tostadora, la mermelada y la mantequilla sobre la mesa y terminó de preparar el Cola Cao de los niños.

Cuando volvió a guardar la leche en el frigorífico se le cayó el bote de Kétchup y le golpeó en el pie haciéndola soltar un quejido malhumorado. Odiaba aquel electrodoméstico, nunca le había gustado. Ella quería una nevera de acero inoxidable, de aspecto antiguo, pero moderna. Quería que fuese grande para poder organizarla de manera eficiente. Pero siempre había sido fácil de convencer. Tenía tendencia a resignarse y solía aceptar cualquier cosa si con ello se evitaba una discusión con Vic.

Vic estaba tumbado en la cama con la mirada fija en el techo. Ese era el día que se había puesto de plazo y siempre cumplía los plazos que se ponía. Sentía un vacío enorme en el pecho, pero no dejó que el desánimo anidara en él. Se levantó de la cama sin esfuerzo, de algo tenía que servir machacarse todos los días en el gimnasio. A los cuarenta y cinco años tenía un físico mucho más cuidado que cuando tenía treinta. La imagen de Nyx se materializó delante de él y una sensación cálida recorrió todo su cuerpo.

Entró en el cuarto de baño para ducharse y se quitó el pantalón del pijama sin dejar de mirar la maquinilla de afeitar que descansaba en el borde de la bañera. Odiaba que Olivia la dejase ahí. Se lo había dicho muchas veces y ella solía asentir respondiendo que intentaría acordarse. Pero ahí seguía. La cogió malhumorado y la lanzó dentro de la papelera. Después entró dentro de la bañera abriendo el grifo a tope y cerró la cortina de golpe haciendo saltar una de las anillas.

Olivia subió las escaleras llamando a sus hijas con voz cantarina.

—Venga, princesas, hay que levantarse. ¡Primer día de clase!

Entró en el cuarto de las niñas, que debía ser el lugar más rosa de todo el planeta, y se acercó a la ventana para subir la persiana. Las mellizas se taparon la cabeza con las mantas y gruñeron, pero su madre fue inflexible y se lanzó sobre ellas atacándolas a cosquillas. Primero subiendo a la litera de arriba en la que dormía Edeline.

—¿Qué decís? ¿Que os levantáis corriendo?

—Mamaaa —la llamó Rohana que era la que recibía su dosis de cosquillas en ese momento en la litera de abajo.

—¿Qué pasa, tesoro? —dijo tumbándose de lado en su cama y mirándola con la cabeza apoyada en el codo.

—No quiero ir —comentó malhumorada—. Quiero dormir.

—Pero ya está el desayuno —dijo Olivia sonriendo.

—¡No quiero! —dijo Rohana.

—¡No tengo hambre! —exclamó Edeline.

—Pero si he hecho tostadas y hay mermelada de fresa —comentó su madre mirando hacia la litera de arriba.

Rohana abrió un ojo para mirarla y comprobar que no la estaba engañando.

—¿De verdad? —preguntó Edeline asomando la cabeza desde arriba.

Olivia asintió, se levantó de la cama de Rohana y le tendió los brazos a Edeline para ayudarla a bajar.

—Venga, lavaos la cara y veréis como os despejáis —indicó sonriéndoles—. Voy a despertar a vuestro padre, os esperamos abajo.

Se acercó al dormitorio y se encontró con que Vic ya estaba casi vestido. Terminaba de abrocharse los últimos botones de la camisa al tiempo que metía los pies en sus zapatos de Armani. Olivia se apoyó en el quicio de la puerta y lo miró como se mira un jarrón bonito que tienes en la estantería. Lo mantienes protegido y cuidado, lo contemplas extasiada, pero no puedes utilizarlo para colocar tus flores, porque lo estropearías.

—Ya está el desayuno —informó con suavidad—. Las niñas bajaran enseguida.

Él la miró un instante y después se acercó al galán para coger la corbata.

—¿Te pongo el café? —preguntó.

—Sí, por favor —dijo atándose el nudo.

Olivia se miró un instante las zapatillas y después se dio la vuelta para bajar. Al pasar junto al mueble que había junto a las escaleras se detuvo a contemplar las fotografías. Siempre le había gustado aquella imagen de su

boda. Aquella mirada alegre y su sonrisa franca. Vic se veía tan joven y feliz... Sacudió su cabeza borrando aquellos pensamientos y volvió a la cocina para servir el café en las tazas.

El timbre de la puerta sonó y Olivia se puso de pie.

—Vamos, vamos, vamos —azuzó a sus hijas mientras les daba sus bolsas del almuerzo—. La mamá de Lillian ya está aquí, no la hagamos esperar.

—Lillian siempre te hace esperar a ti —dijo Rohana haciéndose la remolona.

—Y a nosotras no nos gusta, ¿verdad? —dijo Olivia empujándola con suavidad para que caminase más deprisa.

—Pero lo hace igual —dijo Edeline cuando ya estaba con la mano puesta en la puerta.

—No debemos hacer lo que no queramos que nos hagan —aseguró Olivia sin dejar de sonreír.

—Bufffff —bufó Rohana.

—Buenos días, Jaycie —dijo Olivia acercándose al coche parado en su puerta—. Hola Lillian.

—Buenos días —dijo la niña con expresión de agobio.

Olivia sonrió al mirar a su vecina.

—Hoy es un drama todo —refirió Jaycie—. El mundo es horrible el primer día de clase.

Rohana y Edeline dieron un beso a su madre y entraron al coche, sentándose junto a Lillian que ni siquiera las miró.

—Que tengáis un buen día, niñas. Nos vemos esta tarde —dijo Olivia.

Las niñas asintieron y Jaycie hizo un gesto de despedida antes de poner el coche en marcha.

Cuando volvió a entrar en la cocina se sorprendió de ver a su marido sentado aún a la mesa.

—¿No te vas ya? —preguntó desconcertada.

—Tenemos que hablar —dijo él.

Olivia lo miró con preocupación. Sabía que últimamente había tenido problemas con Francisco, su jefe inmediato, pero por más que había intentado que le explicase cómo estaban las cosas se había encerrado en su mutismo habitual, dejándola fuera. Se sentó junto a él y lo miró interesada, quería que viese que podía contar con ella.

—¿Quieres que te ponga otro café? —preguntó solícita.

Vic negó con la cabeza sin dejar de mirarla. Todavía podía ver en su rostro al que estaba con ella en la fotografía junto a la escalera y sintió una oleada de ternura y un deseo de aliviar su evidente angustia.

—¿Al final van a hacer los recortes que sospechabas? —preguntó tratando de allanarle el camino.

Vic frunció el ceño como si lo hubiese descolorado y después su expresión se aclaró.

—¡Ah, eso! No, no. Ayer habló Pablo conmigo...

—¿Pablo? —dijo ella sorprendida—. ¿El jefe de Francisco habló directamente contigo?

Vic asintió.

—Me ha ascendido —dijo sonriendo—. ¡Por fin!

Olivia se llevó las manos a la boca y después hizo ademán de abrazarlo, pero él le hizo un gesto para que se quedara sentada.

—Espera, espera —dijo—. No es de eso de lo que quiero hablarte.

Olivia se sentó muy despacio sin apartar sus ojos de él.

—No sé cómo decir esto —empezó—. Llevo días planificando un discurso, pero creo que lo mejor es decirlo y ya está. Ya no te quiero.

Olivia no escuchó sus palabras. Bueno, sí las escucho, pero su cerebro fue incapaz de procesarlas. Se quedó quieta y con la mirada clavada en sus ojos. En ese momento era completamente inmune a cualquier interferencia exterior. Ya podían invertirse los polos del planeta o llover misiles de Pyongyang que Olivia ni pestañearía.

Vic esperaba otra clase de reacción y estaba preparado para ella. Necesitaba que se pusiera furiosa, podría tolerar insultos y cosas volando por los aires en dirección a su cara, pero no aquel mutismo intenso y escalofriante. Miró involuntariamente hacia el cajón de los cuchillos. No, ella no era así. Volvió a mirarla y carraspeó.

—No sabes lo difícil que es esto para mí. Llevo varios meses dándole vueltas al modo menos doloroso de acabar con esto, pero no hemos sido capaces de encontrar la manera.

Ahí estaban los misiles, se dijo Olivia. Varios meses y hemos.

—Lo nuestro empezó a morir cuando nacieron las gemelas —siguió Vic, que había cogido carrerilla y ya no podía parar—. Siempre estabas cuidando de ellas y dejaste de ser la chica divertida de la que me enamoré. Te abandonaste, cogiste peso, ya no parecías disfrutar tanto del sexo...

Olivia escuchaba sus palabras, pero en su mente se sucedían imágenes que

explicaban muy bien lo que él decía. Todo era cierto y no se le podía replicar. Tener un hijo no es tarea fácil, hay muchas cosas que hacer y mucho que aprender. ¡Pero tener dos era mucho peor! Cuando terminaba de dar de comer a una y la cambiaba y vestía ya tenía que ponerse con la otra. Los dos decidieron que les darían de mamar y se engordó. Cuando caía en la cama lo último en lo que pensaba era en que volviera a metérsela. Aquel lugar entre sus piernas se había convertido en un peligro con graves consecuencias.

—A pesar de todo yo me mantuve firme y no hice caso a las provocaciones que me hacían algunas compañeras de trabajo —siguió Vic—. Y no fueron pocas.

Olivia lo comprendía perfectamente, mientras ella se encargaba de llevar a las gemelas al parque, él se apuntó al gimnasio. En un año ella había engordado diez kilos y él tenía unos abdominales impresionantes.

—Pero cuando conocí a Nyx no pude resistirme más —dijo él con expresión atormentada—. Ningún hombre podría resistirse a una mujer así.

¿Nyx? Pensó Olivia. Le sonaba ese nombre, pero no sabía de qué.

—Lo he intentado, te lo juro —seguía Vic, concentrado en su propia voz—. Cuando la contraté como entrenadora personal no me imaginaba que iba a ser tan duro.

Olivia asintió, ahora recordaba de qué le sonaba el nombre. Vio lo que pagaba por sus servicios como personal training y le pareció un trabajo de lo más rentable. Nada que ver con lo que ella ganaba como correctora.

—Me planteé incluso pedir que me asignara otro entrenador —dijo Vic mirándola sin verla—. Pero me pareció una actitud poco madura y aguanté.

Siempre había sido un hombre decidido, pensó Olivia, cuando quería algo no cejaba en su empeño hasta conseguirlo. Aún recordaba las veces que fue con su moto a buscarla al trabajo a pesar de que ella no estaba interesada en salir con él.

—Ahora me alegro de haberlo hecho —dijo él—. No quiero ser cruel, Olivia, pero tengo que ser sincero contigo. Después de todo eres la madre de mis hijas. Y no temas, no voy a hacer nada para quitártelas. Sé que las niñas querrían estar contigo si les preguntásemos y, por eso, dejaré que vivan aquí.

Qué generoso, se dijo Olivia. Aunque pensándolo bien, ¿qué iba a hacer él con dos niñas a las que apenas dedicaba diez minutos al día?

—Eso sí —aclaró él mirándola con el ceño fruncido—, tendremos que llegar a un acuerdo en cuanto a la casa. No sería justo que tú te quedes con ella y no pagues nada. Pero de eso ya hablaremos dentro de unos días.

Olivia lo vio ponerse de pie y no supo qué hacer. ¿Debía levantarse también? ¿Esperaba que hablase o simplemente era una espectadora a la que le habían hecho un pase privado?

—Recogeré algunas cosas —dijo él que no parecía extrañarse de que su mujer, con la que había convivido durante diez años no hubiese emitido el más mínimo sonido—. Entiendo que sería violento que me quedase más días. Además, Nyx vive en el centro de la ciudad y me irá mejor para el trabajo.

Olivia se puso de pie sin demasiado convencimiento. Sentía las piernas como si fuesen de gelatina. Debería hacer algo con eso, solo tenía cuarenta años.

—Siempre he querido que fueses feliz —dijo él sonriéndole—, y me he esforzado mucho en conseguirlo. Pero debes comprender que no puedes estar siempre apoyándote en los demás. A veces hay que tomar las riendas. Espero que esta experiencia te sirva para crecer como persona. Te deseo lo mejor, Olivia.

Se inclinó para darle dos besos. Como si fuese una visita de cortesía. Después salió de la cocina y Olivia le oyó subir las escaleras hasta su habitación.

Volvió a sentarse en la silla en la que se había sentado los últimos diez años todas las mañanas. Miró las paredes de aquella cocina, cada rincón, cada armario. No podría decir cuánto rato estuvo allí sentada. Tampoco tenía ningún sitio al que ir. Escuchó los pasos de Vic bajando las escaleras. Ni siquiera se asomó de nuevo a la cocina para ver cómo estaba. Lo oyó abrir la puerta de la calle y cerrarla al salir. El motor del coche y el ruido de los neumáticos maniobrando para dirigirse a la carretera. Y luego el silencio.

De Pascuas a Ramos

—¡Será cabrón, hijo de puta, mal nacido! —Nicole gesticulaba mientras le hacía un traje de insultos a su cuñado—. ¡Deja que me lo eche a la cara! Le voy a patear los huevos.

Olivia puso la taza de café en su cafetera de expreso y le dio al botón. Llevaba un buen rato escuchando los improperios de su hermana pequeña y no daba crédito al amplio vocabulario que tenía para esos temas.

—¿Pero cómo no te diste cuenta, alma de cántaro! —le dijo Nicole cogiendo la taza de sus manos—. ¿Cuánto tiempo llevabais sin follar?

Olivia se sentó frente a ella y dejó su taza en la mesa.

—Pues mucho, la verdad —dijo pensativa.

—¿Lo ves? ¡De Pascuas a Ramos! ¡Ahí lo tienes! —dijo Nicole gesticulando.

Olivia pensó que su hermana gesticulaba demasiado y nunca se había fijado hasta ese día.

—¿Estás diciendo que es culpa mía? —preguntó extrañada.

—No, idiota, lo que estoy diciendo es que deberías haberlo visto venir y haberte preparado.

—¿Cómo se prepara una para algo así? —preguntó con tristeza.

—Pues vaciándole las cuentas, por ejemplo —dijo Nicole con firmeza—. Aunque seguro que él ya ha sacado todo el dinero.

—¿Estás tonta o qué? —dijo Olivia moviendo la cabeza—. Vic nunca haría eso.

—Trae tu ordenador, anda —le dijo su hermana mirándola como si no la reconociese.

—¿Qué te había dicho? —Nicole señalaba los ceros de sus cuentas sin que Olivia pudiese articular palabra—. Es un hijo de la grandísima puta, y no es un insulto porque su madre es la zorra más grande de todo el estado.

Olivia seguía con la mirada fija en aquellos ceros sintiendo cómo una extraña y desconocida emoción crecía dentro de ella.

—¿Tienes alguna cuenta tuya? —preguntó Nicole.

Olivia negó con la cabeza. Cuando nacieron las mellizas dejó su trabajo

como correctora en una revista y, desde entonces, todos los ingresos provenían de Vic.

—Yo no tenía un sueldo —dijo con serena frialdad—. Debe pensar que el dinero era suyo.

—¡Claro! Porque cuidar de las niñas era tu obligación. Y hacerle la comida, plancharle la ropa, limpiar la casa. De follar no hablo porque me parece que ahí no cumplías.

Olivia miró a su hermana pequeña y vio en sus ojos la ironía. Y también la tristeza.

—He sido una estúpida, ¿verdad? —preguntó.

Nicole asintió con los ojos llenos de lágrimas.

—Siempre fue un gilipollas —dijo abrazándola—, pero no te preocupes, saldrás de esta. Las tres saldréis.

Olivia se dio cuenta en ese momento de que las niñas no tardarían en volver del colegio y sintió que el pánico le atenazaba la garganta.

—Tendré que hablar con ellas —dijo angustiada.

Nicole asintió.

—Es algo que debe decir una madre, sí.

Hablando de madres, Olivia se dio cuenta también en ese momento de que tendría que contárselo a su madre y empalideció.

—De mamá no te preocupes —dijo su hermana comprendiendo por dónde iban sus pensamientos—. Yo hablaré con ella. Y con papá.

Olivia asintió agradecida. El timbre de la puerta sonó y las dos hermanas se levantaron tratando de poner su mejor cara.

—¿Quieres que me quede? —preguntó Nicole.

Su hermana mayor asintió.

—¿Entonces papá ya no nos quiere? —preguntó Rohana muy seria.

—¿Ya no vivirá más aquí? —preguntó Edeline sin esperar la respuesta a la pregunta de su hermana.

—Claro que os quiere. Vuestro padre os adora...

—¿Entonces es a ti a quién ya no quiere? —preguntó Rohana arrugando el morro.

Olivia lo pensó un segundo y finalmente asintió.

—Eso es, a mí ya no me quiere —dijo aguantándose las ganas de llorar—. Los mayores se casan cuando se quieren y si uno de los dos deja de querer al otro, se separan. Eso no significa que deje de ser vuestro papá.

—¿Y tú le quieres? —preguntó Edeline.

Olivia asintió muy despacio.

—Pobrecita —dijo la niña levantándose para abrazarla.

Rohana en cambio se quedó en el mismo sitio con expresión de enfado.

—Pues no tienes que quererlo. —Cogió su mochila del suelo—. Si se ha ido, pues mejor. Tengo deberes.

Sin esperar más se fue a su habitación. Olivia y Nicole se miraron con tristeza y la hermana pequeña le hizo un gesto de cariño y se levantó para ir a hablar con su sobrina.

—Ahora mamá os necesita mucho —le decía a la pequeña que estaba concentrada en su tarea con aquella expresión enfadada en su rostro—. Si vosotras os ponéis tristes o enfadadas, ella sufrirá más.

Rohana miró a su tía y le enseñó los dientes en una falsa sonrisa muy graciosa.

—Eso está mejor —dijo Nicole sonriendo también.

—Tú no te has casado nunca —le dijo la niña—. Eres lista.

Nicole asintió.

—Y tú también lo eres, pequeñaja.

La puerta de la habitación se abrió y entró Edeline con expresión triste.

—Pobrecita mamá —dijo.

Nicole estiró los brazos y la niña se refugió en ellos.

—Ahora tenemos que ser fuertes por ella, ¿vale? —dijo mirándolas a ambas—. Le demostraremos que puede contar con nosotras.

Las niñas asintieron. A Nicole no le pasaba desapercibido que las niñas no estaban afectadas en lo más mínimo al saber que el estúpido de su padre no iba a vivir más con ellas. Tampoco es que le extrañase, ya que apenas había compartido más que un par de ratos con ellas que mereciesen la pena destacarse.

Cuando salió del cuarto de sus sobrinas Nicole respiró hondo. No era bueno que Rohana la tuviese a ella de ejemplo, pero eso lo descubriría cuando fuese mayor. Ahora necesitaba a alguien a quien admirar y a ella se le daba bien dar falsas impresiones.

Olivia estaba sentada en la cocina, delante de una taza de café y con la mirada fija en la ventana. Su hermana se puso otra taza y se sentó junto a ella.

—Tendré que volver a trabajar —dijo sin cambiar de postura.

—¿Por qué no hablas con Klaus?

—Sí, claro, allí me están esperando con los brazos abiertos —dijo mirándola con preocupación.

Nicole puso una mano sobre la suya.

—No te preocupes, encontraremos la manera de que su vida cambie lo menos posible.

—Vic quiere que le pague mi parte de la casa para poder quedarnos aquí —dijo mirándola.

Nicole soltó una carcajada que retumbó en toda la cocina y después siguió riéndose durante unos segundos.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó.

—Cuando acabe con ese imbécil no va a tener dinero que gastarse con esa *culo prieto* —dijo Nicole—. De algo te tiene que servir tener una hermana abogada.

—Pues espero no necesitar a mi hermano policía —dijo Olivia sin humor.

A la mañana siguiente Olivia detuvo su coche frente a la puerta de Jaycie y tocó levemente el claxon para que supiesen que ya estaban allí.

—No te molestes, mamá —dijo Rohana—. Lillian nos hará esperar hasta que haya terminado de peinar su larga melena rubia, como todos los días.

—Es una pesada —dijo Edeline.

—Tiene un pelo precioso —apuntó su madre.

—Ya —dijo Rohana con cierto disgusto.

Cinco minutos después apareció Jaycie llevando a su hija de la mano.

—Ya estamos aquí —dijo la madre como si no fuese evidente.

Lillian no dijo nada y entró en la parte de atrás sentándose junto a Edeline que se había colocado en el centro. Su hermana y ella tenían un pacto para sentarse una vez cada una en ese sitio y evitar así que Lillian se colocase entre las dos. Cosas de niñas.

—Buenos días, niñas —dijo Jaycie haciendo un gesto a las pequeñas mellizas.

Las dos hermanas forzaron una sonrisa.

—Hasta luego, Jaycie —dijo Olivia saludándola con la mano y poniéndose en marcha. Hoy no tenía ganas de hablar.

Durante el trayecto no se escuchó ni una palabra dentro del coche. Normalmente era Olivia la que forzaba la charla para tratar de simular normalidad, pero hoy no tenía fuerzas para fingir un alegría que no sentía. Y

sospechaba que sus hijas tampoco.

Cuando llegaron al colegio Lillian bajó del coche sin decir nada y se alejó caminando deprisa hacia la escuela. Edeline y Rohana esperaban siempre un minuto para asegurarse de no entrar juntas. Rohana observó a su vecina subir las escaleras de la entrada y dio un codazo a Edeline al ver que una niña, a la que no habían visto nunca, se acercaba a hablarle muy sonriente. Lillian la miró con altivez y sin contestarle la dejó parada en medio de las escaleras.

—Menuda estúpida —dijo Edeline inclinada hacia la ventana.

Olivia apartó la vista de su móvil y siguió la mirada de su hija hasta la niña. Un hombre se acercaba en ese momento a ella y se inclinaba a hablarle. Tendría unos treinta años y parecía uno de esos jóvenes que maduran sin abandonar la camiseta raída y los pantalones tejanos. Rohana y Edeline bajaron del coche y caminaron hacia la entrada.

—Hola —dijo la niña que había hablado con Lillian.

Rohana la miró, pero fue Edeline la que habló.

—¿Eres nueva? —preguntó sonriendo.

La niña asintió.

—Pues ven, vamos juntas —dijo Edeline poniéndose a su lado.

—Adiós papa —dijo la niña besando y abrazando a su padre y luego se dirigió a Edeline—: Me llamo Cassandra.

—Yo soy Edeline y esta es Rohana.

Las niñas entraron en la escuela y el padre de Cassandra se dio la vuelta para bajar los escalones. Al ver que Olivia lo observaba desde el coche la saludó con la mano y la madre de las mellizas le devolvió el saludo sintiéndose un poco estúpida. Lo observó mientras se alejaba caminando. Estaba tratando de recordar cuántas veces había llevado Vic a las niñas a la escuela. No fue capaz de encontrar aquel recuerdo por más que buscó y buscó. Arrancó el coche y se alejó de allí. Tenía mucho que hacer, necesitaba encontrar un trabajo.

Niall descolgó el teléfono que había vibrado en el bolsillo de su pantalón.

—Hola Pierce —dijo saludando a su hermano mayor.

—Papá está preocupado por ti —dijo el otro.

Pierce seguía ejerciendo de hermano mayor, era algo que no podía evitar a pesar del tiempo que hacía que había perdido la responsabilidad sobre sus hermanos.

—¿Te ha pedido que hables conmigo? —preguntó Niall extrañado.

—No exactamente.

—Ya.

—¿Ya qué?

—Pues que es cosa tuya —dijo Niall mirando hacia su izquierda antes de cruzar.

—¿Está mal que me preocupe por mi hermanito?

—Está mal que me consideres tu «hermanito». Te recuerdo que tengo treinta y dos años y una hija, tío, soy padre, deberías tenerme un poco de respeto —dijo aguantándose la risa.

—En serio, Niall, son muchos cambios en tu vida. Dime cómo estás, pero de verdad, sin todas esas mierdas de bromas tontas.

—Estoy muy bien, Pierce, te lo prometo. Estoy un poco tenso porque van a haber cambios en mi trabajo, ya no puedo seguir en Enfoque, debo encargarme de Cas.

—Nunca me gustó que fueses reportero —dijo Pierce mirando por la ventana de su lujoso despacho en Wall Street.

—Ya —dijo Niall con pesadumbre, a él le encantaba.

—Me alegra que tengas a Cas, es una cría estupenda.

—Es lo mejor que me ha pasado en la vida —dijo Niall con sinceridad—. A veces me parece que me va a estallar el corazón.

Pierce sonrió con cariño.

—No sabes cómo te envidio —dijo.

—¡Pero si tú odias el compromiso! —exclamó Niall y al darse cuenta de que había elevado demasiado la voz sonrió un poco avergonzado.

—Ya, si te envidio de un modo incomprensible. A mí me viene una tía y me dice que me ha hecho padre y me tiro desde la terraza de mi apartamento en Lexington, que ya sabes que está en la planta número 20, así que de mí no quedaría más que el recuerdo.

—Eres un gilipollas.

—Lo sé —Pierce volvió la cabeza, su secretaria acababa de entrar en el despacho—. Te dejo que tengo una reunión.

—¿Nos vemos en la semana que viene? —preguntó Niall antes de colgar.

—Si no hay imprevistos por ninguna de las dos partes, nos vemos —dijo Pierce sonriendo—. Me debes una pedalada.

Colgó sin dar tiempo a que el otro respondiera. Niall no pudo evitar pensar en la imponente forma física de su hermano. Era cierto que ahora

estaban más equilibrados, pero no siempre fue así, antes Pierce era el más deportista de la familia. Pero lo más importante de su hermano no era su apariencia física sino su personalidad arrolladora. Un hombre fuerte y seguro con principios sólidos y que, a pesar de tener una pésima opinión de la raza humana, no dudaba en luchar sus batallas. Adoraba a ese tío.

Cruzó la última calle y atravesó las puertas del edificio Dempster.

Tiene muchas horas de vuelo

Niall saludó a Silvia, la recepcionista.

—¿Has traído la tarta? —preguntó el hombre con cara de delirio—. Dime que has traído la tarta.

Silvia abrió el cajón de su escritorio y cogió algo que luego depositó sobre el mostrador. Niall abrió la caja y puso los ojos en blanco.

—¡Adoro a tu madre! —dijo relamiéndose de gusto—. ¿Por qué no acepta mi proposición? Es una mujer cruel.

Silvia sonrió.

—Dice que eres demasiado mayor para ella —repitió lo que su madre le había dicho que le dijera—. Si se lo hubieses propuesto hace diez años, quizá...

—¡Hace diez años tenía veintidós! ¡Ahora estoy en mi mejor momento! —dijo él con expresión de ofendido.

—Lo siento —dijo Silvia con cara de pena—. Tendrás que conformarte con comprar sus tartas.

Niall cogió la caja y puso cara de decepción.

—De verdad, qué malvadas son algunas mujeres —dijo alejándose de ella y caminando hacia el ascensor.

Una vez dentro del receptáculo abrió de nuevo la caja para aspirar el aroma de aquella tarta de zanahoria. Era su mayor debilidad gastronómica. Sonrió al pensar que no era la única. Le gustaba comer y disfrutaba haciéndolo. Tenía suerte porque quemaba todo lo que comía y no tenía problemas de peso. Le gustaba mucho hacer deporte, salía a montar en bici de montaña tres veces por semana y nunca una distancia menor de sesenta kilómetros. Sus piernas eran dos columnas romanas, pero para el resto necesitaba machacarse en el gimnasio.

—Melissa quiere verte en su despacho —le dijo Verónica cuando llegó a la sexta planta, en la que se hacía la revista Enfoque, en la que él trabajaba como fotógrafo.

Niall fue directamente al despacho de la directora y tocó a la puerta de cristal antes de entrar.

—¿Querías verme? —preguntó una vez dentro.

—¿Eso es una tarta de la madre de Silvia? —preguntó Melissa antes de morderse el labio.

Niall abrió la caja y se la mostró.

—¡Dios! —dijo ella al percibir el aroma.

—Te daría un poco, pero es un día especial para Cassandra —dijo sentándose frente a la mesa y cerrando la caja.

—Ayer fue su primer día en el nuevo cole —dijo Melissa—. ¿Cómo le fue?

—Bien —dijo Niall poniéndose serio—. Solo hace dos meses de la muerte de Esther, pero gracias a ti hemos podido pasar las vacaciones juntos y creo que eso ha ayudado a que se amoldase bastante bien a su nueva vida. Ya sabes cómo es.

Melissa asintió tratando de controlar su expresión para que apareciese la lástima que sentía por ellos. Niall llevaba cuatro años divorciado de Esther y ella y la niña vivían a mil kilómetros, lo que no facilitaba su tarea como padre. Pero siempre fueron capaces de solventar los problemas con cariño y buena fe. Cuando a Esther le diagnosticaron el cáncer de mama, Niall lo sintió como algo en carne propia. Pasó tres meses de Clarencefield a Chicago tratando de estar con su hija el mayor tiempo posible. La niña y su madre se trasladaron a vivir a casa de los abuelos maternos que, por suerte, tenían una excelente relación con Niall.

—Tu hija es la niña más encantadora que he conocido —dijo Melissa.

—Sale a su madre —respondió él con tristeza.

Melissa no le contradijo, pero cualquiera que lo conociese sabía que la niña se parecía a él. Nunca había conocido a un tipo tan decente y tan buena persona como Niall. Un buen amigo, un estupendo compañero y un maravilloso fotógrafo, capaz de captar la esencia de las personas con su cámara.

—¿Has colgado la portada del atentado de Barcelona? —dijo el hombre levantándose de la silla para acercarse a la pared donde había colocado la fotografía.

Ella lo miró de arriba abajo, era una delicia para la vista. Tenía un perfil perfectamente dibujado, nariz fina, mandíbula fuerte, labios marcados... Era realmente guapo. Y ¿qué decir de su cuerpo? Cuando Miguel Ángel talló su David no tenía ni idea de lo que era un cuerpo perfecto. Melissa no pudo evitar detenerse en su trasero, todas las chicas de la revista estaban locas por

aquella parte de su anatomía. Cuando Niall volvió la cabeza para mirarla con sus preciosos ojos verdes ella disimuló mirando los papeles que tenía sobre su escritorio.

—Es una gran fotografía —dijo él.

—Sí, por eso la he colgado —dijo Melissa tratando de sonar profesional e ignorando que aquellas paredes estaban repletas de fotografías de Niall Fuller—. Pero hablemos de por qué te he llamado. Ya tienes nuevo destino.

Niall volvió a sentarse frente a ella. El tono de Melissa no auguraba nada bueno.

—Grant te ha traspasado a Flavia —dijo la directora mirándolo a los ojos. El fotógrafo la miró con incredulidad.

—¿Flavia Maddison?

Melissa asintió y Niall negó con la cabeza.

—¿Qué pinto yo en moda? ¡Soy un fotógrafo serio! —exclamó sin poder controlarse—. Bueno, no quiero decir que mis compañeros no lo sean, pero no es mi terreno.

—Tú lo pediste —sentenció Melissa.

—¡Yo no pedí a Flavia! —exclamó él, disgustado.

—No, pediste salir del campo de minas. Eres reportero, Niall. Un reportero no se ocupa de su hija de nueve años. Tú ahora tienes una obligación a la que no puedes ni quieres renunciar. Conmigo estabas siempre viajando...

—Por eso pedí el cambio, pero esperaba algo más acorde conmigo —dijo muy serio.

Sabía que, aunque se mostrase comprensiva, Melissa también estaba disgustada.

—Has tenido un montón de reconocimiento en tu carrera como fotógrafo y sabes que Flavia es la más influyente de todo el Grupo editorial.

—¿Y ya está? ¿Porque es la más influyente tiene derecho a decidir? —Niall no podía disimular su descontento.

—¿Crees que yo quiero que te marches? —dijo Melissa, dolida—. ¡Estoy más cabreada que una mona!

Niall apartó una mirada culpable.

—He discutido más de una hora con Grant, le he dicho que es la peor decisión que ha tomado en toda su vida. Yo le pedí que te pusiera con Malcolm, pero no me ha hecho ningún caso.

—No sé si es la peor decisión de su vida —dijo Niall con una pose pensativa—. Lo de casarse en Marsella...

Melissa se echó a reír.

—Cierto, aquello fue peor.

Niall resopló deshaciéndose de su malhumor y se apartó el pelo de la cara.

—¿Cuándo me voy?

—Ahora mismo —dijo ella.

—Ok.

—Tiene un evento importante. Van a seguir a un nuevo diseñador que ha revolucionado el mundo de la moda de Nueva York con sus zapatos planos. No sé qué actriz se compró unos y los llevó a un evento causando furor.

—¡Qué interesante! Ríete tú de la crisis de los misiles de Pyongyang —dijo el fotógrafo con ironía—. Así va a ser ahora mi vida.

Melissa se reclinó en su silla abatible y cruzó las manos delante de su estómago en una pose muy poco femenina.

—¿Cuántos años llevamos trabajando juntos, Niall?

—Casi siete —dijo él.

La mujer asintió. Ella tenía cuarenta y cuatro cuando entró en su oficina un joven fotógrafo, al que no había visto nunca, con unas fotos increíbles de la guerra de Siria. Niall Fuller era una adquisición suya y le repateaba el hígado que Grant le hiciese esa putada. Y encima con Flavia Maddison, una estúpida engreída cuyo único mérito era ser capaz de caminar sobre unos tacones de quince centímetros y haber sacado al Grupo Editorial de la bancarrota.

—Volverás aquí —dijo irguiéndose en la silla—. Encontraré la manera de compaginar tu nueva vida con un puesto en mi revista.

Niall asintió y cogiendo la caja con su tarta se levantó para salir del despacho de Melissa Kanon.

—Espero que a mi hija le vaya mejor el día que a mí —dijo el fotógrafo antes de abrir la puerta y salir.

Flavia Maddison llamó a su secretaria por el interfono.

—Lola, ven.

Su secretaria, que en realidad se llamaba Kate, pero gracias a Flavia era Lola para todo el mundo, se levantó de su silla y corrió con la Tablet en la mano al despacho de su jefa. Entró sin llamar y se sentó en la silla blanca situada a este lado de la mesa.

Lo primero que se notaba al entrar en el despacho de la directora de

contenidos de la revista Glamour, era el penetrante aroma de su perfume. Un toque de almizcle con fondo cítrico, ligeramente amaderado. Un perfume que costaba lo que Lola gastaba en una cena de celebración con su novio. Y a los dos les gustaba comer.

El despacho de Flavia era el más grande de todo el Grupo Editorial, más grande incluso que el del presidente. Pero es que Flavia era un peso pesado en la empresa. Había conseguido salvar a todo el grupo de la bancarrota cuando estaban a punto de vender la parte más emblemática a otro grupo: la editorial de libros. Aquella editorial fue el origen del imperio que levantó Grant Dempster y Flavia se había ganado un lugar en su corazón por evitar su pérdida.

No había mucha gente que tuviese sitio en aquel corazón de roca. Grant Dempster era un hombre rudo y poco amigo de la amabilidad. Vivía en una rústica casa de madera en medio del bosque. Nada de lujos excesivos. Le gustaba pescar en el lago y escuchar el trino de los pájaros. Vivía solo desde hacía más de veinte años y a sus setenta años trabajaba exactamente lo mismo que cuando tenía treinta.

—Necesito que llames a Emma Stone y conciertes una entrevista. Después me traes todo el material que tenemos para el próximo desfile de StarsOn y me buscas la revista que sacamos el año pasado en abril. Hay que pasar por el tinte —dijo pensando—, y llama a Walter para concretar la hora de la cena en su casa.

Flavia miró a Lola y le hizo un gesto para que saliese de su despacho. Su secretaria obedeció sin rechistar, como habrían hecho todas las Lolas anteriores antes de que las despidieran. Al salir se topó con Niall Fuller y contuvo el aliento impresionada por tener el verde de sus ojos a tan corta distancia.

—Señor Fuller... —dijo nerviosa yendo hasta su lugar en la mesa.

—Hola, Kate, vengo a ver a la señora Maddison —dijo sonriendo.

Lola sintió que se le derretía el cerebro al ver que no solo sabía su nombre, sino que no dudaba en utilizarlo.

—Espere un momento que le anuncio —dijo apretando el botón del intercomunicador—. Señora Maddison, está aquí el señor Fuller.

—Que pase —respondió la directora al otro lado.

Niall se inclinó para hablarle en un tono muy bajo.

—El señor Fuller es mi padre y te aseguro que si lo conocieras no pensarías que me parezco a él —dijo sonriendo—. Llámame Niall, ¿vale?

Kate asintió embobada.

—¡Lola! —gritó Flavia desde su despacho—. ¿Qué pasa con Fuller?

Kate empalideció y se apresuró a levantarse para anunciarlo.

—Niall Fuller —dijo haciéndose a un lado mientras sujetaba la puerta.

El fotógrafo le hizo un gesto con la cabeza a modo de saludo sin dejar de sonreírle y después avanzó hasta la mesa de su nueva jefa.

—¿Qué hay, Flavia? —dijo sentándose en una de las sillas colocadas frente a ella.

Kate se había parado en seco al oírlo hablar de ese modo y se encogió preparándose para un potente grito de Flavia que le taladraría los tímpanos.

—No sabes lo feliz que estoy de tenerte aquí —dijo la directora con voz melosa—. No podía creérmelo cuando Grant me lo dijo.

Kate tampoco podía creérselo. Cerró la puerta muy despacio y sin hacer ruido volvió a su escritorio.

Niall miró a su alrededor. Realmente aquel era un despacho increíble, nada que ver con el pequeño cubículo de Melissa. Y al fijar la vista en Flavia se dio cuenta de que tampoco ella tenía nada que ver con Melissa. Su antigua jefa debía tener unos cincuenta años. Era delgada, de complexión frágil, pero con un carácter arrollador. Fue reportera de guerra hasta que sufrió el disparo de un francotirador en Sarajevo poco antes de que se firmara la paz. Después de eso Grant le ofreció ser la directora de Enfoque la revista más seria del Grupo y que hasta ese momento había llevado él mismo.

Flavia era otra cosa, pensó mirándola mientras le hablaba de lo contenta que estaba de todos los planes que tenía para él. Era una mujer de éxito, increíblemente bella, con un rostro digno de aparecer en cualquiera de sus portadas. Debía tener unos treinta y cinco años, con un cuerpo cincelado por toda clase de tratamientos, y una elegancia costosa y muy estudiada. Pero lo que más llamaba la atención de Flavia era la prepotencia con la que trataba a todos los que trabajaban para ella. Llamar a todas sus secretarias Lola, por ejemplo, o hacer que el chico que le traía el café todas las mañanas usase guantes porque no soportaba que tocara su vaso, eran solo una muestra de lo repelente que podía llegar a ser.

Niall lo sabía bien y siempre se había mantenido apartado de ella. A pesar de las muchas atenciones que Flavia había tenido con él.

—Va a ser difícil para mí —la cortó sin darse ni cuenta—. No estoy acostumbrado al... glamour.

Flavia sonrió a pesar de que aquel corte le había alterado los nervios.

—No te preocupes por nada —dijo recuperándose rápidamente—. Haremos que te sientas cómodo. Tenemos un montón de ideas que compartir contigo. Julien, nuestro artista más querido, está deseando trabajar contigo.

Niall conocía a Julien. En una fiesta de la empresa lo besó en la boca. No era la primera vez que Niall era abordado por un gay, pero desde luego ninguno se había confundido tanto como Julien.

—Iré a buscarle —dijo el fotógrafo haciendo ademán de levantarse.

Flavia se puso de pie también y rodeó la mesa para acercarse a él. Llevaba unos altísimos tacones sobre los que caminaba con una gracia y soltura sorprendentes.

—Estoy muy feliz —dijo sonriendo seductora—. Sé que vamos a formar un gran equipo.

—¡Niall Fuller! ¡Dios bendito! —Julien Bradford levantaba los brazos y los agitaba con entusiasmo mientras se acercaba a él—. No puedo creérmelo, aún estoy en shock. Mira, toca mi pecho y verás cómo late mi corazón.

Niall sonrió sin sacar las manos de los bolsillos.

—Tendrás que ponerme al día. Ya sabes que yo de esto...

—No te preocupes por nada, muchachote —dijo el otro agarrándose de su brazo y haciéndole entrar en la sala.

Era una sala de paredes y suelos blancos, con algunas mesas a un lado y muchos roperos con ruedas. Había modelos en distintas situaciones, a unas las estaban maquillando, a otras las peinaban y la mayoría se estaban vistiendo. Niall se sorprendió al ver que lo hacían allí mismo, sin importarles estar desnudas a la vista de cualquiera. No pudo evitar que se le fuesen los ojos, aquellas mujeres tenían unos cuerpos... De pronto se dio cuenta de que le resultaban muy poco apetecibles, allí no había más que huesos cubiertos por unas finas capas de piel. No le pareció que fuesen nada excitantes, pero estaba claro que aquello era tan solo una opinión personal.

Julien lo llevó hasta la zona en la que se harían las fotografías. Era un plató de televisión, con un decorado magnífico que simulaba una playa y todo tipo de aparatos para que la luz y el ambiente resultasen de lo más creíble. Niall revisó el equipo fotográfico y comprobó que se trataba del mejor del mercado.

—Te gusta, ¿eh? —dijo Julien satisfecho.

Niall no contestó. Su respuesta habría sido muy diversa si hubiese

especificado un poco más. ¿Si le gustaba el equipo fotográfico? Muchísimo. ¿Las modelos? Ni una pizca. ¿El trabajo en la revista Glamour? Un castigo. ¿Julien? Era un tipo simpático, pero no lo conocía lo suficiente para opinar.

—Aquí es donde harás tu magia —dijo el otro fotógrafo—. Yo he creado la campaña y tengo unas ideas fantásticas que te explicaré en un segundito. Sé que captarás exactamente lo que quiero. Y será magnífico. Contigo saltamos a otro nivel. A la estratosfera.

Niall miró a su alrededor. Él ya había saltado y no llevaba el traje adecuado, se estaba quedando sin aire.

Cuanto más pronto, mejor

Klaus Neumann soltó un impropio y lanzó las hojas al aire.

—Esto es una puta basura —dijo furioso.

Klaus era editor jefe de Enfoque y se acababa de enfrentar a uno de los momentos más bochornosos de su carrera. Una de las noticias que había publicado en el último número no había sido debidamente tratada por sus correctores y habían soltado un gazapo imperdonable.

—¿Vosotros dónde habéis trabajado antes? ¿No sabéis que un corrector no solo se asegura de que no haya errores ortográficos o gramaticales? ¡Debéis comprobar que todo lo que publicamos es correcto! Por vuestra ineptitud nos pueden acusar de difamación.

—Pensábamos que el periodista comprobaba sus fuentes —dijo Margaret muy nerviosa—. Así era donde yo trabajaba.

—¡Pues claro que debe comprobarlas! Pero ¿qué pasa si no lo hace? —dijo Klaus muy tenso—. ¿Quién crees que pagará el pato? ¡También sois verificadores de datos! ¿Es que no leíste tu contrato?

Margaret frunció el ceño.

—No imaginaba que se refería a los datos de otros.

—¿Ah, no? ¿Y a qué datos pensabas que se refería? ¿A cuando pones una tilde que no estaba? ¡Debías verificar que el rabito tiene la medida exacta?

—No hace falta ponerse borde —dijo Melissa mirando a Klaus con severidad—. Estoy segura de que Margaret...

—No empecemos, Melissa —la advirtió el editor—, Margaret es una mujer adulta y puede aguantar que le digan que la ha cagado. Y no es la primera vez.

La mujer bajó la cabeza, apesadumbrada. Llevaba muy poco trabajando en la revista y no había tenido su mejor actuación, debía reconocerlo.

—Necesito alguien experimentado —dijo Klaus tajante—. Margaret puede quedarse, pero tiene mucho que aprender. No puede encargarse de dirigir el departamento.

—Margaret, déjanos solos —pidió Melissa.

La mujer salió de la sala y cerró la puerta con cuidado.

—Eres un cabrón —dijo la mujer—. ¿No has visto cómo temblaba?

—Estoy harto de estas *piel fina*. Necesito mujeres fuertes trabajando conmigo. No soy ningún blando, ya lo sabes.

—Estás muy lejos de ser un blando —dijo Melissa bajando la tensión.

—Su trabajo no es moco de pavo —dijo Klaus poniendo su culo en la mesa—. Nos la jugamos al publicar según qué cosas. Un verificador de datos tiene que investigar, es su trabajo, Melissa.

—Ya lo sé.

—Debe asegurarse de que las citas tienen atribuida la autoría, que los nombre son correctos, las fechas, los lugares...

—Ya lo sé —le cortó la directora—, pero has tenido un montón de correctoras y siempre les sacas alguna pega. Desde que Olivia se fue no te ha gustado ninguna de las que hemos contratado. Reconócelo. ¡Nueve años, Klaus!

El editor la miró de un modo enigmático y Melissa frunció el ceño.

—¿Quieres decirme algo? —preguntó cruzándose de brazos, expectante.

—Me llamó ayer —dijo.

Melissa lo miraba sin comprender a quién se refería.

—¿Quién te llamó?

—Olivia.

La directora dejó caer los brazos y suspiró.

—¡Acabáramos! —exclamó.

—Todo lo que he dicho es cierto —dijo Klaus poniéndose de pie—. Nadie trabaja como Olivia.

—Trabajaba.

—Eso no cambia, Melissa —insistió el editor—. Era exhaustiva, puntillosa, extremadamente certera...

—Sí, recuerdo lo bien que trabajaba Olivia, pero de eso hace nueve años, Klaus. Ahora es una madre, un ama de casa. Sus preocupaciones son otras.

—Necesita el trabajo —dijo Klaus—. Se ha separado de su marido y tiene dos mellizas de nueve años.

—¿Se ha separado?

Klaus asintió con expresión seria.

—Pues ha tardado demasiado —dijo Melissa—. Siempre pensé que su novio era un capullo integral. No supe qué cara poner cuando vino a decirme que iba a casarse con él.

—Quiero contratarla de nuevo —dijo Klaus muy serio—. Nunca te pido

nada, Melissa, dejo que tú decidas siempre, pero esta vez quiero elegir yo. Y la quiero a ella.

La directora lo miró durante unos segundos sopesando todas las posibilidades. Finalmente asintió.

—Está bien, pero déjame primero hablar con ella. Necesito saber que está dónde tiene que estar para trabajar aquí. Con dos niñas...

—Has tenido a Niall seis años —dijo el editor.

—Niall vivía a más de mil kilómetros de su hija, Klaus. Y ya ves lo que ha pasado en cuanto ha tenido que encargarse de Cassandra.

El hombre asintió. Sabía el disgusto que le había causado con eso.

—Un increíble reportero, un fantástico fotógrafo que se va a dedicar a hacer fotos a modelos para poder ocuparse de su hija pequeña.

—Olivia no necesita desprenderse de sus hijas para ser correctora. Es un trabajo distinto.

—Pero, aun así, hablaré con ella para asegurarme de que sabe dónde se mete. No quiero problemas luego —insistió Melissa.

—Está bien. Habla con ella y cuando hayas decidido que se queda me la mandas a mí.

—De acuerdo —dijo Melissa—. Pero yo tengo la última palabra.

—Como siempre.

Olivia atravesó la puerta que daba entrada al edificio de doce plantas que albergaba la empresa editorial de Grant Dempster. Miró a la recepcionista con una sonrisa que se le congeló en los labios. Esperaba ver allí a Claudia, la mujer que le había dado los buenos días todas las mañanas durante años. Una mujer madura con una habilidad natural para tratar a la gente. Ahora había allí sentada una jovencita a la que se acercó con cierta timidez.

—Buenos días. Vengo a ver a Melissa Kanon.

—Buenos días —respondió la joven—. Tercera planta.

Olivia agradeció la información con un gesto de cabeza y caminó hacia los ascensores. Al menos Enfoque seguía en la misma planta. Entró en la cabina y detrás de ella se colaron don hombres a los que tampoco reconoció. El nerviosismo que traía de casa fue diluyéndose mientras el ascensor subía. No solo su vida había cambiado, también la de la empresa Dempster y eso la hizo sentir un poco más liviana.

Al salir del ascensor se topó de frente con la recepción de Enfoque y sentada detrás del mostrador vio a Verónica, la primera cara conocida. La mujer había levantado la vista de manera mecánica, como siempre que escuchaba la campanilla del ascensor.

—¿Olivia? —Se levantó muy despacio al tiempo que se quitaba la diadema del teléfono y salía de su cubículo—. ¡Olivia Beller!

Olivia sonrió cuando la otra la abrazó, tan efusiva como siempre.

—Hola, Verónica.

—¿Hola? Pero ¿qué haces aquí? ¡No me digas que vas a volver a trabajar aquí!

—Vengo a una entrevista con Melissa —dijo encogiéndose de hombros—. No sé qué pasará, pero espero que sí.

La recepcionista se llevó las manos juntas a la boca en un gesto de súplica.

—Esto ha cambiado mucho —le dijo.

—Ya lo he visto —dijo señalando el ascensor—. Claudia no está abajo.

—Tuvo un infarto. Al parecer la dejó su marido por una de sus alumnas y no pudo soportarlo —dijo Verónica apesadumbrada—. Pero ¡háblame de ti! ¿Cómo es que has decidido volver?

Olivia sonrió con tristeza.

—Me he separado —dijo.

—¡Oh, cuánto lo siento!

—¿Tú sigues con Robert? —preguntó Olivia con mucho tacto.

Recordaba bien a Robert y su pedida de mano allí mismo, donde ella estaba parada en ese momento. Era un hombre sencillo y sin dobleces. No era un adonis, ni aparecería en ninguna portada de revista por su escultural cuerpo, pero era divertido y quería muchísimo a Verónica. Al menos así es como ella lo recordaba.

—Sí —respondió la recepcionista con cierto orgullo.

—¿Y cómo están Mike y Sondra? —dijo Olivia recordando a sus hijos.

Verónica se inclinó por encima del mostrador y sacó un marco con una foto de Robert abrazando a dos guapísimos jóvenes, un chico pelirrojo como su padre y con la misma cara de pillo que cuando era un niño, y una chica rubia con una mirada increíble que seguía pareciéndose a su madre.

—Son los hijos más preciosos del mundo, ¿verdad? —dijo Verónica sin dejar de mirar aquella imagen.

—Bueno, eso habría que discutirlo. Sondra y Mike tendrán que competir con estas dos princesas —dijo sacando el móvil y mostrándole la foto de sus

mellizas—. Estas son Rohana y Edeline, mis tesoros.

—¡Oh, qué guapísimas son! —dijo Verónica con sinceridad.

Al oír pasos que se acercaban, la recepcionista levantó la mirada y vio que se acercaba Serena, la secretaria de Melissa.

—Viene Serena —dijo entre dientes muy bajito—. Guarda eso, odia a los niños.

Olivia miró a la mujer que se acercaba.

—Serena —dijo cuando se detuvo frente a ella.

—Olivia —dijo la otra muy seria—. Melissa te está esperando.

—Discúlpame, Verónica —dijo sonriendo a la recepcionista.

—Luego te veo al salir —respondió la otra.

Olivia caminó junto a Serena sintiéndose como una oveja en medio de un rebaño de cabras. Con esas fuertes pezuñas y esos cuernos torneados...

—Todo está igual —dijo con timidez—. Aunque he visto gente a la que no conozco.

—Han pasado nueve años —dijo Serena.

—Cierto —dijo Olivia suspirando—. ¿Cómo estás?

—Bien, como siempre —respondió la otra algo seca.

Olivia se mordió el labio. Resultaba increíble pensar que un día fueron amigas. Serena abrió la puerta del despacho de Melissa y anunció la visita. Después se apartó para dejarla pasar y cerró la puerta al salir.

—Siéntate, Olivia —Melissa señaló la silla que había frente a su mesa—. Te veo muy bien. ¿Cómo estás?

—Bien —respondió—. Con una sensación extraña al volver después de tanto tiempo.

—Esto ha cambiado mucho desde que te fuiste —dijo Melissa siguiendo el hilo de sus pensamientos—. Pusimos madera en las paredes y cambiamos el mobiliario.

Olivia asintió mirando hacia la puerta.

—Habéis puesto paredes y puertas de cristal.

—Sí, es lo que se estila ahora. Supongo que quieren ver que no nos pasamos el día tumbados en el sofá bebiendo o follando —dijo directa como siempre—. Pero, cuéntame, ¿qué ha sido de tu vida todo este tiempo?

—Pues tuve dos mellizas, Rohana y Edeline.

Melissa asintió. No tenía hijos, no le gustaban los críos, pero sabía del incomprensible impulso a procrear que movía a la mayoría de sus congéneres.

—¿Y qué más? —preguntó.

Aquella pregunta fue como un mazazo en la cabeza de Olivia. ¿Qué más? ¿Qué más? En este mundo ser madre de mellizas y dedicarte por completo a su cuidado y educación no era algo que pudiese ponerse en un currículum. Eso no era algo que sirviese para que te respetasen o valorasen, más bien lo contrario. La gente tenía hijos, claro, y esos hijos requerían atención, pero aun así nadie lo valoraba en absoluto.

—Nada más —dijo, directa y sincera—. He dedicado todo este tiempo a ellas, a mi marido y a mi casa.

Melissa la miró sin un ápice de compasión.

—¿Y qué ha cambiado para que quieras volver? —preguntó.

—Mi marido y yo nos hemos separado y necesito trabajar. Tengo deudas...

—Ya veo —dijo la directora perdiendo el interés.

Olivia miró aquel despacho. Melissa Kanon seguía en el mismo lugar y, al contrario que el resto, no había cambiado su austero mobiliario. Aún recordaba la conversación que tuvieron la mañana que le anunció que dejaba el trabajo. Llevaba días repitiéndose en su cabeza.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer, Olivia? Los matrimonios se acaban y entonces ¿dónde quedas tú? Vas a sacrificar tu vida por la de otro ser humano. ¿Realmente eres consciente de lo que eso supone para ti? ¿Crees que es justo?

Olivia respiró hondo al ver la expresión de indiferencia en el rostro de Melissa. Era un enorme y luminoso rótulo de «te lo dije».

—Hace una semana —empezó a hablar pausada y sin apartar la mirada de aquellos fríos ojos—, mi marido se sentó frente a mí en la cocina y me dijo que ya no me quería. En ese momento apenas podía prestarle atención. No podía dejar de mirar las baldosas de la pared pensando que tenía que limpiarlas porque estaban empañadas. Él me estaba contando que se iba a vivir con otra mujer y yo pensaba en las baldosas...

Melissa entrecerró los ojos y dirigió su antena hacia el sonido de su voz.

—Empezó a recriminarme cosas —siguió Olivia—, cosas que yo llevaba recriminándome desde hacía mucho tiempo. Al principio no me di cuenta, lo que me estaba sucediendo no se me había ni pasado por la cabeza. Eso era algo que les pasa a los demás. Pero no a mí. Yo lo había hecho todo bien. Había dejado un trabajo en el que me sentía realizada y me había dedicado en cuerpo y alma a ese proyecto común del que Vic tanto hablaba antes de que nos casáramos.

Hizo una pausa y se miró las manos. Siempre le habían dicho que tenía

unas manos preciosas, pero ahora se veían descuidadas. Olvidadas, como todo lo demás. Levantó la mirada.

—Quiero recuperar mi vida. Pero no me arrepiento de lo que hice, Melissa. Sé que me advertiste y entenderé que no me des el trabajo. Buscaré en otra parte y conseguiré lo que merezco. No tengo nada por lo que pedir perdón, ni a Vic ni a ti. Yo sí que lo di todo para conseguir lo que queríamos construir. Igual que lo daba cuando trabajaba en esta revista. Esa es la manera en la que yo entiendo el mundo. Y volveré a hacerlo si me das la oportunidad. Pero no te pediré perdón.

Melissa la miró muy seria durante unos segundos, pero no pudo resistir mucho y acabó por asomar una sonrisa deshaciendo el rictus apretado de sus labios.

—Me alegra mucho volver a verte, Olivia —dijo afable—. Klaus está deseando verte.

Olivia sintió que las lágrimas bajaban por su garganta, pero fue capaz de mantenerlas dentro de la barrera de sus ojos.

La directora de Enfoque se levantó de su silla ergonómica y dio la vuelta a la mesa para acercarse a ella.

—Bienvenida —dijo y después la abrazó.

Olivia se mostró algo rígida, pero debía contener las emociones o la desbordarían por completo.

—¡Hola! ¿Hay alguien en casa? —preguntó Olivia entrando hasta la cocina, pero nadie respondió.

Salió por la parte de atrás y fue hasta el pequeño invernadero. Allí estaba su madre.

—¡Olivia! —exclamó la mujer con una cálida sonrisa.

Su hija se acercó a besarla y alabó los gladiolos que estaba trasplantando.

—Son para la señora Mathews —dijo su madre terminando el trabajo. Se quitó los guantes y los dejó sobre la mesa—. Ven, vamos a la casa. Prepararé café.

Las dos mujeres salieron del invernadero cogidas de la cintura. A Olivia le sorprendía que su madre siguiese conservando aquella magnífica figura, a pesar de que ya había cumplido los setenta y cinco años. Quizá el hecho de haber sido siempre una persona activa que no había dejado que la edad cambiase sus hábitos, fuese el secreto.

Entraron en la cocina y Olivia se apoyó en el mostrador que servía de mesa, para subirse al taburete.

—¿Dónde está Walter? —preguntó.

—Ha ido a llevar unos encargos —explicó su madre poniendo la cápsula en la cafetera—. Debe estar al llegar.

Cuando las tazas estuvieron frente a ellas su madre la miró a los ojos para ver qué había en ellos.

—Estoy bien, mamá —dijo Olivia sonriendo.

Era reconfortante ver aquella mirada en los ojos de su madre. A pesar de tener ya cuarenta años para aquella mujer seguía siendo una niña a la que debía proteger.

—¿Cómo están mis tesoros? —preguntó refiriéndose a las mellizas.

—Están muy bien —dijo Olivia—. Tan maravillosas como siempre.

—Se parecen a mi niña —dijo su madre con cariño.

—¡Olivia! —Walter entraba en ese momento en la cocina y se fue directamente a ella para abrazarla.

—Hola, papá —dijo Olivia devolviéndole el abrazo.

Sus padres eran muy cariñosos, pero Olivia sabía que aquellos abrazos y muestras de afecto buscaban reconfortarla por el momento que vivía. No sabía cuán largo sería el periodo de duelo para ellos. Cuando Walter la soltó se acercó a Cathy y la besó en los labios. No importaba el rato que estuviesen separados, siempre se besaban al reencontrarse. Olivia los miraba con admiración, además de afecto. Su amor era de esos que salen en los libros y con el que las niñas sueñan al llegar a la adolescencia. Al menos era con el que ella soñaba.

—¿Te quedarás a comer? —preguntó su madre.

—No —negó con la cabeza—. Mañana empiezo a trabajar y tengo mucho que hacer en casa.

—¿Mañana? ¿Dónde? —preguntó su madre sorprendida.

—En mi antiguo trabajo —dijo Olivia sin dejar de sonreír—. Llamé a Klaus y le dije que estaba interesada, por si había suerte.

Su madre cruzó una mano sobre la otra apoyándolas en el pecho.

—¿De verdad?

Olivia asintió.

—¿De qué te sorprendes? —preguntó Walter mirando a su mujer—. Klaus adoraba a Olivia. Seguro que cuando lo llamó le dio la alegría de su vida.

—No creas —dijo Olivia—. Acabo de tener una entrevista con Melissa y

no ha sido nada fácil. Me ha recordado aquellas películas que veíamos tú y yo en las que las SS interrogaban a la gente...

Walter sonrió al recordar los buenos momentos que habían pasado juntos. Ni a Cathy ni a Nicole les gustaban las películas de la Segunda Guerra Mundial.

—¿Y al final te ha dicho que sí? —preguntó su madre recogiendo las tazas. Olivia asintió.

—Quizá mi suerte esté cambiando —dijo con tristeza.

—Vamos a sentarnos al salón, estaremos más cómodos —dijo Walter y los tres salieron de la cocina y atravesaron el pasillo que llevaba hasta la zona más cómoda de la casa.

Los antiguos sofás de aquella habitación combinaban a la perfección con el papel de las paredes y con las figuritas que adornaban la repisa de la chimenea. Aquella era una casa antigua. La casa en la que vivieron los abuelos de su madre. Cuando murieron tuvo claro que allí es donde quería vivir y pagó a sus hermanos para poder quedársela.

Se sentaron alrededor de la robusta y lustrosa mesa de centro.

—Ahora cuéntanos qué has sabido Vic —dijo su padre muy serio.

Olivia les había contado todo tal y como ocurrió. La suya no era una familia muy común, allí todos se decían la verdad por dolorosa que a veces fuese. Así la habían enseñado desde niña y era algo que tenía muy enraizado en su ADN. Así que, ante aquella orden de Walter, no tuvo más remedio que explicarles las cosas tal y como eran. Que Vic se había desentendido por completo de las niñas, que solo las había llamado por teléfono una vez. Que le pedía su parte del valor de la casa y que le ofrecía la posibilidad de renunciar a pagarlo si a su vez ella renunciaba a la manutención de las niñas. Antes de que dijese nada levantó una mano para pedirles que esperasen.

—No quiero que le odiéis. Yo no le odio. He reflexionado mucho sobre lo que ha pasado y soy consciente de que tiene razón en muchas de las cosas que pide.

—Es muy cruel —dijo Cathy.

—Y mezquino —añadió Walter.

—Sí —reconoció Olivia—, las maneras dicen más de él que de mí. Pero es Vic, todos le conocemos.

Dijo aquello como si con esa frase quedase todo claro.

—Pero, lo importante —continuó—, no es el modo en el que dice las cosas. Lo importante es aprender de las cosas en las que tiene razón. Durante

años me borré. Fue como si yo hubiese dejado de existir. Me desocupé, me volqué en hacer lo que creía que era mi obligación sin pensar ni un momento en lo que yo quería.

—¿En tan poco tiempo has podido llegar a esa conclusión? —preguntó su madre, admirada.

—No me ha hecho falta mucho, no —dijo Olivia con serenidad—. Me di cuenta ese mismo día. Fue como si se cayera el velo que había estado todo el tiempo delante de mis ojos. Todo aquello había estado allí y yo me había negado a verlo.

—No te estarás echando la culpa de nada —dijo Walter, que aún deseaba retorcerle el pescuezo a su yerno.

—No —le respondió su hija—. No es una cuestión de culpa. Pero tampoco él es culpable, papá, y no quiero que le odiéis, de verdad os lo pido, es el padre de mis hijas y le he querido muchísimo. Todavía le quiero.

Su madre asintió comprensiva.

—Te comprendo, hija.

—Simplemente dejó de amarme porque yo dejé de ser yo —dijo Olivia—. Él se casó con una persona que desapareció de la noche a la mañana. No puedo culparle. Y vosotros tampoco.

—No prometo nada —dijo Walter y después de un segundo sonrió—. Tranquila, no le romperé la crisma si le veo.

—Eso espero —dijo Olivia.

—Nosotros lo único que queremos es que seáis felices —dijo Cathy—. A mí no me importa si tu hermana y tú os casáis, vivís solteras, en comuna o como os dé la gana. Lo único que quiero es que seáis felices. Los dos lo queremos.

—Lo sé —dijo Olivia mirándolos con cariño—. Pero aquí los únicos que vivís en comuna sois vosotros. A ver si empujáis a Nicole a independizarse, que a este paso no os la quitaréis de encima nunca.

—Me temo que tu hermana está muy a gusto aquí y está claro que querrá quedarse con esta casa cuando nosotros ya no estemos —dijo Walter.

—Allá por el 2040 —dijo Olivia.

—Por lo menos —corroboró su madre riendo.

Como quien no quiere la cosa

Llevaba un mes trabajando de nuevo en la revista y ya se sentía como si no se hubiese ido nunca. Se puso al día rápidamente de las nuevas técnicas informáticas, los nuevos programas, el material mucho más sofisticado... Pero pronto resultó evidente que lo que ella podía aportar seguía siendo igual de necesario y efectivo. El departamento de investigación y corrección era completamente nuevo. Claro que nueve años atrás ese departamento lo formaban dos personas y una de esas personas era ella. Ahora había dos chicas y Margaret, una experta correctora capaz de detectar el más mínimo error en un texto.

Después de solventar los normales roces de encaje, que se producen cuando llegas a un grupo desde el exterior y te colocan al frente, las tres mujeres abrieron la mente a su filosofía de trabajo y en pocas semanas habían comprendido a la perfección sus métodos. Todavía necesitaban apoyarse en ella constantemente, pero la rueda había empezado a funcionar.

Klaus tenía una permanente sonrisa en su cerebro, porque su boca no estaba acostumbrada a sonreír. Su rostro austero y alemán no estaba capacitado para la simpatía. Pero por dentro se sentía muy feliz con el regreso de Olivia, por la que siempre sintió un afecto especial.

—Llévaselo a Melissa a ver qué opina —le dijo Klaus cuando fue a verlo con un problema en uno de los textos.

Olivia salió del despacho de su jefe y recorrió el pasillo que llevaba hasta el cubículo de la directora de la revista.

—Hoy comemos juntas —le dijo Verónica al pasar—. He reservado en Percie's.

Olivia asintió y siguió sin detenerse, con el documento en la mano. Al llegar vio la mesa de Serena vacía y miró dentro del despacho de Melissa. La directora, que estaba al teléfono, le hizo un gesto de que entrara.

—...tienes que tener paciencia, Niall, ya lo sabes. —Señaló la silla frente a su mesa para que Olivia se sentara—. No puedo intervenir, ¿estás loco?

La directora hizo un gesto de disculpa con la mano que tenía libre.

—Ya hablaremos, ahora tengo trabajo —colgó y apartó el teléfono—.

¡Flavia es una almorrana!

Olivia mostró una expresión de sorpresa, pero no pudo aguantarse y terminó soltando una carcajada.

—Has tenido una visión gráfica de lo que he dicho, ¿verdad? —dijo Melissa riendo también.

Olivia asintió.

—Totalmente.

—Horrible —dijo Melissa.

—Horrible —confirmó la otra.

—¿Qué pasa? —dijo inclinándose sobre la mesa para ver qué le traía.

—Esta noticia —dijo poniéndola sobre la mesa.

—Es de Simons —dijo la directora leyéndola—. ¿Qué tiene?

—Que es falsa —dijo Olivia y levantándose de la silla apoyó los codos en la mesa para señalar algunos párrafos—. Es un fake en toda regla. Este tipo no estaba presente, le hemos investigado y a esa hora estaba en el centro comercial comprando un cubo de alitas de pollo en una cadena de comida rápida. Los dependientes se acordaban de él y, además, las cámaras lo grabaron.

—Pero toda la noticia se sustenta sobre ese testigo —dijo Melissa alarmada.

Olivia asintió.

—¿Cómo te diste cuenta?

Olivia se mordió el labio sonriendo.

—¿Quieres que te cuente mis secretos?

Melissa miró hacia la puerta. Niall estaba parado mirando desde fuera. Olivia siguió la mirada de la directora y vio al hombre parado con la vista clavada en su trasero. Se irguió rápidamente y no pudo evitar que el rubor tiñese sus mejillas.

—¡Entra! —Melissa le hizo un gesto con la mano.

—No quiero molestar —dijo el fotógrafo—, pero si no me ayudas me largo y no vuelvo.

Olivia reconoció al padre de Cassandra, la niña que se había hecho amiga de sus hijas, lo que la confundió durante unos segundos.

—Perdona, ¿te importa esperar un momento? —dijo recuperando el control—. Esto es importante.

Niall hizo un gesto con las manos para que continuara y se apartó un poco para darles espacio.

—Hay que hablar con Simons y darle un toque —dijo la correctora volviéndose a Melissa—. Y tendréis que pensar en otra noticia para su espacio.

—¿Qué pasa con Simons? —dijo Niall acercándose preocupado por su amigo.

—Le han metido un gol —dijo Melissa y al ver que Olivia lo miraba con el ceño fruncido y bastante molesta se dio cuenta de que no se conocían—. Olivia te presento a Niall Fuller.

La correctora lo miró de nuevo, pero ahora suavizó su expresión.

—¿Tú eres el fotógrafo? —dijo y al ver que él no sabía a qué se refería le señaló las imágenes colgadas en la pared de detrás de Melissa.

Niall asintió.

—Olivia es correctora —dijo Melissa.

—¿Eres la Olivia de Klaus? —preguntó estrechándole la mano con una sonrisa.

—¿De Klaus? —Se sorprendió.

—Siempre hablaba de ti y de lo buena que eras en lo tuyo.

Olivia sonrió con afabilidad.

—Sí, es ella —dijo Melissa—. Ahora ya sabes por qué Klaus está tan feliz.

Niall asintió sonriente.

—Pues me alegro mucho de que hayas vuelto —dijo.

Olivia recuperó su mano tirando con suavidad. Y acercándose de nuevo a la mesa recogió sus papeles.

—Os dejaré para que habléis tranquilos —dijo.

—Dile a Klaus que hable con Simons y contádselo todo —dijo Melissa—. A ver qué se le ocurre.

Olivia asintió y caminó hacia la puerta.

—Encantado, Olivia —dijo Niall.

Ella lo miró un instante asintiendo y se marchó. Cuando Niall se volvió hacia Melissa tenía una expresión que la directora no supo cómo catalogar.

—¿Qué hago con Flavia? —preguntó él apoyando las manos en la mesa.

—Mama, ¿otra vez pavo? —Rohana miró su bocadillo arrugando la nariz—. Dijiste que hoy sería de manteca de cacahuete.

Olivia miró a su hija con expresión de culpa.

—¡Perdóname, Rohana! —dijo juntando las manos—. Te prometo que hoy saldré de la oficina y compraré para mañana.

Su hija hizo un mohín con la boca y asintió.

—Pero mañana es sábado y no hay clase, despistada. No te preocupes, el pavo no está tan mal —dijo la niña casi sonriendo.

Olivia la abrazó con una inmensa ternura. Sus hijas estaban siendo tan maravillosas y comprensivas con ella, que a menudo se emocionaba por detalles absurdos.

—¿Lo tenéis todo? —preguntó antes de salir por la puerta.

Las mellizas asintieron y pasaron delante de ella. Ahora siempre las llevaba ella al colegio. Pidió a Klaus que la dejase conciliar su vida familiar con el trabajo y el editor no le puso ninguna pega. ¿Qué más le daba a él que llegase media hora más tarde? Siempre que cumpliera con lo que tenía que hacer a él no le importaba. Jaycie, su vecina, aceptó la nueva situación y optó por llevar ella a su hija todos los días al colegio. Una de las razones para tomar esa decisión fue que Olivia le dejó claro que no podía esperarla todos los días. Ella podía llevar a Lillian siempre, pero debía estar en su casa cinco minutos antes de que salieran. De no ser así se iría sin ella. El primer día ya tuvo que llevarla su madre y después de una semana decidió que lo haría siempre. Olivia percibió el desagrado en Jaycie y no le pareció justo, pero ya se sabe que muchos padres no quieren ver los defectos de sus hijos. Se esforzaría en no ser ella uno de esos padres.

Como todos los días llegaron a la puerta del colegio con tiempo suficiente. Rohana y Edeline besaron a su madre y bajaron del coche para encontrarse con Cassandra en las escaleras de entrada. Pero esta vez Olivia bajó también y se acercó al padre de la niña que se despedía de ella en ese momento.

—No te olvides de almorzar —le decía la niña—. Y recuerda que hoy salgo a las seis, que tengo ballet.

—Me acordaré —dijo su padre después de darle un beso.

—El otro día estuviste esperando una hora —insistió la niña.

—Soy un desastre —dijo él haciéndole un gesto con la mano cuando la niña se marchó con sus amigas—. Que tengáis un buen día, chicas.

—¡Igualmente! —gritaron las tres antes de echar a correr—. ¡Adiós, mamá! —añadieron las mellizas.

Niall se volvió entonces y se sorprendió al ver a Olivia de pie en la acera.

—¿Tú eres...? —señaló hacia el colegio mientras ella asentía con la

cabeza. —¿Cómo no te había visto antes?

—Me quedaba siempre en el coche para ganar tiempo.

—Vaya. —Sonrió Niall sin deshacerse de la sorpresa—. No creo en la casualidad, pero debo reconocer que esto es muy raro.

Olivia asintió.

—¿Vas al trabajo? —preguntó—. Si quieres te llevo, tengo el coche ahí.

Niall asintió y la siguió hasta el vehículo.

—¿Tú no conduces? —preguntó ella dándole al contacto.

—No. Tengo el carnet y sé conducir, pero no ejerzo. Durante muchos años siempre tuve una cámara en mis manos. No se puede conducir y sacar fotos.

—Claro —dijo ella mezclándose en el barullo del tráfico—. Eras reportero.

—Lo has dicho bien —dijo él—: era. Ahora soy un fotógrafo de modelos.

Olivia lo miró de reojo sin perder de vista al coche que llevaba delante.

—¿Cómo es que te has cambiado a la novena planta? —preguntó refiriéndose a la planta en la que estaba ubicada la revista Glamour.

—La madre de Cassandra murió antes del verano —dijo.

Olivia asintió.

—Lo sé, me lo explicaron mis hijas. Les sorprendió mucho la serenidad con la que habla de ello. Es una gran chica.

—Es increíble, de verdad —dijo él—. Supongo que todos los padres piensan así de sus hijas, pero de verdad que Cas es una niña muy especial.

—Entiendo por qué has dejado de ser reportero de guerra —dijo ella—, pero podrías haber seguido como reportero de noticias...

Niall negó con la cabeza antes de hablar.

—No. Tenía que conseguir un puesto de trabajo que me permitiese estar con ella todos los días. Cas vivía en Chicago con su madre. Yo la veía de vez en cuando, cuando estaba disponible. Apenas nos conocíamos y de repente me encontré con que debía ocuparme de ella. Melissa me dijo que me tomara las vacaciones que no había hecho en mi vida y durante dos meses estuvimos juntos. Esa niña me ha enseñado cosas que ni te imaginas...

—Sí —dijo ella sonriendo—, claro que me lo imagino. Tengo dos y te aseguro que para mí son tan increíbles como Cas para ti.

—Claro —dijo él con timidez—. Cas está encantada con ellas. Dice que son las mejores amigas que ha tenido jamás.

—Tienes que dejarla venir a dormir casa —dijo Olivia mirándolo—. Rohana y Edeline lo están deseando.

Niall asintió pensativo.

—Sí, tienes razón. —Sonrió—. Ahora conozco a su madre.

—Hagamos una cosa —dijo Olivia—. Venid a cenar a casa esta noche y luego las dejás que se queden. Así Rohana me perdonará por no haberle comprado la manteca de cacahuete que me pidió.

Niall la miró con una expresión desconcertante.

—Bueno —dijo Olivia mirándolo de manera intermitente—, si no tienes planes, claro. No quiero interferir en tu...

—No, no tengo ningún plan —se apresuró a decir él—. Iremos a cenar y dejaré que se quede.

—Bien —dijo Olivia sonriendo.

Saber dónde te aprieta el zapato

—¿Niall va a ir a cenar a tu casa? ¿Niall Fuller? —Verónica miraba a su amiga con el tenedor suspendido en el aire a medio camino de su boca.

—Su hija es amiga de las mías —dijo Olivia—. Hace días que Rohana y Edeline quieren que venga...

—Ya, ya... —Verónica pinchó una hoja de canónigos y un trozo de tomate de su ensalada y se la llevó a la boca.

—¿Ya, ya, qué? —dijo Olivia sin comprender.

—Niall Fuller debe ser el hombre más deseado de este Estado —dijo Verónica—. Y va a cenar a tu casa. Nada, lo más normal.

—¿Pero qué dices! —Olivia soltó el tenedor—. Pero ¿tú le has visto?

—¿Claro que le he visto! Es el hombre más guapo y deseable que he conocido.

—¿Pero es muy joven! —exclamó Olivia sin dar crédito—. Debe tener menos de treinta. ¿Tú me has visto a mí? Tengo cuarenta años, hace mil que no piso un gimnasio. Mi apetito sexual se ha reducido hasta tal extremo que me da pereza aliviarme en la bañera.

Verónica miró a su amiga con expresión de estupefacción.

—Sí, crértelo —dijo Olivia—. Ni siquiera me he fijado en que fuese guapo. Está en otra galaxia, a años luz de mí ahora mismo. Si crees que en esta cena hay algo emocionante y pecaminoso, siento desilusionarte.

—Pues debo decirte que sí me decepcionas. Muchísimo —afirmó Verónica—. Eres un desprestigio para nuestro sexo.

—Lo que soy es una mujer sexualmente aletargada, saliendo de una relación tóxica.

—¿Ha vuelto a verle?

Olivia negó con la cabeza.

—Anoche llamó para hablar con las niñas, pero luego no supo qué decirles. Siempre le ocurre lo mismo, llama y se dedica a interrogarlas porque no es capaz de mantener una conversación con ellas. ¿Qué has comido? ¿Qué tal los deberes? ¿Qué has hecho al salir de clase?

Verónica asintió.

—Esa es la relación que establecen muchos padres con sus hijos. Lo veía cada día en el colegio de Sondra y Mike. Padres que decían todos los días las mismas frases hechas para dirigirse a sus hijos, con los que no tenían ni idea de cómo hablar.

—¿Robert no era así?

Verónica negó sonriendo.

—Robert era, bueno, es el mejor padre. Habla con sus hijos de verdad, demostrando que le importa lo que cuentan. Sabía cómo se llamaban sus amigos, cuáles eran sus series favoritas y qué pasaba en ellas. Sabía a qué actividades iban, con quién las compartían. Se sentaba en el suelo con ellos y jugaba como un crío. Y sigue igual, los conoce mejor que yo. De verdad que no entiendo qué hace conmigo el hombre más perfecto del mundo.

Olivia la miró con sana envidia en los ojos. Se alegraba enormemente de saber que su amiga había encontrado a alguien así.

—¿De verdad que no te has fijado en lo guapísimo que es Niall? —preguntó Verónica.

Olivia lo pensó un momento antes de responder.

—Es como cuando ves a chavales jóvenes o a hombres muy mayores, no sé, no te fijas de ese modo. Claro que veo que es un hombre impresionante, pero no puedo pensar en él de ese modo.

—¿De qué modo?

—Pues de «ese» modo.

—¿Imaginártelo en la cama, dices?

—¡Hala!

—¿Qué? —Su amiga la miraba atónita—. No te habrás vuelto una estrecha en estos años.

—No es eso.

—Pues menos mal —dijo Verónica—. Hay que ver el daño que te ha hecho a ti el matrimonio.

—¿Hay alguien en casa? —Nicole entró hasta la cocina donde su hermana preparaba la cena—. Tienes que quitarte esa costumbre de dejar la puerta abierta. Un día te van a dar un susto.

Las dos hermanas se dieron un beso y Nicole cogió un trozo de zanahoria para llevárselo a la boca.

—¿Dónde están mis dos sobrinas preferidas? —preguntó.

—En su habitación haciendo los deberes.

—¡Uy! ¿Y eso? ¿Desde cuándo se han vuelto tan organizadas? ¿Un viernes por la tarde haciendo deberes?

—Es que van a tener una invitada este fin de semana y quieren dejarlo todo hecho para no preocuparse.

—¿Una fiesta de pijamas? —Nicole dio una palmada y sonrió—. ¡Bien! La vida vuelve a la normalidad.

—Han hecho una amiga nueva este curso y parece que se está convirtiendo en alguien importante para ellas —dijo Olivia cortando las verduras en juliana.

—¿Una fiesta de pijamas y les vas a preparar verduras? —Su hermana pequeña arrugó la nariz—. Esto exige la atención de la tía guay que tiene el teléfono de una pizzería buenísima.

—Esto no es para ellas —dijo Olivia sin dejar de cortar—. Es para el padre de Cassandra y para mí. A ellas les pediremos pizza, tranquila.

—A ver, a ver, a ver —dijo Nicole apoyando los codos en la encimera de cuarzo—. ¿Has invitado a los padres de la niña a cenar?

—Al padre —dijo Olivia mirando a su hermana—. Es Niall Fuller, y resulta que somos compañeros de trabajo.

—¿Niall Fuller? —preguntó Nicole con interés—. ¿El fotógrafo?

—¿Le conoces?

Nicole asintió.

—Ví una exposición que hicieron con motivo de un premio de fotografía y había varias tuyas.

—Hasta hace poco era reportero de guerra —dijo Olivia echando todas las verduras en la sartén—. Ahora trabaja para Flavia.

—¿En Glamour? Pero ¿qué va a hacer un pedazo de fotógrafo como ese en una revista de moda?

—Lo ha hecho para poder cuidar de su hija —dijo Olivia.

—¿Le ha pasado algo a la madre?

Olivia asintió.

—Murió hace unos meses. Estaban separados y ella vivía en Chicago con la niña. Lo ha organizado todo para poder estar con ella.

—¡Dios! ¡Pobrecita!

—Sí, es una niña muy especial.

—Entonces me marchó —dijo Nicole.

—¿Por qué? —preguntó su hermana frunciendo el ceño—. Quédate a

cenar. Ya contaba con que vendrías.

—No quiero interrumpir...

—¡Nicole! No es nada de eso —su hermana la miró con firmeza—. No quiere separarse de su hija y la niña estaba deseando venir. Pensé que si se quedaba a cenar le resultaría más fácil. Además nuestras hijas son amigas, es bueno que nos conozcamos.

—Ya, ya, pero...

—Nicole, es mucho más joven que yo —dijo su hermana—. No tengo ningún interés en aventuras sexuales ni de ninguna clase. Ahora mismo, lo único que quiero es vivir tranquila con mis hijas.

—Eso cambiará —dijo Nicole acercándose a ella y abrazándola por la espalda—. Pronto te habrás quitado esa espina que te dejó Vic clavada. En cuanto lo deje seco.

—No seas burra —dijo su hermana riendo—. Anda, quítate de ahí y ayúdame con las setas.

—¿De verdad quieres que me quede a cenar?

—Pues claro. Pero está prohibido hablar de Vic y tus planes maquiavélicos.

—Pienso dejarlo sin un euro —dijo Nicole mirando a Niall al tiempo que levantaba su copa en un virtual brindis—. Nadie se porta así con mi hermana y se sale con la suya.

—Tendré que recordarlo —dijo el fotógrafo sonriendo.

—No hagas ningún caso a Nicole —dijo Olivia sonriendo—. Toda la fuerza se le va por la boca. Vic tendrá lo que sea suyo y esto acabará de la mejor manera para todos.

—Tendrá lo que se merece —dijo Nicole riéndose—, ya te digo.

—Me alegra que mi mujer no tuviese hermanas —dijo él con humor.

—Seguro que tú fuiste un caballero con ella —dijo Nicole—. Vic es un cabrón. ¿Te ha contado Olivia cómo se lo dijo? Cuéntaselo, anda.

—Nicole —la regañó su hermana—, deja de beber.

—La hizo sentarse en la cocina y le dijo que ya no la quería. Así sin anestesia: Ya no te quiero.

Niall miró a Olivia que tuvo que apartar la mirada, incómoda.

—Y luego le contó que estaba con su entrenadora personal, una cría veinte años más joven que él. ¡Imagínate! —siguió Nicole.

Olivia se levantó y cogió a su hermana del brazo.

—Vamos a por el postre —dijo mirando a su invitado mientras arrastraba a Nicole hasta la cocina—. Haremos café.

Niall se quedó solo en el comedor y miró a su alrededor. Le gustaba mucho aquella casa. Era una edificación antigua y quizá eso hacía que tuviese algunos inconvenientes, como la pequeña entrada y las empinadas escaleras. Pero tenía carácter y eso era un plus. Además Olivia la tenía decorada de un modo tan agradable que daban ganas de buscar las zapatillas y dejarse caer en el sillón con un buen libro. Se levantó y fue hasta el salón. Cuando llegaron, Cas y él, los recibieron allí y había visto algo que le había llamado poderosamente la atención. Se acercó a un mueble, situado cerca de la ventana. Allí había un tocadiscos y una estantería repleta de vinilos. Cogió uno al azar: Maria Callas - At Juilliard. The Masterclasses. Eran tres LP's de 1987. Volvió a dejarlo en su sitio y se fijó en que había un disco de Dire Straits colocado. Levantó la tapa del tocadiscos y puso la aguja sobre el vinilo. La música comenzó a sonar por los altavoces. Olivia salió de la cocina y fue hasta el salón llevando la bandeja con el postre.

—¿Te importa? —preguntó Niall en cuanto la vio aparecer, señalando el tocadiscos—. No he podido resistirme.

—No —dijo ella sonriendo—, en absoluto.

Dejó la bandeja sobre una mesa de centro y se acercó.

—No tengo una gran colección, ni tampoco hay ningún ejemplar único, pero me gustan los vinilos y de vez en cuando voy a algún mercadillo a comprar alguno.

—Yo nunca he tenido un tocadiscos —dijo él—. Hasta hace muy poco siempre estaba viajando. Mi piso era tan solo un lugar en el que esperaba el próximo destino.

—¿Cuánto tiempo estuviste casado? —preguntó Olivia.

—Hasta que Cas cumplió los seis años. Hacía tiempo que las cosas no funcionaban y nos dimos cuenta de que si queríamos hacerlo bien teníamos que solucionarlo antes de que la niña fuese mayor y lo sintiese más.

Olivia se acercó a la estantería y buscó un disco. Lo sacó y abriendo la tapa del tocadiscos quitó el que estaba puesto y puso el nuevo. Las primeras notas de Respect de Aretha Franklin empezaron a sonar y Olivia comenzó a moverse al ritmo de la música.

—¿Te gusta Aretha Franklin? —preguntó mirándolo a los ojos.

Niall asintió sin apartar la mirada. Olivia sonrió y se fue bailando hasta la

mesa en la que había colocado el postre.

—Me han dicho que os gusta mucho la tarta de la madre de Silvia —dijo.

Niall se acercó y exclamó de gusto.

—¡No me digas!

Olivia se acercó a la puerta y llamó a su hermana que tenía que traer el café. Nicole apareció al cabo de un momento con una bandeja con tazas y la cafetera.

—He ido a ver a las niñas y a llevarles su porción de tarta —dijo la abogada sentándose en el sofá junto a Niall—. Ya te ha puesto a Aretha.

Niall sonrió asintiendo.

—Es su debilidad —comentó Nicole—. Tendrías que haberla oído cantando *I never loved a man* cuando era una cría...

—¡Nicole! Esas cosas no se cuentan —dijo su hermana mirándola con reprobadora mirada.

—¿Por qué no? —Nicole se volvió a Niall con un pedazo de tarta en la mano—. Mi padre la hacía cantar cada vez que había visitas en casa. Y esa canción en especial porque tendrías que ver cómo se movía y los gestos que hacía. ¡Parecía una cantante de jazz!

—¡Qué vergüenza! —dijo Olivia tapándose la cara con el cojín y dejándose caer hacia atrás en el sillón.

Niall se rio a carcajadas.

—Cántala —pidió—. ¡Vamos!

Se levantó del sofá y la obligó a salir de detrás del cojín, pero ella se resistió y no consiguió hacer que se levantara.

—No está bien que os riais así de mí —dijo fingiendo enfadarse.

—Eres más tonta que las piedras —le dijo su hermana sirviendo el café.

—Como me ponga yo a contar lo que hacías tú...

—¡Cuéntalo! ¿Crees que me importa? —Nicole se volvió a mirar a Niall—. Les tiraba huevos a los vecinos.

—¿Qué?

—Lo que oyes, me subía a la buhardilla con una docena de huevos y esperaba a que pasara alguien por delante de la casa.

—¿Huevos cocidos? —preguntó Niall sospechando la respuesta.

Las dos hermanas negaron con la cabeza.

—¡Crudos! —dijeron al unísono.

—¡Pobre gente! —exclamó él.

—¿Te acuerdas del pobre señor Taylor? —preguntó Olivia.

Las dos hermanas se pusieron a recordar y Niall se entretuvo observando a Olivia sin que se percatasen de su expresión. Aquella mujer tenía algo enigmático y atrayente que le chocaba. No era ninguna belleza, más bien una mujer normal. Y se notaba que se había olvidado de ella misma durante demasiado tiempo. Aun así sintió algo, una conexión extraña que hacía que la viese de otro modo.

Cuando llegó la hora de marcharse, Niall se despidió de su hija, que parecía tremendamente feliz.

—Nicole —dijo su hermana—, ¿por qué no llevas a Niall? Él no tiene coche.

Su hermana pequeña se volvió hacia él con la interrogación en la mirada.

—Por mí, encantada.

Niall asintió.

—Si no es mucha molestia...

—Vivo en Valdry y tengo que pasar por tu barrio —dijo Nicole.

—Venga, que sí —dijo Olivia acompañándoles hasta la puerta y despidiéndose de ellos.

Cuando se hubieron marchado, las niñas pasaron por la cocina para hacer acopio de todo tipo de productos y sustancias prohibidas en la vida normal y que solo podían disfrutarse en una fiesta de pijamas. Véase: patatas fritas, gominolas, chocolatinas, caramelos...

—No abuséis si no queréis pasar toda la noche en el lavabo —dijo Olivia recogiendo las tazas y los restos de tarta.

Las niñas le dieron las buenas noches y se alejaron con su arsenal alimenticio, sin prometer nada.

Olivia se sentó en el sillón con una agradable y dulce sensación. Miró hacia el sofá y pensó en su hermana y Niall. Era un tipo estupendo y Nicole también. Sería genial... Sacudió la cabeza. No iba a hacer de casamentera. Si tenía tan buen ojo como lo había tenido para elegir marido, su hermana haría bien en no tocar sus consejos ni con un palo. Se levantó y terminó de recoger.

Haz lo que quieras hacer

El teléfono vibró sobre la mesa de la cocina y Olivia estiró el brazo sin soltar su tostada para responder.

—Buenos días —dijo con una sonrisa de madre comprensiva.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó Niall con voz de padre novato.

—Muy bien. Creo que se durmieron a las dos. Digo creo porque yo estaba en un duermevela inquieto, pero creo que esa fue la última vez que las oí.

—Teniendo en cuenta que Cas se acuesta todos los días a las diez, es todo un logro para ella.

—Las he oído reír tooodo el rato —dijo Olivia dejando la tostada en el plato y limpiándose la mano.

—Lo pasé muy bien ayer —dijo él acercándose a la ventana. El día había amanecido grisáceo y habían bajado las temperaturas.

—¿Hicisteis algo? —preguntó con tacto.

Niall entrecerró los ojos y miró la pantalla del teléfono antes de responder.

—No. Nicole me trajo a casa.

—Ah —dijo Olivia, frunciendo el ceño.

—¿Creías...?

—No, solo pensé que a lo mejor habíais ido a tomar algo.

—No.

Qué raro, pensó Olivia.

—¿A qué hora quieres que la recoja? —preguntó Niall abriendo la puerta del balcón y saliendo al exterior.

—Espera a que te llamemos —dijo Olivia mirando su tostada con deseo

—. No sé qué tendrán planeado para hoy.

Niall asintió.

—Estoy un poco huérfano —dijo con sinceridad—. Nunca pensé que podía depender tanto de ella.

—Es normal —respondió Olivia apoyando la espalda en el respaldo de su silla—. Yo no sé qué hacer cuando mi hermana se las lleva al parque de atracciones o al centro comercial y me dejan sola. Crean dependencia.

Niall sonrió.

—¿Y qué haces?

—Pues... la primera vez me puse a ordenar. Revisé armarios y cajones —dijo riendo—. Cuando volvieron me echaron la bronca diciéndome que no era para eso que me dejaban sola. La segunda vez me fui a un salón de belleza, me hice un tratamiento facial y me corté el pelo.

—Mucho mejor decisión —dijo él sonriendo.

—La tercera vez me quedé en casa —dijo Olivia poniéndose seria—. Me di un baño relajante, escuché mis vinilos...

—Aretha Franklin...

—Sí —dijo ella con tristeza—. Y me senté en el sofá con el albornoz puesto y lloré durante horas.

Niall se apoyó en la pared mirando a la gente que iba y venía por la calle.

—Realmente fue un capullo —dijo.

Olivia negó con la cabeza aunque él no podía verla.

—No lloraba por lo que me había hecho él —dijo, pensativa—. Lloraba por lo que me había hecho yo misma. De pronto me di cuenta de que había cogido mi vida y la había borrado del mapa. Era como si yo no importase para nada. Tan solo servía como madre de las mellizas o como esposa... Fue un momento muy duro. Más incluso que cuando mi marido me dijo que era demasiado vieja, demasiado gorda y que se iba con otra mucho más joven y delgada que yo.

Niall se mordió el labio y movió la cabeza esforzándose en contener la rabia que sentía al escucharla.

—Creo que ese fue el día más importante —siguió contando Olivia—. Ese día decidí que iba a cambiar el rumbo de mi vida.

—¿Y lo has hecho?

—Bueno, me apunté al gimnasio y llamé a Klaus —dijo ella sonriendo.

Niall asintió con la cabeza.

—Entonces lo has hecho.

Olivia negó.

—Fui dos veces al gimnasio y tengo claro que no es para mí. Me aburre mortalmente y me siento como si hubiese un cartel de neón señalándome.

—¿Y qué pone en ese cartel? —preguntó él, divertido.

—Gorda.

Niall soltó una carcajada.

—Tú haces mucho deporte... —Olivia lo dijo sin darse cuenta, pero al

oírse se ruborizó porque demostraba que se había fijado en su forma física.

—Me gusta la bicicleta y también voy al gimnasio —respondió él—. Cuando no estaba en casa salía a correr allí donde estuviésemos.

—¿Incluso en zonas de guerra? —preguntó sorprendida.

—No, claro. En esos casos, si había gimnasio en el hotel pues iba al gimnasio y corría en una cinta. Si no lo había me preparaba una rutina recorriendo el hotel, subiendo escaleras y corriendo por los pasillos. Cualquier lugar sirve, es solo cuestión de mantenerse activo.

Olivia asintió, tenía lógica.

—¿Lo echas de menos? —preguntó.

—A veces —dijo él después de pensarlo un momento.

—¿A pesar de las cosas terribles que debiste ver? —se sorprendió Olivia.

—También viví experiencias extraordinarias —dijo él—. Las personas somos capaces de las mayores atrocidades, pero también de las mayores heroicidades. Quizá ver las segundas alivia el peso de ser testigo de las primeras.

—Te admiro —dijo sincera.

Él sonrió.

—Tan solo hacía fotos, no salvaba el mundo.

—Pero estabas allí —dijo ella—. Escribías tu propia historia.

—Esto que hago ahora también es escribir mi propia historia. Lo importante es que lo que hagas sea lo que quieres hacer.

Olivia se quedó dándole vueltas a aquel pensamiento.

—¿Sigues ahí? —preguntó él al ver que no decía nada.

—Creo que me voy a tatuar esa frase —dijo Olivia.

Niall se echó a reír a carcajadas.

—No, en serio —dijo ella—. Voy a tatuarme esa frase.

—Adelante. No te cobraré derechos de autor.

—Pues ahora lo que quiero hacer es comerme esta tostada que me está llamando a gritos —dijo Olivia.

—Ok. Ya me diréis la hora de recoger a Cas —dijo él antes de colgar.

Olivia soltó el móvil y cogió la tostada dándole un buen mordisco. Era un gran tipo ese Niall.

Las niñas recogieron los platos y los llevaron al lavavajillas. Cada una

colocaba sus cosas y luego Olivia revisaba y ponía la pastilla en el cajetín antes de encenderlo.

—¿Entonces llamamos ya a tu padre? —preguntó mirando a la niña.

—Sí —dijo Cas—. No quiero que esté todo el día solo.

—Pero no queremos que te vayas tan pronto —dijo Edeline.

—Todavía hay muchas cosas que podemos hacer —dijo Rohana.

—Otro día. —Cas sonrió a sus amigas y estas asintieron comprensivas.

Cuando Niall llegó ya lo tenían todo preparado.

—¿Lo habéis pasado bien? —preguntó el fotógrafo que había aparecido con una cámara colgada del cuello.

—Muy bien papá —dijo Cas—. Hemos jugado a un montón de cosas y Olivia nos ha hecho pastel de carne y pasta y hemos comido tarta de zanahoria y he probado unas bolitas de patata que...

—Vale, vale, ya veo —dijo él riéndose—. Vas a estar a dieta una semana.

Olivia acarició el pelo de la niña.

—Tienes una hija encantadora —dijo sonriendo—. Espero que vengas muchas más veces, Cas.

—Yo también —dijo la niña mirando a sus amigas, que asintieron con vehemencia.

—Bueno, antes de irnos me gustaría haceros unas fotos —dijo Niall—. ¿Os apetece?

Las tres niñas se miraron y asintieron entusiasmadas.

—Podemos salir al jardín, si queréis. He visto algunos encuadres interesantes —apuntó el fotógrafo.

Salieron fuera y Niall les fue dando pequeñas indicaciones y colocándolas en algunos enclaves. En algunos momentos se giraba y captaba una imagen de Olivia, que insistió en que estaba horrible y le pidió que no lo hiciese.

—¡Hey! ¿Qué pasa aquí? —dijo Nicole que acababa de bajar del coche.

—Niall nos está haciendo fotos —dijo Rohana con una sonrisa de oreja a oreja y una pose de modelo espectacular.

El padre de Cas se volvió hacia ella con la cámara y la fotografió.

—Espera —dijo Nicole posando—. Ahora.

El fotógrafo apretó el disparador varias veces seguidas y después volvió a las niñas.

—¿Pero no te ibas a quedar todo el fin de semana? —dijo Nicole acercándose a Cas.

—No quiero que papá este solo —dijo la niña.

Niall se volvió a mirarla.

—Pero ¿qué dices? —dijo muy serio—. No tienes que preocuparte por mí.

La niña se acercó a él y lo abrazó. Niall miró a Olivia sin saber qué hacer.

—Cas es una niña muy inteligente. Sabe muy bien lo aburridos que son los sábados.

—Por eso estoy yo aquí —dijo Nicole mostrándoles cuatro entradas—. He venido a llevaros al parque de atracciones.

Las mellizas empezaron a dar palmas, saltos y grititos de alegría, pero Cas miraba a su padre muy seria. Nicole se acercó a la niña.

—Tú padre no estará solo, se quedará con Olivia. —Levantó la vista para mirarlo—. ¿Verdad?

—Por mí, estupendo —dijo.

Se volvieron a Olivia esperando una respuesta y ella se encogió de hombros sin saber cómo reaccionar.

—Vale —dijo al fin.

Cas empezó a dar palmas con sus amigas y a gritar entusiasmada.

—Coged lo que necesitéis y vamos, que hay que aprovechar al máximo —dijo Nicole empujándolas con cariño hacia la casa.

—Estás loca —dijo Olivia.

—¿Podrás con las tres? —preguntó Niall.

—¿En un parque de atracciones? Eso es coser y cantar —dijo caminando hacia el coche.

—Tranquilo, está muy acostumbrada —dijo Olivia—. Es la mejor tía del mundo.

Las niñas salieron de la casa corriendo y se despidieron con prisa apresurándose a subir al coche en el que Nicole las esperaba con el motor en marcha. Los dos padres las despidieron con la mano levantada.

—Vaya —dijo Niall girándose para quedar frente a Olivia—, parece que nos han dejado solos.

Olivia sonrió.

—Eso parece, sí. ¿Te apetece un café?

Niall asintió y la siguió a dentro de la casa. Mientras ella se metía en la cocina, el fotógrafo fue hasta el salón y dejó la cámara sobre una mesa. Después se dirigió al tocadiscos y movió el brazo articulado dejándolo caer suavemente sobre el LP de Aretha Franklin que seguía donde lo dejaron el día anterior.

Se entretuvo mirando los libros que había en otra estantería y algunas fotografías colgadas en la pared.

—Me da vergüenza que mires mis fotos —dijo Olivia entrando en el salón con una bandeja y dejándola sobre la mesilla de centro—. Es como enseñarle un cuadro tuyo a Picasso.

—¡Hala! —dijo él riendo—. Ahí te has pasado un poco.

—Todavía quedaba tarta de zanahoria —dijo Olivia y Niall se acercó como los niños cuando escuchan la palabra chuche.

Olivia le dio su taza y cortó la tarta en varias porciones para que escogiese. Después cogió su taza y se reclinó en el sofá. Esta vez Niall fue el que se sentó en el sillón.

—Cuando era pequeño —empezó a contar—, cogí el sarampión. Realmente no recuerdo mucho de ese momento, dicen que la fiebre es tan alta que es normal que luego no te acuerdes de nada. Pero me ha contado mi padre que lo único que comía eran pequeñas porciones de tarta de zanahoria. Y lo cierto es que después de aquello se convirtió en mi postre favorito.

Olivia sonrió con ternura.

—¿De dónde son tus padres? —preguntó llevándose la taza hacia la boca.

—Mi padre vive en Kennebunkport, en Maine. Hasta hace unos años vivía en Brooklyn, mis hermanos y yo somos de allí. Pero mis padres siempre dijeron que cuando mi padre se jubilara volverían a su pueblo natal, el lugar en el que se conocieron. Por desgracia, mi madre no pudo cumplir su sueño. Murió un año antes.

—¡Oh! —exclamó Olivia con tristeza—. Lo siento.

—Hace años de eso —dijo Niall que, a pesar de ello evidenciaba su tristeza—. Ahora mi padre vive solo en una preciosa casita delante del mar. Allí hemos pasado las vacaciones Cas y yo.

—¿Tienes hermanos?

Niall asintió.

—Dos. Pierce y Lewis. Pierce es el mayor y Lewis el pequeño. Pierce trabaja en un banco de inversiones, gana mucho dinero y no tiene a nadie con quién gastárselo. Él ayudó económicamente a mi padre para que pudiese comprarse la casa sin deudas. Lewis es músico, toca la guitarra en una banda country.

Olivia sonrió.

—Menuda familia tienes —dijo.

Niall asintió.

—Cas es la niña bonita de todos. Siempre coincidimos en Kennebunkport una semana y se la rifaban para ir a nadar o jugar a cualquier cosa. Mi padre se quedó muy triste cuando nos marchamos —dijo apenado.

—Lo imagino. Mi madre se moriría de tristeza si no pudiese ver a mis hijas —dijo Olivia.

—¿Tus padres viven cerca?

—Mi madre y mi padrastro —aclaró—, mi padre murió cuando yo era una niña. Walter es el padre de Nicole, y ha sido un padre para mí. Viven en Valdry, Nueva Jersey, donde han vivido siempre sus familias. Allí tienen a sus hermanos y primos. Nicole aún vive con ellos.

Olivia se puso rígida de repente al escuchar la puerta de la calle abrirse y cerrarse y unos familiares pasos dirigiéndose a la cocina.

—Vic, ¿qué haces aquí? —dijo poniéndose de pie al verlo aparecer.

Su todavía marido se detuvo en seco al ver que no estaba sola y miró a Niall con expresión taimada.

—Hola, no pensé que estuvieses con nadie —dijo Vic con un tono extraño—. Deberías quitarte esa costumbre de dejar la puerta abierta, un día vas a tener un disgusto.

Olivia no dijo nada, estaba pálida y nerviosa.

—Vengo a buscar el resto de mis cosas —dijo su ex-marido.

—Las tienes empaquetadas en el sótano —dijo ella con frialdad.

—¿Te conozco? —le preguntó a Niall con una torcida sonrisa.

El fotógrafo se levantó y le tendió la mano.

—Niall Fuller —dijo sin dar más explicaciones.

—Yo soy el... ex-marido de Olivia. Vic Muffet.

—Encantado. —Niall le estrechó la mano con firmeza y luego volvió a sentarse dando por terminada la conversación.

Vic lo miró dudoso y luego miró a Olivia.

—¿En el sótano has dicho?

Olivia asintió y Vic salió de la cocina.

Metida en camisa de once varas

—¿Dónde están las niñas? —preguntó Vic después de dejar las dos maletas en la entrada—. Nos vamos de viaje a España y quiero despedirme de ellas.

—Han ido al parque de atracciones con Nicole —respondió Olivia sin moverse del sofá.

—¿Y tardarán mucho en volver? —Vic miraba a Niall a intervalos regulares, como si esperase que dijese algo.

—No lo sé —dijo Olivia—. Supongo que para la hora de cenar estarán aquí.

—¿Supones? —preguntó él malhumorado.

—No sabíamos que ibas a venir —dijo su ex-mujer—. Si hubieses avisado...

—No he pensado en ello hasta hace un rato —dijo Vic—. Quería llevarme el bañador naranja, ese que me queda tan bien, y no lo encontraba. Nyx me dijo que quizá estaba todavía aquí y entonces me acordé de que no había venido a recoger estas cosas. No quería interrumpir...

Lo dijo de un modo que parecía esperar respuesta, pero ni Olivia ni Niall dijeron nada y continuaron tomando su café como si esperasen que se marchase cuanto antes.

—Diles a las niñas que he venido a verlas —dijo dispuesto a irse.

Olivia sonrió con cinismo.

—Descuida, se lo diré. Pero puedes llamarlas esta noche y despedirte.

—Intentaré acordarme. Me alegro de ver que estás aprendiendo a divertirme. Es todo un cambio —dijo saliendo de la cocina.

Olivia se mantuvo en tensión hasta que escuchó la puerta de la calle cerrarse. Entonces suspiró aliviada.

—Siento esto —dijo mirando a su invitado.

—¿Que sientes qué? —preguntó él sorprendido.

—Que hayas visto una escena tan incómoda.

Niall se encogió de hombros.

—Es un gilipollas, si me permites decirlo.

Olivia frunció el ceño.

—¿Tan rápido? —preguntó sorprendida—. Yo he tardado catorce años en darme cuenta.

Niall sonrió.

—¿Cómo os conocisteis? —preguntó.

—Nos conocíamos desde niños —dijo Olivia estirando las piernas en el sofá. Llevaba un pantalón de los que utilizaba para hacer yoga y una camisa blanca—. Nos perdimos el rastro durante años hasta que nos volvimos a ver en una fiesta que organizaba un amigo suyo que era novio de una amiga mía... Ya sabes, esas cosas típicas de los pueblos.

—Ya veo —dijo él cogiendo un pedazo de tarta.

—Cuando le vi en aquella fiesta yo tenía veinticuatro años y mi vida era el trabajo —siguió contando.

—¿Cuánto tiempo trabajaste en Enfoque?

Olivia calculó mentalmente antes de responder.

—Tenía veinticuatro años cuando me contrataron como ayudante de corrección —dijo encogiendo las piernas—. Al principio era poco más que una becaria. Lo dejé cuando nacieron las mellizas, hace nueve años.

Niall asintió, pensativo.

—Tengo cuarenta —dijo ella sonriendo—, no hace falta que te devanes los sesos contando.

El fotógrafo la miró entrecerrando los ojos.

—Estaba calculando por qué poco no nos conocimos. No suele preocuparme la edad de la gente.

Olivia se ruborizó sin poder evitarlo.

—¿Cuántos años llevas tú en Enfoque?

—En dos meses hubiese hecho siete —dijo Niall torciendo una sonrisa.

—Entraste muy joven.

—Veinticinco, pero ya había estado trabajando en Primera Línea. Allí empecé como becario y aprendí muchísimo. No es una revista tan importante como Enfoque, pero su editor, Will Lowe, es un fuera de serie.

Olivia asintió, había oído hablar mucho de él.

—Veremos cuánto aguanto en Glamour. Me da a mí que no será mucho.

—¿No te gusta?

Niall negó con la cabeza.

—Es un cambio enorme —dijo Olivia—, pero lo has hecho por una excelente razón.

—No volveré a ser reportero de guerra, eso lo tengo claro. Pero no sé si puedo aceptar ser este tipo de fotógrafo. —Se apoyó en las rodillas y la miró con intensidad—. Antes mi trabajo me apasionaba. Estaba deseando empezar y cuando no trabajaba siempre pensaba en ello. Ahora me siento... vacío.

Olivia se incorporó y se sentó mirándolo de frente, escuchándolo con atención.

—No me interesa la moda, no puedo involucrarme en temas tan superficiales después de las cosas que he visto y he vivido. —Negó con la cabeza muy serio—. Sencillamente, no puedo.

—Quizá tengas que cambiar la perspectiva de lo que haces —dijo ella poniéndose de pie—. ¿Te apetece ver una peli?

Cuando terminó la película Olivia cogió el mando y apagó el televisor.

—¿Esta es su biografía oficial? —preguntó.

—Sí —dijo Olivia sonriendo—. ¿A que te da una nueva perspectiva de lo que significa la moda?

Niall se colocó de lado, como ella, de modo que ambos quedaban frente a frente, apoyado el brazo en el respaldo del sofá.

—La moda no es simplemente la ropa que alguien se pone. La moda es mucho más que eso —dijo Olivia—. Durante siglos ha sido el método que han utilizado las mujeres para decir basta a unas costumbres machistas e injustas. El pantalón de Cocó fue el culmen de toda una lucha.

—Pero si haces una lectura a la inversa, la moda ha sido siempre, incluso ahora, una modo de esclavitud. En especial para las mujeres —apuntó Niall muy acertadamente.

Olivia asintió.

—No hay revolución sin opresión. Pero esto te da una nueva visión del mundo que rodea la moda. Es una declaración de principios, de maneras de pensar...

El fotógrafo la miraba de un modo extraño. La fijeza de sus ojos parecía querer atrapar su esencia y Olivia se sintió prisionera de su mirada verde e intensa. Su respiración se volvió agitada y el calor le subía por la garganta. Se levantó del sofá un poco inestable.

—¿Tomamos algo fresco? —dijo caminando hacia la cocina sin mirar si él la seguía.

Niall la había seguido y ella rehuyó su mirada cuando sacó la botella de refresco de la nevera y la colocó sobre la encimera. El fotógrafo la miraba con

curiosidad. Se sentía atraído por ella de un modo sorprendente. No era el tipo de mujer al que estaba acostumbrado. Era ocho años mayor que él, no le gustaba hacer deporte y sus últimos años los había pasado dedicada por completo a sus dos hijas. Sin embargo, tenía una personalidad cuya potencia de atracción superaba cualquier otra que hubiese sentido antes por cualquier mujer.

—¿No te gusta montar en bici? —preguntó de pronto.

Los pensamientos de Olivia era un caos total y aquella pregunta la dejó fuera de juego. Tardó en procesarla y su expresión mostraba lo mucho que le costaba hacerlo.

—Emm... sssí, supongo —dijo.

—¿Supones? —dijo él divertido.

—Quiero decir que hace años que no me monto en una. Muchos años.

—Ya sabes lo que dicen de eso.

Olivia asintió.

—¿Tienes bici? —preguntó.

Ella negó con la cabeza.

—Las niñas tienen, pero son pequeñas...

—Es bueno pasarlo bien haciendo ejercicio —dijo él cogiendo uno de los vasos que había llenado de limonada—. Yo disfruto mucho saliendo con la bici. Convino naturaleza con ejercicio. De esa manera el esfuerzo es gratificante.

Olivia se llevó el vaso a la boca y bebió sin decir nada. Niall era plenamente consciente de su nerviosismo e incomodidad y creía saber el motivo.

—¿Te apetece que demos una vuelta por el barrio? —preguntó.

Olivia frunció el ceño.

—¿Una vuelta?

—Sí, ya sabes, caminar y eso.

Ella se miró y luego lo miró a él.

—Puedo esperar a que te cambies —dijo Niall sonriendo—. Las niñas aún tardarán un rato. No nos vamos a pasar toda la tarde encerrados en casa. A no ser que se te ocurra algo más interesante que hacer aquí.

Lo dijo de un modo que hizo que Olivia se ruborizara intensamente.

—Voy a cambiarme —dijo apresurándose hacia la puerta.

—Ponte algo cómodo —dijo él.

Salieron de la casa y Olivia cerró solo el resbalón.

—¿No echas la llave? —preguntó él, sorprendido.

Olivia sonrió.

—Soy un poco rara. Tengo la idea de que si alguien quiere entrar en tu casa, lo hará y cerrar con llave solo provocará que rompa la puerta. Mi hermana me regaña porque siempre tengo la puerta abierta.

Niall la miró asombrado.

—¿En serio?

Olivia asintió.

—¿Y nunca te han entrado a robar?

Negó con la cabeza.

—Nunca.

—Eres una chica afortunada —dijo el fotógrafo.

—Gracias por lo de chica —dijo sonriendo con timidez.

Caminaron por la acera durante unos minutos hasta que Niall notó que Olivia se ponía tensa.

—¡Oh, no! —exclamó entre dientes y muy bajito.

Niall siguió su mirada y vio que se acercaba una mujer con una niña que debía tener la edad de Cas.

—Hola, Olivia —dijo la otra con una exagerada sonrisa y un tono demasiado cantarín—. Que bien acompañada te veo.

—Hola, Jaycie —dijo Olivia tratando de sonreír y negándose a presentarlos.

—¿Dando un paseo? —insistió la vecina.

—Sí —respondió escueta.

—Precisamente Lillian se estaba preguntando si las mellizas estarían en casa —dijo Jaycie sin dejar de mirar a Niall con mal disimulado interés.

—Nnnno... —titubeó Olivia—. Están con mi hermana.

—Ya veo —dijo la otra poniéndose seria—. Tengo que pasarme un día de estos a hablarte de una cosita.

Niall tenía ganas de echarse a reír y no sabía muy bien por qué.

—Cuando quieras, ya lo sabes —dijo Olivia pasando por su lado mientras Niall hacía lo mismo con Lillian.

—Adiós —dijo la vecina—. Que os divirtáis.

Durante unos segundos caminaron sin decir nada. Niall se volvió un par de veces para asegurarse de que la mujer se alejaba y no se había quedado parada mirándolos.

—Ha sido muy divertido —dijo cuando desaparecieron de su vista.

—¿Divertido? —preguntó Olivia mortificada—. ¡Ha sido horrible!

—¿Por qué? —dijo él riéndose.

—A saber qué habrá pensado.

—¿Qué crees tú que ha pensado? —preguntó él con interés y sin dejar de caminar a buen ritmo.

—Pues que estoy echando una canita al aire.

—¿Canita? ¿Qué eres? ¿Una anciana?

—Bueno —dijo mirándolo con aquellos enormes ojos de niña—, ya sabes lo que quiero decir.

—No —dijo él sin facilitarle la situación—, no tengo ni idea.

—Soy una mujer de cuarenta años, recién separada, con dos hijas pequeñas...

—¿Y? ¿Eso te convierte en una vieja? Tienes ocho años más que yo, y te aseguro que yo no me considero ningún anciano.

—Tengo ocho años más que tú, exacto.

—¡Ah, vale! Es por eso. Si yo tuviese cuarenta años no estaría echando una cana al aire.

—¡Oye! ¡Que tú y yo no estamos haciendo nada! —dijo ella con la sensación de que aquella conversación se le estaba yendo de las manos.

—Pues estoy seguro de que no es eso lo que ha pensado tu vecina —dijo él bajando el tono—. De hecho estoy convencido de que pensaba que veníamos de tu cama...

Olivia lo miró consciente de que se estaba riendo de ella.

—¿Te estás divirtiendo? —preguntó con expresión enfadada.

Niall se echó a reír a carcajadas.

—¡Mucho! —dijo deteniéndose—. Ya hemos llegado.

Olivia lo miró sin comprender.

—Cas y yo vivimos aquí. Ven, vamos.

Al ver que Olivia se quedaba parada mirando el edificio volvió y la cogió de la mano llevándola con él. Entraron en la portería y subieron las escaleras corriendo. Olivia llegó frente a la puerta del primer piso con la respiración agitada.

—Pues va a ser verdad que eres una vieja —dijo él riendo.

Olivia soltaba el aire y lo cogía con ganas.

—Ya te he dicho que no estoy nada en forma —reconoció.

Cuando entró en la casa de Niall se encontró con un apartamento pequeño

pero luminoso. Había fotografías increíbles por las paredes, pero ninguna era de guerra. Había retratos de múltiples etnias, fotos de naturaleza, de objetos, de ciudades. Olivia se olvidó por completo de todo lo demás y se centró en aquellas instantáneas. Niall era capaz de captar la esencia de las personas, pero también de los objetos. Era como si aquellas paredes estuviesen repletas de realidad y resultaba impactante.

—¿Te gustan? —preguntó él después de mirarla durante un buen rato con total libertad.

—Me fascinan —dijo ella mirándolo a él con una expresión tan potente que sintió que lo golpeaba en el pecho.

Niall se dio la vuelta rápidamente y salió de la habitación. Olivia respiró hondo consciente de la tensión que había entre ellos. El fotógrafo apareció con una bicicleta y un casco colgado del manillar.

—¿Qué haces? —preguntó ella.

—Es para ti —dijo Niall.

—Pero ¿qué dices? —dijo ella echándose a reír.

—En agradecimiento por todo lo que has hecho por mi hija estos días —dijo sonriendo.

—No voy a subirme ahí.

—Claro que lo harás —dijo él asintiendo—. Ahora mismo. Cógela.

Olivia obedeció de manera incomprensible y él volvió a salir de la habitación. Cuando lo vio regresar con otra bicicleta y el casco puesto comprendió que se encontraba en un serio aprieto.

—No voy a subirme en la bicicleta —dijo rotunda—. ¿Estás loco? ¿Quieres que me caiga y me rompa la crisma?

—No te vas a caer. Iremos al parque, es un sitio fácil y cómodo. Yo iré a tu lado. Tan solo quiero que pierdas el miedo y no podrás hacerlo si no lo intentas.

Olivia negó con la cabeza.

—Piensa en esto —dijo él—: ¿qué imagen quieres darle a tus hijas? ¿Quieres que piensen que deben ceder a sus miedos o que deben afrontarlos? ¿Que hay personas capaces de hacer cosas, como por ejemplo irse de viaje a España, y otras que simplemente observan cómo los demás hacen cosas?

—Eso ha sido un golpe bajo —dijo Olivia soltando la bicicleta en el suelo y caminando hacia la puerta.

Niall lanzó una maldición y dejando la suya contra la pared corrió tras ella. La alcanzó en el rellano y la detuvo sujetándola por el brazo.

—Espera, no huyas —dijo él.

—No huyo —respondió mirándolo dolida—. No quiero montar en tu estúpida bicicleta. Ni que me digas que soy una tonta por haber tirado mi vida por la borda.

—No he dicho semejante cosa —dijo él sin soltarla.

—Le diré a Nicole que traiga a Cas cuando vuelvan —dijo y soltándose bruscamente, bajó las escaleras corriendo y se marchó.

Tres veces le dije no

El domingo las mellizas quisieron salir con sus bicis y Olivia las acompañó al parque. No recordaba que aquel camino fuese tan atterradoramente frustrante. Nunca lo había vivido así. Antes simplemente era una vigilante, una guardaespaldas garante de su seguridad. Ahora se sentía huérfana, insatisfecha y frustrada.

—¡Mamá, espéranos donde siempre! —gritó Rohana cuando entraron en el parque y las dos niñas se alejaron de ella con sus bicicletas.

Olivia se sentó en el mismo banco en el que se había sentado todos los domingos de los últimos nueve años y observó el paisaje a su alrededor. Madres con niños pequeños paseando, corriendo o en sus bicicletas. Madres atentas, solícitas. Madres. Allí no había mujeres, todas habían desaparecido, eran sombras casi transparentes. Pero no era la maternidad la que les hacía aquello, no. Eso era simplista y estúpido. Los niños no les exigían que dejaran de existir. Era otra cosa. Un silencioso empuje de una parte de la sociedad, que hacía que las mujeres que optaban por quedarse en casa con sus hijos se convirtiesen en súbditas. En invisibles.

Se miró las manos con tristeza. Antes se pintaba las uñas. No es que fuese una mujer demasiado preocupada por esas cosas, pero era divertido. Cerró los ojos un instante y trató de imaginar cómo le gustaría ser. ¿Qué clase de persona sería si estuviese en su mano decidirlo?

—Mamá, ¿qué haces? —Rohana había parado su bicicleta delante de ella.

—¿Te encuentras mal? —preguntó Edeline que llegaba en ese momento.

—No, cariño —dijo con una triste sonrisa—. Estoy bien.

—Tenías una expresión muy extraña —dijo Rohana preocupada.

—Estaba pensando una cosa —dijo Olivia mirando a sus hijas—. ¿Qué os parecería si me comprase una bicicleta?

Las niñas abrieron los ojos asombradas.

—¿Una bicicleta para ti? —preguntó Edeline—. ¡Sí, mamá! ¡Oh, sería genial!

—¿Sabes montar en bici? —preguntó Rohana con una de sus concienzudas expresiones.

—Antes sabía —dijo Olivia sonriendo con tristeza—. Dicen que nunca se olvida.

Rohana asintió.

—Sí, mamá, cómprate una bici —dijo la niña con naturalidad.

Las dos niñas se alejaron contentas hablando del tema y Olivia se sintió la mujer más estúpida del mundo. Los niños son demasiado inteligentes para que los adultos puedan comprenderlos.

Al día siguiente Olivia llevó a las niñas al cole y las dejó como siempre frente a la puerta. Niall estaba al pie de las escaleras e hizo ademán de acercarse, pero Olivia, que no había parado el motor, puso su coche en marcha y se alejó de allí sin esperarlo. Sabía que estaba siendo desagradable y que lo normal es que yendo al mismo sitio lo hubiera llevado, pero recordaba una frase que siempre le decía su madre: vale más una vez colorada que ciento amarilla. De ese modo dejaba claro cómo estaba la situación. No tenía sentido aquel tonto que habían tenido durante todo el fin de semana. Ella era una mujer de cuarenta años, ¡ochos más que él! Y por si fuera poca la diferencia de edad, estaba claro que las mujeres son más maduras que los hombres a cualquier edad, lo que no hacía más que aumentar la diferencia. Además él era un adonis, el hombre más deseado por las mujeres de todo el Grupo Dempster. Y a ella acababa de abandonarla su marido por una mujer más joven, más guapa y más sexy.

Se miró en el retrovisor y movió la cabeza. Ahí estaban, unas pequeñas arruguitas a los lados de los ojos. Las había descubierto esa mañana por primera vez y ya parecían haber profundizado en su epidermis. Si seguían así, esa noche tendría unas marcadas patas de gallo.

Dejó el coche en el aparcamiento y se estiró los pantalones. Debería modernizar su guardarropa, esos pantalones tenían más de seis años y aunque a ella le pareciera que no era importante, a juzgar por como la miró Silvia al entrar, no todo el mundo opinaba lo mismo.

—Buenos días —dijo apretando el bolso como si pudiese protegerla.

—Buenos días, señora Beller —dijo la recepcionista al verla pasar sin detenerse.

Olivia cerró los ojos mortificada por aquel «señora». Aunque algo había ganado, le había costado mucho que dejara de llamarla por el apellido de su marido. Echaba de menos a Claudia y su humor sarcástico.

Salió del ascensor y se acercó a saludar a Verónica.

—Chica, qué cara traes —dijo su amiga.

—He tenido un fin de semana movidito —dijo ella sin entrar en detalles.

—Pero ¿movidito para bien o para mal?

Olivia lo pensó un momento.

—Para bien —dijo después de sopesar los pros y los contras rápidamente.

—Pues ya me contarás. ¿Comemos juntas?

—De acuerdo —dijo y se despidió dispuesta a sumergirse de lleno en el trabajo.

—¡Has pasado el fin de semana con Niall! —exclamó Verónica, que rápidamente se tapó la boca al ver que otros comensales la miraban.

—Muy bonito —dijo su amiga—. Lo tuyo no es la discreción, precisamente.

—Lo siento —susurró la otra—. Es que es muy fuerte.

—Y mentira.

—Acabas de decir...

—Que su hija se quedó a dormir en mi casa el viernes, eso he dicho.

—Y que él se quedó a cenar el viernes y a comer el sábado. Que tu hermana se llevó a las niñas y os dejó solos. Que te llevó a su apartamento...

—Vale, vale, ya sé cómo suena, pero no es lo que parece.

—¡Uy, qué mal suena eso! —dijo su amiga riendo.

Pero Verónica se dio cuenta enseguida de que algo pasaba, algo que había vuelto a sacar el velo triste que cubría la mirada de su amiga. La recepcionista bajó la mirada al plato y durante unos segundos meditó sobre lo que quería decir. No quería que aquello sonase a broma.

—Hace seis años tuve una aventura —dijo al fin.

Olivia la miró sorprendida y su amiga asintió con expresión seria.

—Conocí a un chico... Me da un poco de vergüenza —dijo y respiró hondo para después soltar el aire de golpe—. Acababa de cumplir los cuarenta y entré en crisis. Empecé a recordar el pasado a todas horas, pensaba en cuando era niña, en cuando era una adolescente, en cuando me enamoré de Robert... Todo aquello en lo que pensaba me parecía mágico y mi realidad una mierda. Me preguntaba cómo podía haberme rendido con tanta facilidad. Mírame, sigo siendo una recepcionista mientras a mi alrededor no paro de ver mujeres con carreras y puestos importantes. Que van del brazo de hombres

musculosos y guapos con los que hacen cosas increíbles en la cama. — Verónica movió la cabeza con tristeza al recordar todo aquello—. De verdad que nuestro mayor enemigo está dentro de nuestra cabeza. Empecé a ver a Robert como a un extraño. Me fijaba en su barriga, en sus incipientes canas, ponía el foco en todos sus defectos. Hasta que me fui olvidando de todo aquello que me había hecho amar.

Olivia se veía en el lugar de Robert y sintió pena de sí misma.

—Entonces conocí a Luke. Luke Winslet —dijo Verónica mirándola de frente.

Olivia frunció el ceño sin dar crédito. ¿Luke Winslet? ¿Ese chico rubio de Bike Runners?

—Sí, ese —dijo Verónica adivinando lo que estaba pensando—. Tenía veintisiete años cuando me acosté con él. Trece años menos que yo.

—Pero ¿cómo?

Su amiga sonrió ante aquella inocente pregunta.

—Estaba aquí —dijo, encogiéndose de hombros—. Yo pasaba por un mal momento. Un muy mal momento. Estaba al borde de una depresión. Mis hijos ya no me necesitaban como antes, mi marido ya no estaba enamorado de mí y yo no me gustaba nada.

—¿Robert no te quería? —Olivia no entendía nada.

—No es que no me quisiera, pero no estaba enamorado de mí. —La miró consciente de que seguía sin comprender a qué se refería—. Verás, yo antes salía de la ducha envuelta en una toalla y si Robert estaba en la misma habitación, pues ya imaginas como se le ponía aquello.

Olivia sonrió y asintió después de mirar a su alrededor, como si le estuviese contando un secreto de estado, para asegurarse de que nadie más estaba escuchando.

—Pues había llegado el momento —siguió Verónica—, en el que podía salir del baño sin toalla y él no levantaba siquiera la mirada de su Tablet.

Olivia suspiró. La comprendía muy bien.

—Ya no había chispa, ¿entiendes? Y, de repente, fui consciente de ello. Porque es algo que no pasa de un día para otro, va pasando sin que te des cuenta. Tu cuerpo va cambiando y tu mente también.

—Luke es un bombón —dijo Olivia bajando mucho la voz.

—Lo es —respondió su amiga—. Y un seductor. Creo que se ha tirado a la mitad de las mujeres de Dempster.

—Uy, qué mal ha sonado eso —dijo la otra riendo.

—Tú ya me entiendes. El pobre Dempster solo se ha casado una vez y su mujer debe tener setenta y pico.

—Sí —asintió Olivia—. La vi una vez, es una mujer extremadamente elegante y muy amable.

—Cuando era joven no era ninguna belleza —dijo Verónica—. He visto fotos tuyas y siempre resulta chocante porque él era un bellezón y muy rico.

—Era su secretaria, ¿verdad?

Verónica asintió.

—Fue una de esas parejas por las que nadie daba un dólar. Y mira tú.

—Pero sigue contándome. ¿Cómo se inició lo de Luke?

—Pues si te soy sincera no sé cómo empezó a venir a hablar conmigo. Se pasaba casi todos los días y se quedaba en el mostrador charlando hasta que alguien le decía algo, casi siempre Serena.

—No podía ser otra —dijo Olivia moviendo la cabeza.

—La cuestión es que un día me invitó a cenar —dijo Verónica volviendo a lo importante—. Luke sabía perfectamente que yo estaba casada y tenía dos hijos. Sabía perfectamente que era mayor que él. Y yo solo podía pensar que, a pesar de saber todo eso, quería salir a cenar conmigo.

Olivia comprendía la situación, aunque no estaba para nada de acuerdo en el resultado.

—Al principio le dije que no. Tres veces. —Se miró las manos y movió el anillo de boda alrededor de su dedo—. Pero una noche pasó algo con Robert, algo que me dolió enormemente. Los chicos no estaban en casa, habían salido de acampada con un grupo excursionista y estábamos solos viendo una película. La protagonista hacía un baile sexy para su pareja y me pareció emocionante. Así que le dije que tenía que ir al lavabo y corrí a la habitación para ponerme mi mejor negligé. Cuando bajé fui hasta el aparato de música y busqué una música sugerente. Apagué la tele sin hacer caso a sus protestas y me puse a bailar delante de él hasta quedarme desnuda.

Olivia tenía el corazón encogido y sentía una profunda tristeza al escucharla porque imaginaba la escena y el desenlace como si la hubiese vivido.

—Se echó a reír —dijo Verónica con aquella desolación en la mirada—. No pudo evitarlo, después me lo dijo cuando hablamos de ello. No era su intención, pero la situación lo desbordó. Estaba claro que allí estaba pasando algo, él lo intuía, pero no tenía ni idea de lo que era. Por eso en aquel momento sintió tal presión que lo único que pudo hacer fue echarse a reír. No

hubo excitación y, por supuesto, no hubo sexo. Tan solo frustración. Yo me encerré en el baño y lloré durante horas mientras él no dejaba de pedirme que saliese o le dejase entrar. Al final se durmió esperándome y cuando salí me quedé mirándolo un buen rato, de pie junto a la cama. En ese momento decidí que lo haría. —Asintió con firmeza—. Me acosté con Luke después de nuestra segunda cita.

Olivia cogió una de sus manos, apretándola con cariño.

—Fue increíble —dijo Verónica—, el mejor sexo que he tenido en mi vida. Lo hicimos tres veces en una noche y las tres veces me provocó un millón de orgasmos. Y, sin embargo, cuando volví a casa me sentí la mujer más desgraciada de la tierra. Si antes me sentía mal ahora era pura desolación. Solo quería llorar y no salir de la cama. Tuve que coger la baja por primera vez en mi vida.

—Lo entiendo —dijo su amiga asintiendo.

—No estaba enamorada de Luke, no quería a ese chico en mi vida —dijo Verónica—, pero me había hecho sentir cosas que ya había olvidado. Me removiό por dentro y por fuera.

—Y se lo dijiste a Robert. —El rostro de Olivia mostró su sorpresa al ver que su amiga negaba con la cabeza.

—No, Robert no lo sabe ni lo sabrá nunca —dijo Verónica—. Eso lo destruiría y acabaría con lo nuestro. Luke no quería una relación conmigo, en cuanto le dije que me dejara en paz salió de mi vida y se fue en busca de otra, ya te he dicho que se ha acostado con la mitad de las mujeres del Grupo. ¿Qué sentido tenía explicárselo a Robert? ¿Qué bien nos habría hecho eso? Me equivoqué, fue un error. Me costó mucho superarlo, es cierto, me sentía realmente mal por lo que había hecho, pero tenía muy claro que Robert es el hombre de mi vida. Después de lo que nos pasó él se dio cuenta de que las cosas no iban bien y se esforzó mucho por volver a mí. Ahora nos va muy bien.

Olivia trataba de no mostrar su disconformidad.

—¿Crees que está mal que no se lo dijese? —preguntó Verónica.

—Sí —respondió con sinceridad—. No soporto las mentiras.

—Lo entiendo y lo respeto —dijo Verónica—, pero te aseguro que en este caso te equivocas. Le di muchas vueltas y sé, sin lugar a dudas, que sería un error contárselo. Nuestra relación nunca volvería a ser la misma. Y la verdad está sobrevalorada.

Olivia frunció el ceño, no le gustaba aquella manera de pensar.

—¿Te gustaría que él te ocultase algo así?

—¡Por supuesto! —dijo la otra con vehemencia—. No querría saberlo, de ningún modo. Para mí sería imposible mirarlo como lo miro ahora y al final se acabaría nuestra relación. Si no lo sé, no ha ocurrido.

Olivia no daba crédito a lo que escuchaba.

—Puedo confiar en ti, ¿verdad? —preguntó Verónica mirándola fijamente a los ojos.

—Por supuesto —dijo la otra—. Jamás te traicionaría, aunque no me parezca bien, no tengo nada que decir. Es tu vida.

—Bien —dijo la otra recuperando la tranquilidad—. Te he contado todo esto para que entiendas que las mujeres también pasamos una crisis a los cuarenta. Y no es tan diferente de la que pasan ellos. Yo creo que tu marido querrá volver contigo a no tardar mucho, pero mientras tanto no debes perder la oportunidad de vivir otras experiencias. Porque, si no lo haces ahora, querrás hacerlo después y entonces será mucho más traumático.

—¿Me estás diciendo que me acueste con Niall?

—¡Claro! —exclamó la otra riendo—. No pierdas una oportunidad como esa. Es un hombre increíble y si se ha fijado en ti...

Olivia miró a su amiga como si la viese por primera vez. Era muy habitual para ella equivocarse con las personas, pero de verdad que no se esperaba todos aquellos descubrimientos en un solo día.

—Esta es preciosa —decía Edeline.

—¿Rosa? —dijo Rohana—. ¿Cómo se va a comprar mamá una bici rosa, tonta? A ella le gusta el verde. Tiene que ser verde.

—¡Pues esa! —exclamó su hermana señalando una bicicleta de ese color.

—Mira mamá —señaló Rohana.

Olivia la siguió hasta una preciosa y reluciente bicicleta de color verde hoja. El dependiente se acercó para asesorarla y, después de un rato de indecisión, salieron de la tienda con la flamante bicicleta.

—Venga, mamá, súbete —dijo Edeline cuando estaban en el aparcamiento.

—¿Ahora? —dijo su madre frunciendo el ceño.

—Sí, ahora —dijo la niña dando palmas—. Va, que me hace mucha ilusión verte.

—Pero ¿aquí? —dijo Olivia mirando a su alrededor—. Mejor en otra parte.

—¿En otra parte? ¿Por qué? —dijo Edeline dejando de dar palmas.

Rohana se acercó a su madre y la miró muy seria.

—Mamá, si vas a hacerlo, hazlo ahora.

Olivia miró a sus hijas y comprendió que estaba a una decisión de defraudarlas. Cogió el casco verde y se lo puso. Después se subió a la bicicleta con gran nerviosismo. Respiró hondo y poniendo los pies en los pedales comenzó a moverse. Al principio su propio miedo aumentó la inestabilidad y al tratar de dar la vuelta estuvo a punto de irse al suelo. Pero sus hijas, en lugar de asustarse, la vitoreaban y aplaudían como si estuviese realizando la mayor de las proezas. Después de los primeros dos minutos empezó a relajarse y una enorme sonrisa de felicidad se dibujó en su rostro.

Cuando detuvo la bicicleta junto a sus hijas las dos mellizas se abrazaron a ella que reía a carcajadas. Había sido una experiencia maravillosa.

Las cosas que importan

Después de su conversación con Verónica las cosas estuvieron mucho más claras en la mente de Olivia. No dejó de ser su amiga, pero sí comprendió que no era la persona que ella creía y eso las distanció de un modo sutil.

Niall aparecía de vez en cuando por la planta de Enfoque y se cruzó con Olivia un par de veces. Se saludaban como meros conocidos, pero ella mantuvo una actitud distante y fría acorde con su nueva situación. No quería complicaciones, no quería errores de los que salir herida.

Todos los días, al volver del trabajo, Olivia cogía su bicicleta y salía a pedalear. Se había borrado del gimnasio, pero cada día estaba más en forma. Perdió peso y su aspecto mejoró, además de su estado de ánimo. Empezaba a acostumbrarse a su nueva vida sin Vic y poco a poco habían empezado a aflorar todas las cosas que no funcionaban en su relación: la falta de comunicación, de intereses comunes, de gustos. Incluso ideológicamente estaban a años luz el uno del otro.

—Estás hecha una ciclista —dijo Jaycie una tarde al verla regresar.

Olivia se quitó el casco y sonrió a su vecina.

—Es muy divertido —dijo.

—Me están dando ganas de coger la mía, que lleva siglos aparcada en el garaje.

—Pues si quieres venir conmigo, quedamos una tarde de estas.

—¿Tú crees? ¿No te parece que estoy un poco rellenita para subirme a una bicicleta?

La sonrisa de Olivia se hizo mucho más grande.

—Eso mismo pensaba yo de mí —dijo y se tocó la barriga—, pensaba que esta no bajaría nunca y ya ves.

—¡Estás estupenda! —dijo Jaycie—. Creo que te voy a hacer caso. ¿Quedamos mañana?

Olivia asintió.

—Por supuesto —dijo empujando la bicicleta para cruzar la verja de entrada.

—¿Te apetece que tomemos un café? —preguntó Jaycie con cierta timidez.

Olivia comprendió que aquel encuentro no había sido tan casual como ella imaginaba y que su vecina probablemente la había estado esperando. Ahora se dio cuenta de su expresión seria y algo demacrada.

—Ven a casa —respondió—. Las mellizas están con mi hermana y no llegarán hasta la hora de la cena. Así mientras yo me ducho tú preparas el café, ¿te parece?

Jaycie aceptó y la siguió hasta su casa.

—Ya sabes dónde está la cocina —dijo mientras subía las escaleras para ir al piso de arriba—. Bajo en cinco minutos.

Jaycie preparó café y buscó en el armario algo con qué acompañarlo. Mientras esperaba a que Olivia bajara se sentó junto a la mesa de la cocina, revisó el correo en su móvil y miró algo de Facebook.

—Ya estoy aquí —dijo Olivia entrando con el pelo mojado.

—Sécate el pelo, mujer, puedo esperar un poco más —dijo la vecina.

Olivia negó con la cabeza y se sentó frente a ella.

—Nunca utilizo el secador, no me gusta nada. Tengo el pelo muy fino, se secará enseguida.

Sirvió el café y cogió una de las galletas.

—Hank ha ido con Lillian a ver a su abuela —empezó Jaycie—. A mi suegra.

—Ya —dijo Olivia sonriendo.

—A mí no me apetecía mucho verla. No estoy de humor para aguantar reproches y siempre tiene alguno preparado.

—La madre de Vic tampoco era muy fan mía —dijo Olivia.

—¿Cómo estás? He querido preguntártelo desde que Vic se marchó, pero me daba mucho apuro hacerlo. Ahora me doy cuenta de que es estúpido tener ese tipo de reparos.

—Estoy bien —dijo Olivia viendo en los ojos de Jaycie que su interés era sincero—. Ya me voy haciendo a la idea.

Su vecina movía la cabeza con tristeza.

—La gente no se da cuenta de lo que es verdaderamente importante —dijo.

Su expresión conmovió profundamente a Olivia que soltó la taza y puso su mano sobre la de Jaycie.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

Los ojos de su vecina se llenaron de lágrimas rápidamente. Era como si hubiese estado esperando aquella pregunta para echarse a llorar.

—Hace dos semanas me encontré un bultito en el pecho —explicó.

Olivia apretó más su mano mientras se esforzaba por no dejar salir el pánico a su rostro.

—¿Has ido al médico? —preguntó serena.

Jaycie asintió.

—El miércoles me operan —dijo.

—¿Hank...?

La vecina negó con la cabeza.

—He intentado decírselo, pero no he sido capaz —dijo llorando—. Cada vez que me pongo delante de él para hacerlo, me quedo muda.

—Pero tienes que decírselo.

—Lo sé, pero no sé cómo. Tú conoces a Hank, depende totalmente de mí.

Olivia asintió, era cierto. Hank Everitt era esa clase de hombre que se une a una mujer como si se fundiera con ella. Esa clase que no va a ninguna parte sin ella, que no hace planes sin ella, que no entiende la vida sin ella.

—¿Cómo voy a explicarle que van a extirparme el pecho sin empezar la quimio ni la radioterapia porque es tan agresivo que no se puede esperar? —dijo sollozando—. ¿Qué será de ellos si yo muero?

Olivia se levantó y fue a abrazarla. Durante los siguientes minutos Jaycie se desahogó con ella, la única persona con la que había podido hablar de ello desde que lo supo. Cuando consiguió calmarse, Olivia volvió a sentarse, pero sin soltarle la mano.

—Tienes que decírselo —volvió a decirle—, no puedes esperar más. Podemos hacer una cosa, si quieres. Cuando vuelvan puedes enviarme a tu hija. Le dices que mis hijas quieren que se quede a cenar con ellas...

Jaycie negó con la cabeza.

—No —dijo limpiándose la cara y respirando hondo—. Llamaré a Hank y le diré que se quede con sus abuelos esta noche, que tenemos que hablar de algo importante.

Olivia asintió. Eso les daría más tiempo para afrontar el golpe.

—No sé cómo he podido contártelo, creí que nunca sería capaz de decirlo en voz alta.

—Me alegro de que lo hayas hecho —dijo Olivia—. Y, espera, voy a preparar otro café que este se ha quedado helado.

—Es extraño —dijo Jaycie cuando Olivia puso la taza humeante frente a ella—. Nos conocemos desde hace muchos años.

—Vinimos el mismo año —dijo Olivia recordando.

—Nosotros llevábamos dos meses aquí cuando llegasteis —dijo Jaycie

asintiendo—. Nos quedamos embarazadas con poco tiempo de diferencia y nuestras hijas tienen la misma edad. Sin embargo, nunca hemos sido amigas.

Olivia bebió de su café antes de responder.

—Tienes razón. Sabes cosas de mí que amigas mías no saben, pero es como si ser vecinas fuese otra cosa.

Jaycie asintió.

—Yo no tengo ninguna amiga —dijo con timidez.

Olivia sonrió.

—Eso no es cierto —dijo y empujó el plato con galletas para que comiese.

Jaycie cogió una galleta y le dio un mordisco sin dejar de mirar a su ahora amiga.

—Tendremos que dejar lo de la bici para más adelante —dijo.

—Mamá dice que este finde os quiere en casa —dijo Nicole.

Olivia asintió distraída.

—¿Qué te pasa? —preguntó su hermana dándole un toque en el brazo—. Has estado toda la cena en otro sitio.

—Jaycie tiene cáncer de mama —susurró, a pesar de que las niñas ya estaban en la cama—. Me lo ha dicho esta tarde ahí sentada, donde estás tú.

Nicole cerró los ojos un instante.

—¿De qué grado estamos hablando? —preguntó mirándola.

—Cuatro —sentenció Olivia.

—¡Dios! —exclamó la abogada apoyándose contra el respaldo de la silla.

Su hermana asintió.

—Hank no lo sabe, se lo va a decir esta noche —siguió Olivia—. La operan pasado mañana. Desde que he hablado con ella no he dejado de pensar en Lillian y en él.

—Es terrible.

—La vida es tan frágil, Nicole.

—Ahora no te pongas dramática —dijo su hermana dándole una palmadita en la mano—. A ti no te va a pasar.

—¿Y tú cómo lo sabes? —dijo la otra muy seria—. Si me pasara, tú cuidarías de las mellizas, ¿verdad?

Nicole asintió sin decir nada y sus ojos se llenaron de lágrimas. Su hermana se levantó y fue a abrazarla.

Nicole nació cuando Olivia tenía diez años y para ella fue su mejor

juguete. Quizá por eso tenían una relación tan especial. Nicole la adoraba, casi la idolatraba y para Olivia era alguien a quién debía proteger. Sin embargo, con los últimos sucesos parecían haberse cambiado las tornas y ahora era Nicole la que sentía que debía cuidar de ella. Olivia se dio cuenta de que últimamente solo hablaban de ella y de sus cosas.

—Oye, no me contaste qué pasó con Eddie —dijo apartándose y mirándola a los ojos.

Nicole frunció el ceño.

—¿A qué viene esa pregunta ahora? —dijo extrañada.

Olivia volvió a sentarse en la silla sin apartar la escrutadora mirada.

—Me he acordado de repente. No me has vuelto a hablar de él desde que os besasteis en la fiesta de despedida de Mildred.

—Es que no hay nada de lo que hablar —dijo Nicole arrugando el morro—. Nos besamos y ya está.

—¿No habéis hablado? ¿No has quedado con él para tomar algo?

Nicole negó con la cabeza.

—Está con Lucy, ya lo sabes.

Lucy era la gerente de la empresa en la que trabajaba Nicole y Eddie era el contable.

—Pero te besó.

—Sí, me besó. Estaba contento, había bebido más de la cuenta.

—¿Y Lucy? —preguntó Olivia.

—Lucy no estaba allí, se había marchado temprano. Además a Lucy nunca le cayó bien Mildred.

—A Lucy le cae mal mucha gente —dijo Olivia.

—Es al revés —dijo Nicole sonriendo—: A mucha gente le cae mal Lucy.

—Cierto —dijo Olivia—. Pero ¿qué significa que está con Lucy? Si te besó es que algo no está claro, ¿no?

Nicole se encogió de hombros.

—Eso pensé yo cuando me metió la lengua en la boca, pero al día siguiente todo seguía como si nada, así que deduzco que siguen juntos.

—¿No has hablado con él?

Nicole negó con la cabeza.

—¿Qué quieres que le diga? ¿Oye cuando me besaste te estabas dando el lote conmigo o es que no lo tienes claro con la perra gestora?

—Pues sí, ¿por qué no? —dijo Olivia con expresión de malhumor—. ¿Por qué siempre tenemos que aguantarnos a que ellos se decidan a dar el paso?

—¿Lo dices por ti y Niall?

—¿De qué hablas? —dijo fingiendo no tener ni idea de a qué se refería.

—Me han dicho las niñas que ni te bajas del coche cuando las dejas en el cole —dijo Nicole.

—Como he hecho siempre.

—Ya, pero es que antes no conocías al padre de la mejor amiga de tus hijas. Un tío que está cañón y del que huyes desde el día del parque de atracciones.

—Yo no huyo. —Olivia jugó con la cucharilla que había en su taza vacía.

—¿De qué tienes miedo? —Su hermana la miraba muy seria—. Mira lo que pasó con la bici...

—¿Ya te lo han contado? —preguntó moviendo la cabeza—. No hay manera de que te oculten nada.

—Soy su tía favorita, asúmelo.

—Eres su única tía. Samantha no las ha visto desde que cumplieron los dos años.

—Samantha es una estúpida y una borde y espero que no se acerque a mis mellizas a menos de diez kilómetros.

—Es la hermana de Vic, tarde o temprano...

—Pues mejor tarde —dijo Nicole levantando una ceja—. Y no desvíes el tema, no te va a servir de nada.

—No tengo miedo de nada, Nicole. Niall es el padre de Cas, nada más.

—Y una mierda.

Olivia la miró con severidad.

—¿Te crees que no noté cómo lo mirabas? —dijo Nicole—. ¡Seguro que él también lo notó!

Olivia sintió que se ruborizaba y se maldijo por ello.

—¡Ajá! ¿Lo ves? ¡Te gusta!

—A ver, Nicole, tengo ojos en la cara.

—¿Entonces.

—¡Tiene tu edad! —exclamó con cierta rabia.

Nicole abrió la boca sorprendida y miró a su hermana como si no diese crédito a lo que escuchaba.

—¿En serio? —dijo al fin—. ¿Me estás diciendo que has dejado de hablar con él porque tiene ocho años menos que tú? No puede ser. Tú no eres mi hermana, eres mi abuela. ¿Qué digo mi abuela? ¡Ella era más moderna que tú!

—No seas burra, Nicole.

—¿Que no sea burra? ¿Pero tú te estás oyendo? ¿Qué narices le importa a nadie la edad que tienes?

—Me importa a mí —dijo—. Además, esto es hablar por no callar. Él no está interesado...

—Y si no está interesado, ¿por qué has salido corriendo? ¿Por qué lo has apartado de un manotazo?

—Bueno, quizá vi algo en él que indicaría una cierta atracción, sí —reconoció su hermana—. Pero lo más probable es que me lo imaginara. ¿Entiendes el bochorno que sería que él lo notase? Yo no estoy para tonterías, Nicole. Estoy saliendo de una ruptura muy dramática...

—Hace tiempo que lo de Vic no funcionaba —dijo su hermana.

—¿Qué? —Olivia la miró dolida.

—Lo siento, hermana, pero es la verdad. No teníais nada en común, no pensabais igual en nada. Ni siquiera podíais ir al cine juntos.

La nueva Olivia se había prometido no volver a mentirse.

—Tienes razón —reconoció.

—¿Pues qué tiene de malo abrirse a nuevas experiencias? —le dijo Nicole sonriendo—. ¡Déjate llevar, Olivia! Por una vez en tu vida.

Mientras Niall recogía los cacharros de la cena, Lewis charlaba con Cas en la cocina. Su tío más joven acababa de llegar después de estar tres meses de gira por varios estados y se había presentado de improviso, como solía hacer. Lewis vivía aún con su padre, era un compañero de piso inconstante porque viajaba mucho, pero, cuando estaba, era una agradable compañía para el viejo. Eso tranquilizaba a los otros hermanos que se sentían así menos preocupados.

—Y cuéntame, ¿cómo son esas nuevas amigas que te has echado? —preguntó tratando de estarse quieto mientras Cas lo dibujaba.

—Se llaman Rohana y Edeline y son mellizas —explicó—. Viven con su madre.

—Ah, que guay. ¿Y son majas? —preguntó Lewis.

Cas asintió repetidamente.

—Si no lo fuesen no seríamos amigas —dijo.

—Tienes razón.

—A mí me gustaría tener una hermana melliza —dijo Cas hablando

concentrada en su dibujo—. Debe ser genial tener a alguien siempre para jugar, para ver la tele, para hacer cualquier cosa.

—Tú tienes a tu padre —dijo Lewis—. Y me tienes a mí, al tío Pierce y al abuelo. Y también a tus otros abuelos...

—Ya, pero no es lo mismo. Rohana y Edeline siempre están juntas. Siempre, siempre.

—Ya sé lo que quieres decir. Es guay tener hermanos.

Cas levantó la vista del papel y miró a su tío y luego a su padre que seguía fregando los platos.

—Vosotros erais tres —dijo Cas como si acabara de darse cuenta.

Lewis asintió.

—Pero no creas que siempre estábamos juntos. En lo importante sí, pero yo era el pequeño y Pierce me llevaba siete años. Tu padre y yo estuvimos más unidos.

Niall se volvió y asintió con la cabeza.

—Pierce estaba muy ocupado haciéndose el mayor —dijo.

—El tío Pierce es un poco estirado —dijo Cas volviendo a su dibujo.

Lewis soltó una carcajada.

—Oye, ¿y dices que esas mellizas viven con su madre? —preguntó su tío con un tono de voz que hizo que Niall se volviese de nuevo—. ¿Y su padre?

—Se marchó de casa —dijo Cas.

Lewis miró a su hermano y levantó una ceja. Niall negó repetidamente con la cabeza lo que hizo que su hermano mostrase aún más interés.

—¿Y cómo es?

—¿Quién? —preguntó la niña sin comprender.

—La madre.

—¿Olivia?

—¿La madre de las mellizas se llama Olivia? —preguntó Lewis.

Su sobrina asintió con la cabeza.

—Es guapa, y muy cariñosa. Me lo pasé genial en su casa. Nos dejó acostarnos cuando quisimos y comimos pizza y chuches...

—¿Dormiste en su casa? —preguntó Lewis con mucho interés—. ¿Niall te dejó? ¿O es que él también se quedó?

—Él cenó con Olivia y al día siguiente pasaron la tarde juntos porque Nicole, la tía de las mellizas nos llevó al parque de atracciones —explicó la niña.

—Vaya, vaya... —Lewis miró a su hermano, pero este se abstuvo de

girarse, seguro de lo que iba a ver.

—Pero papa y Olivia se han enfadado —dijo la niña—. Ya no se hablan.

Lewis frunció el ceño, pero no pudo decir nada más porque Cas se levantó de repente dejando el lápiz sobre el cuaderno de dibujo y lo cogió de la mano tirando de él.

—¡Has traído la guitarra! —dijo cómo si acabase de darse cuenta—. Vamos, quiero cantar contigo.

Su tío se levantó riendo y dejó que su sobrina lo sacase de la cocina.

—Háblame de esa Olivia —dijo Lewis cuando Cas se fue a dormir y se quedaron solos. Recostado en el sofá tocaba su acústica suavemente para no despertar a la pequeña.

—No hay nada que decir —dijo Niall colocando los pies encima de la mesa de centro.

—Venga, tío, no seas imbécil. ¿Ahora ya no nos contamos esas cosas?

—¿Cuándo fue la última vez que tú me contaste algo? —preguntó Niall.

—Siempre que hay algo te lo cuento, lo que pasa es que hace tiempo que no hay nada que contar.

—Ya.

—Te lo juro, tío. Desde que lo dejé con Sofía, nada. He salido con alguna tía, no te digo que no, pero nunca más de dos veces.

—Lo justo para llevártela a la cama.

—¿Y qué quieres que haga? —dijo su hermano dejando la guitarra de pie junto al sofá—. Uno tiene sus necesidades.

—Pobrecito —bromeó Niall con una sonrisa irónica.

—¿Está buena? —volvió al tema que le interesaba—. ¿Cómo es?

Lo pensó un momento antes de responder.

—Pues es una mujer dulce y comprensiva. Escucha con tanta atención que cuesta no contarle todo sobre ti. También es divertida, no creas, tiene una sutil ironía que te desmonta. Estuvimos hablando durante horas y no me di ni cuenta... —Se detuvo al ver que su hermano se reía—. ¿Qué?

—Te he preguntado si está buena —dijo sin dejar de reír—. Pero ya veo que te has colado por ella.

—Pero ¿qué dices? —dijo Niall negando con la cabeza—. Eres idiota. Además se enfadó conmigo y ahora ni se baja del coche cuando lleva a las mellizas al cole.

—¿Que se enfadó? —dijo Lewis poniéndose serio—. ¿Qué le hiciste?

—Le regalé una de mis bicis —dijo.

Su hermano pequeño movió la cabeza como si aquello fuese algo muy grave.

—¿Está en forma? —preguntó.

Niall negó con la cabeza.

—La ofendiste.

—No fue eso. Hice un comentario estúpido refiriéndome a su marido. A su ex-marido.

—¿Pero de dónde has salido? ¿No sabes que el tema del ex no se toca hasta... nunca?

Niall sonrió sin humor.

—Qué lástima que no me dieras tan buen consejo antes.

Lewis movía la cabeza muy serio.

—Niall, tienes que pensar en esa niña —dijo señalando hacia el cuarto de la pequeña—, necesita una madre.

Su hermano le tiró un cojín que a punto estuvo de dar a su guitarra.

—No hay duda —dijo Lewis moviendo la cabeza consternado—, te has enamorado.

La cuestión es pasar el rato

Olivia lo vio parado en la acera, como todos los días, colgando la mochila en la espalda de Cas. Las mellizas la besaron desde la parte de atrás del coche y salieron como siempre, pero esta vez ella también bajó del coche.

—Buenos días —dijo con una sonrisa.

Niall se volvió a mirarla sorprendido.

—Buenos días, Olivia —dijo Cas.

—Adiós, mamá —dijo Edeline antes de entrar en el colegio.

—¡Hoy toca bici, no te olvides! —dijo Rohana antes de desaparecer tras la puerta.

Niall la miró interrogador y Olivia sonrió abiertamente.

—Me diste envidia y me compré una bici.

Niall sonrió abiertamente.

—¿Te llevo? —preguntó Olivia haciéndole un gesto para que la siguiera hasta el coche, pero él no se movió.

El fotógrafo la miraba con el ceño fruncido, pero no había enfado en su expresión, era más desconfianza. Olivia asintió.

—Sé lo que debes estar pensando —dijo ella—. Que soy una lunática emocionalmente inestable y que mejor mantenerte lejos. Lo entiendo...

—Pensaba en si te daría tiempo de acercarme a la estación antes de ir a la oficina —dijo él interrumpiéndola—. Hoy tengo un reportaje en Manhattan.

Olivia no pudo evitar su desconcierto y finalmente se echó a reír a carcajadas.

—Claro que me da tiempo —dijo, sin dejar de reír—. Vamos.

—Así que te has comprado una bici —dijo él cuando ya estaban circulando hacia la estación.

Olivia asintió sin dejar de prestar atención al tráfico, que a aquellas horas era muy intenso.

—Me di cuenta de que quería hacerlo y era el miedo el que metía ideas en mi cabeza. —Hizo una pausa consciente—. Tengo demasiados miedos.

Niall asintió repetidamente y Olivia lo vio por el rabillo del ojo.

—¿Tú no le tienes miedo a nada? —preguntó.

—A muchas cosas —dijo él—. Pero procuro mantenerlo a raya.

—Eso he hecho yo. Claro que las niñas me ayudaron bastante a decidirme. Niall sonrió.

—Imagino que les habrá hecho mucha ilusión. Ellas son mucho más inteligentes que nosotros, me parece.

—Sin duda —respondió ella.

—No suelen huir de aquello que les atrae —dijo él.

Olivia sintió que su corazón se aceleraba y pisó el freno en un acto inconsciente haciendo que sus cabezas se sacudieran hacia delante. Niall giró la cabeza hacia la ventanilla tratando de ocultarle una sonrisa.

—Cuando eres pequeño no sabes que la llama quema, nunca has metido la mano en el fuego —dijo ella—. Después, cada quemadura es una prueba de ello.

Niall volvió a girar la cabeza para mirarla con atención. Su perfil era perfecto, sus labios lo llamaban poderosamente.

—El fuego está ahí para darte calor, para hacer tu vida más confortable. No tienes por qué meter la mano, simplemente deja que rodee tu cuerpo con su abrazo.

Olivia sintió ese fuego ardiendo en su vientre dormido. Su pecho se movía agitado. Durante dos minutos ninguno dijo nada más y cada uno se dejó llevar por sus pensamientos.

—¿Haces algo mañana por la tarde? —preguntó Niall de pronto.

Olivia buscó en su cabeza una excusa, cualquier excusa.

—No.

—¿Me acompañarías a un sitio? —preguntó él.

—¿A qué sitio?

—Voy a comprarme un coche —dijo él.

Al llegar al semáforo Olivia giró la cabeza para mirarlo a los ojos.

—¿Te vas a comprar un coche?

—Eso he dicho, sí —dijo él sonriendo—. Está claro que esta va a ser mi vida de aquí en adelante. Hay que cerrar etapas.

Olivia asintió muy despacio. ¿Eso era lo que estaba haciendo ella? ¿Cerrar etapas?

—Sí —asintió—, te acompañaré.

—Tendrás que ayudarme antes —dijo él—. Hace mucho que no conduzco.

Olivia sonrió.

—¿Quieres que te deje mi coche? —preguntó.

—¿Lo harías? —Niall parecía incómodo—. He pensado que podíamos ir mañana al parking de Ballout, desde que cerraron no se ha utilizado para nada y es un buen lugar para no estamparse contra un árbol.

Olivia asintió.

—Pensaba que querías mi consejo para elegir el coche —dijo.

Niall mostró una enorme sonrisa.

—No, eso se lo dejé a Cas y lo tiene clarísimo.

—¿Estás seguro? —preguntó Olivia admirando el color rojo brillante del Lexus RX 450.

Niall se volvió a Cas que asintió sin apartar los ojos del coche.

—Muy seguro —dijo señalando a su hija.

Olivia sonrió al ver a la niña tan emocionada.

—Pueden llevárselo ahora mismo —le dijo la vendedora—. Creo que han elegido un coche perfecto para una familia como la suya. Las niñas irán muy cómodas en la parte de atrás y es tan grande por dentro que desde la parte delantera podrán disfrutar del viaje como si fuesen en un deportivo.

Niall y Olivia se miraron divertidos, pero ninguno la sacó de su error.

—Voy a hacer el papeleo —dijo el fotógrafo alejándose con ella.

Olivia se quedó con las niñas y el coche.

—¡Es chulísimo! —dijo Rohana—. Nada que ver con el Subaru de mi madre.

Olivia pensó en su tartana y suspiró. El coche más nuevo era el de Vic, el suyo lo compraron antes de quedarse embarazada de las mellizas. Acercó la mano a la puerta del Lexus y acarició la suave pintura. Era un coche precioso. Y enorme.

Cuando Niall volvió llevaba las llaves en la mano.

—¿Damos una vuelta? —preguntó—. Se me ocurre un sitio perfecto para ir a estrenarlo.

—¿Y nuestro coche? —preguntó Olivia señalando su destartado Subaru.

—Luego volvemos a por él.

Las niñas subieron en cuanto Niall abrió las puertas y se sentaron en la parte de atrás alabando cada uno de los detalles que descubrían. Cuando estuvieron todos dentro Niall lo puso en marcha con cuidado.

—A Cas le encanta este sitio —dijo Niall mirando corretear a las tres

niñas.

Estaban sentados en un tronco que alguien había colocado a modo de banco. El lago se extendía delante de ellos y los árboles les daban sombra.

—¿Alguna vez imaginaste que tu vida sería así? —preguntó Olivia con la mirada perdida en el horizonte.

Niall lo pensó un momento antes de responder.

—No. La verdad es que pensaba que a los treinta ya tendría un Pullizer — la miró con expresión inocente—. Ya sé que suena estúpido e infantil, pero es así. Me había imaginado incluso recogéndolo, dando un discurso... Patético, lo sé.

Olivia negó con la cabeza.

—No creo que sea patético para nada —dijo.

—¿Y tú? —preguntó él.

—Es extraño. Por más que he pensado en ello no encuentro ninguna imagen, ningún sueño que cumplir —dijo sorprendida—. Es como si mi vida fuese un río que fluye sin que yo tenga nada que ver en el recorrido que sigue.

De pronto sintió una enorme tristeza, una tristeza profunda y amarga como no había experimentado nunca. Allí, delante de aquel maravilloso paisaje, con las voces cantarinas de las tres niñas viajando en todas direcciones, sintió que se desmoronaba el suelo bajo sus pies. Sus ojos se llenaron de lágrimas y supo que se derrumbaría si no hacía algo enseguida. Se levantó y echó a correr hacia los árboles.

—Niñas —gritó Niall antes de seguirla—. No os alejéis del coche, vamos a estirar un poco las piernas.

El fotógrafo echó a correr tras ella y no tardó en alcanzarla. Olivia tenía la mano apoyada en un árbol y estaba inclinada hacia delante, vomitando. Se acercó y ella le hizo un gesto para que no la tocara.

—Déjame sola, por favor —sollozó—. Necesito un momento...

Niall no se movió, la veía temblar sin soltarse de aquel árbol como si temiese que no podría mantenerse en pie. Sopesó la posibilidad de alejarse y dejarla sola como le pedía, pero no pudo. Olivia golpeó el tronco con rabia y trató de alejarse de nuevo, echando a correr, pero esta vez él no se lo permitió. La cogió por la cintura y la sujetó con firmeza, pero sin hacerle daño. La atrajo hacia él y la acunó entre sus brazos. Al principio Olivia se resistió, pero poco a poco su cuerpo se fue amoldando al de él y sintió que perdía las fuerzas. Los sollozos chocaban contra el pecho masculino mientras la mano de Niall acariciaba sus cabellos con ternura.

—Las niñas —susurró ella entre lágrimas.

—Están bien, tranquila —dijo él.

Olivia se limpió la lágrimas con las manos sin salir de aquel abrazo que tanto necesitaba sin saberlo. Poco a poco recuperó la serenidad y con suavidad se separó de Niall.

—Gracias —dijo mirándolo con los ojos brillantes—. No sé qué me ha pasado. Volvamos con ellas.

—Tranquila —repitió él frenando su impulso de echar a correr—. Vayamos paseando. Es mejor que no te vean así.

Olivia sorbió por la nariz y se estiró el pelo alborotado.

—¡Dios! Se van a dar cuenta...

—Al venir hemos pasado junto a una fuente, no la habrás visto porque ibas corriendo como una loca. —Sonrió—. Ahora, cuando pasemos de nuevo junto a ella te lavas la cara y listos.

—Suerte que el rímel que llevo es waterproof —dijo ella.

Llegaron hasta la fuente y Olivia se acercó a la fuente, pero antes de meter las manos en el agua se dio cuenta de que no tenía nada con lo que secarse. Niall se quitó la camisa y le pidió que se la sujetara para quitarse la camiseta que llevaba debajo. Su torso se mostró ante ella, musculoso y terso. Pudo sentirlo contra su mejilla cuando la abrazaba. Ahora estaba ahí, visible y provocador.

—Sécate con mi camiseta —dijo cambiándosela por la camisa.

Olivia se volvió tratando de ocultar el rubor de sus mejillas y se lavó la cara en la fría fuente, lo que ayudó a rebajar la temperatura de su cuerpo. Se secó con cuidado, dando suaves golpecitos, sobre todo alrededor de los ojos y al mirar la camiseta vio las manchas de la máscara de pestañas.

—¡Oh! —exclamó mortificada.

—Es una camiseta blanca —dijo él riendo—, tengo muchas iguales.

—Te la lavaré y la dejaré impecable —dijo ella.

—¿Quieres que las niñas la vean? —Niall negó con la cabeza—. La dejaremos en esa papelera de ahí.

—Pero...

—Pero nada —dijo él y cogiéndola de sus manos cuando ya había terminado de secarse la llevó hasta el cubo de madera y la lanzó dentro con decisión.

Cuando llegaron al aparcamiento del concesionario de coches Niall paró el motor.

—¿Qué os ha parecido el coche? —preguntó Niall mirando hacia las niñas.

—¡Genial! —gritaron las tres.

—Entonces, está claro que hemos acertado —dijo el fotógrafo.

—Vamos, niñas —dijo Olivia sonriendo—, tenemos que volver a nuestra tartana.

—Jo mamá —dijo Edeline—. ¿No puede llevarnos Niall?

—¿Y dejamos el coche aquí solo? —preguntó su madre—. Espero que no te haya oído porque sería muy triste para él saber que quieres dejarlo por otro más guapo y mejor. No quisiera estar en la piel del pobre Subaru. Con los buenos ratos que nos ha dado...

—¡No hagas eso, mamá! —Edeline puso los ojos en blanco—. Siempre igual.

Olivia miró a Niall.

—Le hice lo mismo cuando quiso cambiar a Lita, la muñeca con la que había dormido durante años —explicó con expresión malévola.

—Y allí está, encima de mi cama. No soy capaz ni de meterla en un cajón —comentó la niña mortificada.

Niall se echó a reír.

—Eres perversa —dijo.

Olivia puso expresión de inocencia y se encogió de hombros.

—Es un don que tengo. —Se volvió a sus hijas—. Vamos, niñas, tenemos que volver a casa. Hasta mañana, Cas.

—Hasta mañana, Olivia —dijo la niña—. Hasta mañana, mellizas.

—Una tarde estupenda —dijo Olivia mirando a Niall cuando ya estaba fuera del coche—. No conocía ese rincón del lago y me ha encantado.

El fotógrafo sonrió y le guiñó un ojo.

—Gracias por dejarme tu coche para recuperar la traza conduciendo. Ahora ya no soy un peligro —dijo.

—¿Veis como hay que ser comprensivos con mi Subaru? —dijo Olivia caminando hacia su coche—. Todavía puede dar mucho de sí.

Las mellizas acabaron dando muestras de cariño hacia el viejo coche y Olivia miró a Niall satisfecha antes de subir a su coche.

Si te dicen que caí...

Niall asomó la cabeza antes de entrar en la sala en la que trabajaban los correctores de Enfoque. Olivia levantó la cabeza de la noticia que revisaba de manera mecánica y por ello no pudo modificar su expresión, que se mostró ante el fotógrafo de manera pura y sin manipulación. Una clara expresión de felicidad.

—¿Tú no comes? —preguntó acercándose a ella.

Olivia miró el reloj.

—Aún faltan cinco minutos —dijo.

—Ah, vaya —dijo él.

Ella frunció el ceño sin comprender.

—He pensado que podíamos comer juntos —dijo él.

Olivia movió lentamente la cabeza para hacer un gesto que podía ser de «vale».

—Puedo esperar esos cinco minutos —dijo él mirando a su alrededor—. Mira, me estaré ahí quietecito.

Caminó hacia un mostrador en el que había colocados varios documentos, los apartó y se sentó dando un pequeño salto. Los otros correctores habían dejado el trabajo para observarlos y Olivia se sintió incómoda.

—Mejor vámonos ya —dijo levantándose al tiempo que cogía su bolso, que siempre dejaba colgado en el respaldo de la silla.

Caminaron hacia los ascensores de la parte de atrás para no pasar frente al mostrador de Verónica. Olivia no quería que su amiga dijese algo inoportuno y la dejase en evidencia.

—¿Dónde has pensando que podíamos comer? —preguntó ella entrando en el ascensor.

—En Marty's, por supuesto —dijo él rápidamente.

Marty's era una pizzería de la calle cuatro. El local tenía la ambientación propia de una película de cine negro de los años 40: mesas redondas con mantelitos de cuadros, luz tenue y camareras con pequeños delantales de volantes.

—Me encanta este sitio —dijo Olivia después de pedir unos raviolis de la casa con extra de queso.

Niall sonrió sin decir nada. Era evidente que por eso lo había escogido.

—El día que me contaste que este era tu restaurante favorito me hizo mucha gracia. Cuando mis hermanos y yo éramos unos críos nuestros padres solían traernos aquí el día de nuestro cumpleaños. Era algo así como una tradición.

Olivia bebió de su copa de vino sin dejar de mirarlo. Tenía una expresión extraña, melancólica.

—¿Todo va bien? —preguntó.

—Hoy hace seis años que murió mi madre —dijo con tristeza—. No quería comer solo.

Olivia puso una mano sobre la suya sin darse cuenta, pero el contacto resultó electrificante y la retiró rápidamente. Niall estiró el brazo y la cazó con prestancia enlazando sus dedos sin dejar de mirarla. Olivia sintió un estremecimiento que recorrió su cuerpo de extremo a extremo.

—¿Cómo murió? —preguntó soltándose muy despacio.

—Una trombosis cerebral —explicó Niall—. Fue muy rápido, así que nos consuela pensar que no se dio cuenta de lo que pasaba, aunque para nosotros fuese un golpe brutal.

—¡Dios mío! Para tu padre debió ser espantoso —dijo ella recordando la enfermedad de su padre. Al menos su madre y ella tuvieron tiempo de hacerse a la idea y pudieron despedirse de él

—Espantoso lo define bien —dijo Niall—. Parecía un muerto viviente. Creímos que no lo superaría.

—¿Estuvieron mucho tiempo casados?

—Era uno de esos matrimonios, ya sabes, los de para toda la vida —explicó el fotógrafo—. Tuvieron sus más y sus menos, pero siempre salían adelante. Recuerdo que cuando tenía diez años mi madre lo echó de casa. Estuvo viviendo con un amigo durante dos meses. Nunca nos contaron lo que pasó, pero mi madre nos dijo que amar no era fácil y que no esperásemos que todo fuesen bombones y flores.

Olivia apartó la mirada agradecida de que la camarera llegase con los platos.

—Mi padre me dijo que no funcionaría —dijo Niall rellenando las copas—. Me dijo: «hijo, Esther es una buena chica, pero no es para ti». Y tenía razón.

—A mi madre no le gustaba Vic —dijo Olivia con cierta timidez. Nunca hablaba de esas cosas con nadie—. Recuerdo el día de mi boda, ya tenía el vestido puesto y entró en mi habitación e hizo salir a todo el mundo para quedarse a solas conmigo. Me hizo sentar en una silla y ella se sentó frente a mí sin soltarme de las manos. Recuerdo que me temblaron las piernas, era como si supiese que lo que me iba a decir era trascendental y terrible.

—¿Y qué te dijo? —preguntó Niall al ver que le costaba continuar.

—Me dijo todo lo que se había callado. Todo lo que pensaba de Vic, lo claro que lo veía todo. Que lo que sentía por él no era amor, sino apego. Que creía que lo necesitaba, pero que en realidad me cortaba las alas. Me dijo que cuando estaba con él no brillaba, me apagaba como una vela a la que le roban el oxígeno. Me pidió perdón por esperar hasta ese momento para decirme todo aquello. Que había intentado guardárselo, pero no podía callar más. Me veía caminar en la oscuridad directa hacia el precipicio. No importaba si caía, lo importante era que supiese que el precipicio estaba ahí.

—¿Y qué hiciste? —preguntó Niall después de morderse el labio.

—Nada. —Olivia sonreía con tristeza—. Ahora, después de todo lo que ha pasado, me doy cuenta de que fui una cobarde. Algo en mí me advertía de que lo que decía mi madre era cierto, pero solo podía pensar en la gente que estaría en la iglesia, el banquete, el viaje...

Niall asintió.

—El miedo es la putada más grande que existe —dijo.

Olivia asintió sorprendida de que pudiese entenderla tan bien.

—Es increíble las cosas que hacemos por miedo —dijo.

—Y las que no hacemos, sobre todo. —La miró de un modo que no admitía discusión.

—¿Y lo tuyo? —preguntó Olivia después de unos segundos en los que los dos fingieron centrarse en la comida.

—¿Mi matrimonio? —preguntó él, a lo que ella asintió—. Nos casamos muy jóvenes. Teníamos veintiuno. Creíamos que éramos unos rebeldes, ya nadie se casa joven, creímos que apostábamos por nuestra libertad. En poco tiempo nos dimos cuenta que nos habíamos equivocado. Empezaron los reproches, las dudas, las infidelidades...

—Y decidisteis tener un hijo para tratar de arreglarlo —dijo ella.

Niall negó con la cabeza.

—No lo planeamos, simplemente ocurrió. Eso nos hizo esforzarnos más y conseguimos aguantar juntos hasta que cumplió los seis años. Entonces ya solo

éramos dos amigos que compartíamos piso. De vez en cuando follábamos, porque a los dos nos gustaba, pero ya no había ningún vínculo entre nosotros que no fuese nuestra hija.

Olivia lo entendía muy bien. Ahora podía mirar su relación con la verdad como única premisa y había mucho de aquello en su historia.

—No volveré a casarme jamás —dijo de pronto—. Y tampoco volveré a engañarme. Si alguna vez estoy con alguien no dejaré que se pudra tapándolo todo con mentiras. Y nunca volveré a fingir un orgasmo.

Cuando se dio cuenta de que lo había dicho en voz alta miró a su alrededor avergonzada, pero todo el mundo estaba conversando tranquilamente sin prestarles atención. Entonces se dio cuenta de que Niall la miraba con la sonrisa en los ojos y se puso roja como un tomate.

—Está bien saberlo —dijo el fotógrafo llevándose el tenedor a la boca.

Olivia bajó la mirada a su plato pensando en toda clase de torturas que se infligiría como castigo.

Cuando salieron del restaurante volvieron caminando tranquilamente hacia las oficinas del Grupo editorial.

—¿Qué tal te va con Flavia? ¿Ya te has acostumbrado a tu nuevo trabajo? —preguntó Olivia caminando por encima de la raya que creaban las baldosas del suelo.

Niall la miraba divertido.

—Siempre haces eso —dijo.

Ella le miró y su expresión era limpia y clara, como un día de sol en primavera. Por primera vez desde que la conocía no había en su rostro el más mínimo rastro de amargura o tristeza. La cogió de la mano arrastrándola hasta un callejón y una vez allí se puso frente a ella y la miró con aquellos ojos verdes que hacía que le temblasen las piernas.

—Quiero besarte —dijo contenido.

Ella quiso resistirse, su mente pensante le decía que se resistiese, pero todo su cuerpo, hasta la última fibra de su ser la empujaba hacia su boca.

—Bésame —susurró—. ¡Por Dios, bésame de una vez!

Niall la rodeó con sus brazos y rozó sus labios. Quería sentir cómo cedían a la presión boca. Olivia lo dejó pasar sin resistencia, admitió su lengua que tuvo que batirse por el reducido espacio con aquella otra que jugueteaba a encontrarse y esquivarla. El fotógrafo la llevó hasta la pared para poder pegarse a su cuerpo y Olivia sintió la presión del sexo masculino contra el

suyo. El beso se fue haciendo más y más profundo, más y más intenso y Olivia sentía el hambre y el ansia de mucho tiempo.

—Vamos a mi casa —dijo él.

—¿Estás seguro? —preguntó ella.

Niall sonrió y apartó el pelo que le tapaba la cara, pero sin separarse ni un milímetro de ella.

—¿Quieres que lo hagamos aquí? —preguntó—. Porque lo que está claro es que si es por mí hoy no te escapas.

Olivia sonrió también y asintió.

El piso de Niall estaba muy cerca de allí y llegaron en pocos minutos. Subieron las escaleras jugando a perseguirse, tocándose, buscándose y sin perder de vista las miradas del otro. Entraron en el piso abrazados y Niall cerró con el pie. Antes de llegar al salón ya se había quitado la camiseta y Olivia podía al fin sentir sus músculos bajo la yema de sus dedos. Hubo un instante de duda justo cuando él le quitaba la ropa a ella. Por un momento tuvo miedo, inseguridad. No estaba orgullosa de su cuerpo. Aún no. Niall lo percibió y su reacción acabó disipando todas sus dudas. Cuando la tuvo ante él desnuda su expresión y la excitación de su sexo fue suficiente declaración.

—Eres preciosa —susurró contra su boca—. Tenía tantas ganas de hacer esto.

Se inclinó sobre uno de sus pechos y mordió el botón enhiesto de su pezón. Su mano lo sujetaba con firmeza, apretando de manera contenida, al tiempo que su lengua la enardecía pasando sobre él una y otra vez. Succionando, acariciando, mordiendo.

Olivia exhaló un largo gemido, sentía que iba a desmayarse de tan excitada que estaba. Niall la había llevado hasta la habitación y cayeron sobre la cama enredados, como si sus brazos y piernas quisieran fundirse con el otro, buscando un lugar por el que entrar en ese universo de piel y sentidos que se había creado a su alrededor.

—Me temo que este no va a ser muy largo —dijo él cuando se colocó sobre ella dispuesto a iniciar el viaje definitivo—. Pero prometo que habrá segunda parte.

Olivia lanzó un pequeño gritito cuando lo sintió dentro de ella y se agarró a sus nalgas con los dedos crispados por la tensión. Él sentía sus manos empujándolo dentro de ella y su excitación se disparó al oírla gemir de placer. Sus embestidas eran cada vez más ansiosas, pero pudo aguantar hasta que ella llegó al clímax, entonces se dejó ir sin más resistencia.

—Somos unos inconscientes —dijo Olivia cuando salió del baño después de darse una ducha—. Deberíamos haber utilizado protección.

—No tengo nada —dijo él sonriendo—, si quieres te muestro mis últimos análisis.

Ella buscaba su ropa con pudor.

—¿Qué haces? —Niall la observaba desde la cama, tumbado boca arriba, con un brazo debajo de la cabeza, expuesto.

—Tenemos que volver al trabajo —dijo ella volviéndose un instante, pero rápidamente apartó la mirada de aquel cuerpo que la llamaba poderosamente.

—Ven aquí —ordenó él.

Sin saber por qué, obedeció. Se había puesto el sujetador y la falda, pero aún no llevaba las bragas. Niall metió la mano debajo de su ropa y la llevó directamente hacia su sexo húmedo.

—¿Qué haces? —repitió sintiendo que el calor la sacudía.

—Te he dicho que habría segunda parte —dijo él y, sin esperar respuesta se inclinó y la besó de nuevo con aquella intensidad que la dejaba sin aliento.

No la dejó protestar, ni pensar, tan solo quería que sintiera sus manos, su lengua... Colocó la cabeza entre sus piernas y comenzó a jugar con aquella protuberancia que la electrizaba. Nunca había sentido algo parecido, aquel ser se estaba haciendo con el centro de mando. La estaba ocupando por completo, vencéndola sin resistencia.

Niall se incorporó y mostró su sexo en plenitud apuntándola, impúdico e irreverente. La atrajo hacia él y se sentó colocándola encima. Ella se movió con suavidad haciendo que encajara a la perfección. Tenía la falda subida hasta la cintura y aun llevaba el sujetador puesto.

—Espero que no estés fingiendo —dijo él mirándola con lujuria.

Ella le devolvió la mirada. Nunca había sentido tanto en toda su vida. Se movió rítmicamente, tomando el control de su placer. Se restregaba, se contoneaba, apoyó una mano en la rodilla masculina para echarse hacia atrás, necesitaba sentirlo allí, bien adentro.

—Cuidado —dijo él—, no quisiera que la partieras por la mitad, tengo intención de seguir usándola...

Ella sonrió y se irguió sin dejar de moverse hasta que ambos explotaron de nuevo en un orgasmo cósmico.

—¿Si me ducho volverás a la carga? —preguntó ella apoyada sobre su pecho y mirándolo a los ojos.

—Intentaré resistirme —dijo él con expresión perversa.

—Tenemos que volver al trabajo —dijo ella haciendo un mohín con la boca.

—Porque faltemos una tarde no se acabará el mundo —dijo él—. Además ya no hay tiempo, en media hora tenemos que ir a por las niñas.

Olivia miró el reloj, sorprendida. No podía haber pasado tanto tiempo. Niall sonrió abiertamente.

—No quiero ni pensar lo que será pasar una noche entera contigo —dijo y susurrando—: Estoy deseando meterme dentro de ti mientras duermes.

Olivia sintió que algo explotaba dentro de su vagina y tuvo que apretar las piernas para controlar su deseo.

Cuando llegaron a casa después del colegio Olivia vio el coche de Hank en la puerta de su casa.

—Niñas, entrad y lavaos las manos para merendar —dijo caminando junto a la hija de sus vecinos—. Yo acompaño a Lillian y vuelvo enseguida.

Tocó al timbre una vez, no quería molestar a Jaycie por si estaba dormida después del tratamiento.

—Tengo llave —dijo Lillian malhumorada.

Olivia la miró sin decir nada.

—Hola —saludó Hank y después de darle un beso a su hija al pasar le hizo un gesto a su vecina para que entrase—. Pasa, está despierta.

Entró en la casa y avanzó hasta el salón donde solía encontrar a Jaycie viendo la tele. Se cruzó con Lillian que salía con la cabeza baja.

—Hola, Olivia —dijo sonriendo—, pasa, pasa.

—Voy a seguir con la lavadora —dijo Hank excusándose.

—Pobre —dijo Jaycie mirando a su vecina—, ahora tiene que encargarse él de casi todo. Suerte que Lillian se está portando y le ayuda en lo que puede. No le tengas en cuenta su malhumor —dijo refiriéndose a su hija—, lo está pasando muy mal y es su manera de soportarlo.

—Lo sé —dijo Olivia asintiendo—. Pero dime, ¿tú cómo estás?

Jaycie hizo un gesto de abatimiento.

—Agotada. Creo que la cosa no va bien.

Olivia podía ver el mal aspecto que tenía, pero sabía que el tratamiento que le estaban dando era muy agresivo y provocaba un deterioro físico evidente.

—No quiero quejarme, pero si no tengo a nadie con quien hacerlo me van

a salir cuernos —dijo irritada.

—Conmigo puedes quejarte todo lo que quieras —dijo Olivia sonriéndole.

—Me estás ayudando mucho y quiero que lo sepas —dijo Jaycie—. Poder contar contigo para recoger o llevar a Lillian cuando Hank no puede o venir a quedarte conmigo cuando no quieren dejarme sola... Eres una buena amiga, Olivia.

—¿Cuántas sesiones te quedan? —preguntó.

—Tres —dijo Jaycie—. Entonces volverán a hacerme las pruebas y verán si ha sido efectivo o no y decidirán lo que hacer a continuación. Yo estoy agotada. A veces querría cerrar los ojos y no abrirlos más.

—No digas eso —dijo Olivia cogiéndola de las manos.

—Es la verdad, pero no te confundas, eso no significa que quiera morir. No —negó con la cabeza—, tengo mucho que hacer aquí aún. Ellos me necesitan —dijo señalando hacia la puerta—. Hank está haciéndose el fuerte, pero está aterrado. Y Lillian, ¿qué te digo de Lillian que tú no te imagines? Soy su madre.

—Por eso tienes que luchar con todas tus fuerzas —dijo Olivia mirándola fijamente a los ojos—. Por ellos. No importa los sacrificios que tengas que hacer, tu hija es el motor que pondrá la maquinaria en marcha para que te cures. Piensa en ella, Jaycie.

Cuando salió de la casa de sus vecinos respiró hondo tratando de rebajar el peso que se le había pegado al pecho.

Pídele a la noche que guarde tus secretos

Los domingos con tan buen tiempo como aquel resultaba lógico encontrar más gente en el lago, pero Niall conocía recovecos ocultos que aún no habían sido descubiertos por los habitantes de Clarencefield y eso les daba la oportunidad de disfrutar tranquilos y aislados.

Las niñas acogieron la idea de su relación con creciente entusiasmo. Al principio los miraban con el ceño arrugado temiendo que empezaran a besarse y a hacer esas cosas que suelen hacer los mayores que tienen una relación. Pero pronto se relajaron al ver que cuando estaban con ellas se comportaban como debían y no se ponían en ridículo.

A Olivia y Niall les costaba mantener las distancias más de lo que las niñas imaginaban. Se anhelaban, se deseaban todo el tiempo y tan solo querían sentir el contacto del otro.

Olivia llegó a olvidarse por completo de la diferencia de edad, cuando estaba con él se sentía como una adolescente inmadura, así que realmente el viejo de aquella relación era él.

Estaban tumbados en la hierba sobre una manta y observaban distraídos el juego de las tres niñas.

—¿Tus padres celebra Halloween? —preguntó Niall sin mirarla.

—Mi madre odia esa fiesta —explicó Olivia—. Lo pasaba fatal cuando éramos niñas.

—Entonces podríamos pasarla con mi padre —dijo Niall mirándola con una enorme sonrisa.

—¿Nosotras? —preguntó señalando a sus hijas—. ¿Con tu padre? ¿En Maine?

Niall asintió.

—Es una excusa para que lo conozcas —dijo con sinceridad—. Y para que él os conozca. Y también mis hermanos.

—¿Quieres presentarme a tu familia? —preguntó ella sorprendida.

—Sí, quiero. Ta chan ta chan —dijo solemne tarareando la Marcha nupcial, de Mendelssohn.

Olivia le dio una palmada en el hombro, con falso enfado.

—¿No crees que es un poco precipitado? —le interpeló tumbándose boca arriba y apoyando la cabeza en su regazo—. No quiero que tu padre se haga ideas raras.

Niall sonrió.

—Mi padre ya es mayorcito. No hace falta que te preocupes por él.

Olivia miró el cielo azul y sin una nube. A pesar de que ya empezaba a hacer fresco, los días tenían una luz increíble y resultaba muy agradable estar al aire libre. Después de pensarlo unos minutos en silencio acabó por asentir mirándolo a los ojos.

—Está bien. Vayamos —dijo.

Niall se inclinó y la besó en los labios aprovechando que las niñas no estaban cerca.

La casa tenía dos plantas y, aunque no era muy grande, tenía camas para todos. Olivia y las mellizas fueron muy bien recibidas por los tres hombres. Cary, el abuelo de Cas, era un hombre increíblemente atractivo a pesar de haber cumplido ya los ochenta años. Era muy alto y conservaba una excelente forma. Pierce y Lewis se parecían a Niall físicamente, aunque Pierce era más robusto y estaba más musculado. Lewis, en cambio, tenía cara de niño. Los tres se mostraron encantadores con ellas e hicieron que se sintieran como en casa desde el primer momento.

—Halloween, Acción de Gracias y Navidad, estas fiestas son sagradas para los Fuller —dijo Pierce que en mangas de camisa se estaba dedicando a vaciar calabazas con las niñas—. En especial Halloween. A mi madre le pirraban las pelis de miedo y solía decorar la casa con motivos de alguna todos los años.

—Todavía me acuerdo del año de Norman Bates —dijo Lewis que estaba recostado en un sillón tocando la guitarra mientras hablaba—. No he pasado más miedo en mi vida.

—¿Ese año fue cuando Niall se meó en los pantalones? —dijo Pierce señalando a su hermano con el cuchillo de vaciar.

Las niñas miraron al padre de Cas con sorpresa.

—No hagáis caso a las tonterías que cuenta Pierce —dijo moviendo la cabeza con expresión serena—, le encanta meterse conmigo.

—Bueno, vale, no se meó en los pantalones, pero casi —dijo su hermano mayor.

—Y no fue el año de Psicosis fue el de IT. Tenía ocho años —dijo Niall—, y nunca me gustaron los payasos. De hecho, siguen sin gustarme.

—A mí tampoco —dijo Rohana—. Los odio.

—Es verdad —dijo Edeline asintiendo—, le dan pánico.

—Pues entonces nada de payasos —dijo Pierce guiñándole un ojo a la niña—. ¿Me ayudáis a colocar estas calabazas ahí fuera?

Mientras las niñas y los tres hermanos preparaban las calabazas y el resto de decoraciones para el exterior, Olivia ayudaba a Cary con la comida.

—Se te da bien —dijo el hombre viendo cómo troceaba las verduras—. Tienes maña con el cuchillo, como mi Susan.

Olivia levantó un momento la vista y le sonrió.

—Me gusta cocinar —dijo volviendo a centrar la vista en lo que hacía—. Es la única tarea doméstica que me gusta.

—Porque es la más creativa —dijo él terminando de enharinar el pescado.

Olivia echó las verduras a la sartén y las movió suavemente, con la espátula de madera, mientras miraba hacia el mar. Había un gran ventanal en la cocina y Cary lo había abierto de par en par. El olor del mar llegaba hasta ellos con la suave brisa que soplaba a aquella hora de día.

—Es un sitio precioso para vivir —dijo ella.

Cary asintió, pero no dijo nada y Olivia comprendió que él hubiese preferido vivir en cualquier sitio siempre que fuese con Susan.

—Me gustaría ver una foto suya —dijo sin pensar.

El hombre la miró sorprendido y poco a poco se fue dibujando una sonrisa en su rostro.

—Espera, te traeré una —dijo.

Al cabo de un momento apareció con un marco en la mano que debía haber cogido de alguna estantería. En él se veía una mujer que debía tener su edad cuando le hicieron aquella fotografía. Estaba tumbada en la hierba, sobre una manta, y Olivia reconoció el lugar: el lago al que Niall las había llevado. Susan estaba tumbada boca abajo mirando a la cámara y los tres muchachos estaban boca arriba perpendicularmente a ella y con las cabezas apoyadas en su espalda. Era una fotografía preciosa que mostraba una relajada escena familiar. Se percibía en ella la seguridad y la íntima relación que compartían.

—Niall tiene su sonrisa —dijo con ternura.

Cary asintió sin dejar de mirar la imagen.

—Cada uno tiene una cosa de ella —dijo—. Niall su boca, Pierce sus ojos

y Lewis la nariz y la forma de la cara. En realidad Lewis es el que más se parece a ella en todo, ha heredado su personalidad artística.

Olivia sonrió.

—Es una maravilla cómo toca la guitarra —dijo.

—Y tiene una preciosa voz —dijo Cary—, pero apenas canta porque John es el cantante del grupo. Todos le decimos que debería cantar en solitario, pero es un comodón y prefiere seguir con el grupo.

—¿Estáis hablando de mí? —Lewis entró en la cocina y cogió una aceituna del bote con la mano que no sostenía la guitarra.

—Tu padre dice que cantas muy bien —dijo Olivia, que ya se había percatado de que nunca se separaba de su instrumento—. Me encantaría escucharte.

Lewis sonrió a su padre y le guiñó un ojo a Olivia. Buscó un taburete y se sentó dispuesto a complacerla. Cuando Olivia escuchó las notas reconoció enseguida el tema *Baby I love you* de Aretha Franklin y comprendió que los hermanos habían hablado de ella y de sus gustos musicales.

Lewis tenía una voz dulce y al mismo tiempo rasgada y le dio un toque country a la canción que sorprendió a Olivia muy gratamente. El country no era un estilo de música que ella conociera demasiado, pero al escucharlo se dio cuenta de que tenía algo que la cautivaba, como le ocurría con el jazz. Cary le tendió las manos para bailar y ella aceptó gustosa. Cuando los demás regresaron de colocar las calabazas y entraron en la cocina aplaudieron entusiasmados al divertido terceto.

—Tienes una familia encantadora —dijo Olivia agarrando la mano de Niall que caía desde su hombro.

Salieron a pasear por la playa después de comer, mientras las niñas jugaban con los tres hombres al Pictionary.

El fotógrafo miró hacia el mar y respiró hondo. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan bien, tan feliz y relajado. Bajó la cabeza y se encontró con los ojos ambarinos de Olivia mirándolo con intensidad.

Se detuvo y la rodeó con sus brazos, necesitaba sentir su cuerpo bien apretado contra él.

—Les gustas mucho —dijo sonriendo.

Olivia sonrió también.

—¿He pasado la prueba? —preguntó—. ¿Ninguno te ha dicho que soy demasiado mayor para ti?

Niall frunció el ceño y luego movió la cabeza como si no diera crédito.

—Ni siquiera han valorado ese aspecto de nuestra relación. Les preocupaba un poco el hecho de que trabajemos juntos.

Olivia se sorprendió.

—¿Por qué?

—Mi padre piensa que el trabajo no debe influir en una relación, pero cuando le he explicado que realizamos tareas aisladas la una de la otra...

—Y trabajamos en revistas distintas —dijo ella meciéndose con él.

—Si sigues moviéndote así me vas a poner en un serio aprieto —dijo Niall.

Olivia sintió la presión contra su pubis y se echó a reír.

—Eres insaciable —dijo poniéndose de puntillas para besarla con ternura.

Niall le acariciaba el pelo y durante unos segundos se miraron a los ojos sin decir nada. Olivia sentía la felicidad rozándole los pies, la sentía en la palma de la mano y en el lóbulo de las orejas. Sentía una paz que jamás antes había sentido. Tenía frente a ella a un hombre increíble, apasionado, vital, que sabía sacar de ella lo mejor. Darle la mano era creer en ella misma. Decirle que sí era abrir sus alas y lanzarse desde una montaña. Sentirlo dentro de ella era volver a quererse a sí misma.

—Es todo tan perfecto que da miedo —dijo en voz alta.

Niall sonrió y lentamente se inclinó para besarla. Sus labios eran dulces y se amoldaban a la perfección. Sus lenguas habían aprendido rápido a fusionarse, provocarse y consolarse mutuamente. Olivia apretó su abrazo rodeando la cintura masculina, sintiendo aquella presión que buscaba atravesarla. Jadeó contra su boca y él sonrió echando la cabeza hacia atrás mirando al cielo.

—Mejor sigamos paseando —dijo él, apartándose, consciente de que estaban en medio del paseo marítimo—, eres un auténtico peligro.

Las tres niñas se cansaron de jugar al Pictionary y decidieron buscar otros entretenimientos. Pierce se puso a contestar el montón de mensajes de trabajo que se habían acumulado en tan solo unas horas y Lewis se puso delante de la tele con su guitarra.

—¿Vamos a la buhardilla? —preguntó Rohana—. Seguro que allí hay cosas divertidas.

—Y fantasmas —dijo Edeline.

—Sí, claro —dijo Rohana riéndose de su hermana.

—¡Vamos! —exclamó Cas corriendo hacia las escaleras.

La buhardilla resultó ser un lugar lleno de cachivaches desordenados. Un lugar en el que el polvo había encontrado donde esconderse, a pesar de que el abuelo subía de vez en cuando a pasar el plumero y la fregona.

—¡Hala! —exclamó Edeline al ver los muebles viejos y las cajas amontonadas.

Las niñas pusieron en marcha la maquinaria de la fantasía y comenzaron a crear historias en sus cabezas. Cada una se sintió atraída por algún objeto que hablaba para ellas y corrieron a satisfacer su innata curiosidad infantil.

Durante un largo rato cada una disfrutó de su silenciosa imaginación y trenzaron historias paralelas. Hasta que Rohana abrió el cajón de una vieja cómoda y encontró en él una caja de latón. ¿Qué hay más atractivo para una niña que un tesoro escondido? Rohana se sentó en el suelo con la caja y al abrirla descubrió un montón de cartas atadas con una cinta. Todas las cartas tenían la misma caligrafía en el sobre e iban dirigidas a la misma persona: Susan Clover. Rohana sacó uno de aquellos sobres y le dio la vuelta. El remitente era Cary Fuller. Estaba claro que aquellas eran cartas del abuelo de Cas para su abuela. Rohana se encogió de hombros. Allí no veía ningún misterio. Entonces se dio cuenta de que debajo del paquete de cartas había otro sobre con letra distinta. Dejó el paquete y cogió aquella solitaria misiva. El destinatario era en ese caso Cary Fuller, pero lo que sorprendió a Rohana fue el remitente: Esther Galert. La niña miró a su amiga que revisaba una caja con vestidos. Esther Galert era su madre.

—Cas... —la llamó no muy convencida.

La pequeña giró la cabeza con aquella expresión que ponen los niños cuando los sacas de sus fantasías, como si le costase volver.

—Aquí hay una carta de tu madre —dijo Rohana.

Cas frunció el ceño sorprendida. ¿Qué pintaba una carta de su madre en aquella buhardilla? Dejó el vestido que sostenía en ese momento en sus manos y se levantó para ir hasta donde su amiga sostenía una caja de latón en sus manos. Cogió la carta que le ofrecía y miró el sobre. Sí, era de su madre. Sin pensárselo dos veces abrió el sobre y sacó el papel que contenía. Leyó la carta en silencio y su rostro se fue transformando en una mueca de horror.

—¿Qué pasa, Cas? —preguntó Rohana.

Edeline se acercó al percibir el temor en la voz de su hermana y vio que Cas tenía los ojos llenos de lágrimas y se las limpiaba para poder ver las

letras que bailaban delante de sus ojos. La niña las miró conmocionada y, sin poder articular palabra, dejó caer el papel al suelo y salió corriendo de allí como una exhalación.

Pierce escuchó las carreras que bajaban de la buhardilla y se asomó para asegurarse de que no pasaba nada. Vio salir a Cas de la casa y a las otras dos niñas llamarla desesperadas.

—¿Qué pasa? —preguntó con preocupación.

—¡No lo sabemos! —gritó Edeline saliendo a la calle tras su amiga.

Rohana sostenía la carta en la mano parada en medio de la entrada y en ese momento llegaron Niall y Olivia. Su madre se dio cuenta enseguida de que algo pasaba.

—¿Rohana? —preguntó acercándose.

—Yo no sabía lo que era —dijo la niña sollozando—, no lo sabía.

Niall frunció el ceño y miró la carta que la melliza sostenía en su mano. Se acercó a cogerla y enseguida reconoció la letra de su ex-mujer.

Igual que había ocurrido en el rostro de Cas, la expresión de Niall se fue transformando en una máscara de dolor y tristeza. Rohana se abrazó a su madre llorando, sintiéndose culpable por haber encontrado aquella misiva, que ahora entendía por qué alguien había ocultado en aquel desván.

Cary volvía de su paseo en bicicleta de todas las tardes y los encontró allí parados en medio del recibidor.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó extrañado.

Su hijo se volvió hacia él con la expresión descompuesta y la carta en las manos. Cary cerró los ojos un momento y emitió un gutural sonido ininteligible.

Un auténtico padre

—¿Cómo pudiste ocultármelo? —La voz de Niall golpeaba contra la puerta del despacho de Cary.

Los gritos se escuchaban en toda la casa. Olivia estaba preocupada por Niall, pero sobre todo por Cas.

—¿Hacia dónde han ido? —preguntó a Rohana.

La niña había dejado de llorar, pero seguía temblando.

—No lo sé —dijo mortificada.

—Han ido hacia la bahía —dijo Lewis que se había acercado a la venta cuando escuchó el jaleo.

Olivia asintió.

—Voy a buscarlas —dijo.

—Voy contigo —dijo Pierce y volviéndose a su hermano pequeño—: quédate y controla que no se les vaya de las manos.

—Rohana, quédate con Lewis —le ordenó su madre.

La niña obedeció y el tío de Cas la cogió por los hombros para ir al salón.

Olivia y Pierce salieron a la calle y corrieron hacia la bahía mirando hacia todos lados buscando a las dos niñas.

—¡Allí están! —exclamó Olivia señalando hacia la arena.

Cas lloraba desconsolada en brazos de Edeline que trataba de calmarla sin saber lo que le ocurría. Pierce fue el primero en llegar a ellas y se arrodilló junto a las niñas.

—Cas, cariño —dijo con dulzura.

No hizo falta que dijese nada más su sobrina se abrazó a su cuello llorando con más ahínco. Edeline se levantó y fue corriendo hasta su madre llorando también.

—No sé qué le pasa, mamá, no he podido ayudarla —gimió la niña.

—Tranquila, cariño, no te preocupes. Con su tío estará bien —dijo dándose la vuelta y llevándosela de allí—. Volvamos a la casa.

Pierce acunaba a la pequeña mientras le decía palabras de cariño para tratar de serenarla.

Cuando Olivia y Edeline entraron en la casa ya no se escuchaban gritos.

Fueron hasta el salón y Rohana se abrazó a su hermana en cuanto la vio.

—¿Dónde está Cas? —preguntó el abuelo pálido como la nieve.

—Pierce está con ella —dijo Olivia mirando a su alrededor—. La está tranquilizando. ¿Dónde está Niall?

—Se ha ido —dijo Rohana.

—Necesitaba que le diera el aire —dijo su padre.

Olivia se puso tensa.

—Pero ¿qué ha pasado? —preguntó sin poder aguantar más.

Nadie dijo nada y ella miró a su hija.

—Rohana, ¿tú leíste la carta? —la interpeló.

La niña asintió con la cabeza y sus grandes ojos mostraron el temor que sentía.

—Yo no quería... —gimió.

—No pasa nada, hija —su madre se agachó frente a ella agarrándola por los hombros y mirándola con ternura—. No has hecho nada malo.

—Yo le di la carta —sollozó—. Yo la encontré.

—Pero no sabías lo que era —dijo su madre acariciándole las mejillas húmedas—. Pero, ¿después la leíste?

—Un poco —dijo asintiendo con la cabeza—. Decía algo de que Niall no es su padre...

Olivia empalideció y levantó la vista para mirar a Cary. El hombre asintió una vez.

—¿Dónde puede haber ido Niall? —preguntó poniéndose de pie.

—Ni idea —dijo Lewis.

Olivia miró a sus hijas.

—Quedaos aquí —les ordenó—, tengo que encontrar a Niall. Por favor, hijas, no salgáis de la casa hasta que vuelva.

Las niñas asintieron y ella salió corriendo. No conocía el pueblo, pero dejaría que su instinto la guiase. Fue hasta el paseo por donde habían caminado esa tarde, lo recorrió de punta a punta sin encontrarlo. Después caminó hacia el centro del pueblo y atravesó sus calles con el corazón latiéndole desbocado. Imaginaba cómo se debía estar sintiendo y quería estar con él. Después de una hora deambulando por aquellas calles desconocidas volvió hacia la playa y caminó hacia el espigón que había visto cuando regresaban, pero no tuvieron tiempo de recorrer. Había gente paseando a esa hora, a pesar de que estaba anocheciendo. Por eso no lo vio hasta que estuvo a pocos metros. Estaba sentado en las piedras mirando a mar adentro. Sin decir

nada se sentó junto a él, lo abrazó por la espalda y apoyó la cabeza en su hombro.

Él tampoco dijo nada, tan solo puso la carta en su mano. Olivia cogió su móvil y utilizó la linterna para iluminar el papel.

«Querido Cary,

No me queda mucho tiempo, la enfermedad avanza muy rápido y no sé cuánto tiempo más podrá aguantar mi corazón. Quiero que sepas que he querido muchísimo a tu hijo. Niall ha sido, después de Cas, lo mejor que me ha pasado en la vida. No fue la falta de amor lo que rompió nuestro matrimonio, fue el ansia de él lo que nos destruyó.

He pensado mucho antes de escribirte esta carta y no he podido decidir qué era lo mejor para ellos. Quizá mi mente no está clara ya y por eso no puedo tomar la decisión. Por eso voy a optar por confiar en tu criterio. En tu amor por ellos. Dejaré que seas tú quien decida qué hacer porque estoy segura de que sea la decisión que sea la que tomes, seguro que será lo mejor para ellos.

Tuve una aventura. No fue nada importante para mí, excepto por una cosa. No te faltaré al respeto diciéndote que en esa época no estábamos bien, como si eso pudiese servirme de excusa. Buscaba aquello que habíamos tenido. La ilusión, la pasión desmedida... A nuestro amor le había llegado la calma y no me sentí cómoda en ella. Encontré, sí, aunque siempre me dije que yo no buscaba. Pero ¿es eso posible? ¿Se puede encontrar sin buscar? No lo sé.

Cuando descubrí que estaba embarazada terminé con ello. Me di cuenta de que era Niall. Solo Niall. Tuve a nuestra hija y me volqué con ella, tú lo sabes bien, en eso no hay duda: he sido una buena madre. ¿Por qué hice las malditas pruebas de paternidad? Aquella duda me reconcomía por dentro, hasta tal punto que acabó con nuestra relación definitivamente. Entonces, cuando él se marchó para no volver quise saberlo, asegurarme.

Niall no es el padre de Cas, no genéticamente hablando porque en todo lo demás es suya y solo suya. Mi hija adora a su padre, lo adora con devoción. Aun así no soy capaz de irme con esa mentira en mis manos. Ella merece saberlo. Algún día querrá. O no. Por eso te escribo esta carta, para que seas tú quien decida qué hacer.

Hagas lo que hagas tendrás mi bendición, aunque no te sirva para nada.

Espero que puedas perdonarme por cargarte con este peso, pero sé que eres la persona indicada para ello.

Con todo mi cariño,

Esther».

Olivia apretó la carta en su mano tal y como la había estado apretando Niall durante horas. Hubiese querido hacerla pedazos y lanzarla al mar, pero se contuvo. No era suya.

El fotógrafo se limpió las lágrimas que bañaban su rostro. Mientras ella leía, él repetía en su cabeza cada una de las palabras que Esther había escrito en el papel. Sentía una desolación profunda. Se había abierto un boquete en su pecho que no iba a poder cerrar. Por su mente habían estado pasando una tras otra todas las imágenes de su hija desde el momento en que nació. Cada lloro, cada abrazo, cada historia. Y con cada uno de esos momentos el boquete se hacía más y más grande en su pecho.

—Niall, escúchame —dijo ella hablando en susurros—. Sé que te duele, no puedo ni imaginarme cuánto, pero ahora tienes que pensar en Cas.

Él asintió sin hablar, con la cabeza inclinada y las lágrimas cayendo sobre sus pantalones.

—Tú hija, porque es tu hija, ha leído esta carta y no solo ha perdido a su padre, también a su madre.

Olivia trataba de sonar serena aunque su voz se quebraba una y otra vez.

—Se siente perdida, abandonada. No quiero ni pensar en lo que se le está pasando por la cabeza.

Niall giró la cara y la miró confuso.

—Tienes que decirle que la quieres, que sigue siendo tu hija para ti —dijo Olivia mirándolo a los ojos—. Tiene que saber que nada ha cambiado.

—Pero sí que ha cambiado —dijo él, derrotado—. ¿Cómo va a mirarme a partir de ahora? ¿Qué pasará cuando crezca y las cosas no sean como ella quiera? ¿Cuánto tiempo crees que tardará en echarme en cara que no soy su padre?

Olivia sonrió.

—¿Eso es lo que temes?

Él frunció el ceño y apartó la mirada.

—Tú no lo entiendes.

—¿Qué no lo entiendo? —Olivia le cogió la cara y lo obligó a mirarla—. Niall, mi padre murió cuando yo era una niña. No recibí de él ni un solo castigo, ni un regaño. Era un hombre apacible y tranquilo. Fue Walter el que vivió conmigo mi peor época, la adolescencia. Y yo no crecí pensando que era mi padre, lo supe desde el primer día. Pero supo ganarse mi cariño y mi

respeto y cuando llegaron los malos momentos y tuvo que castigarme seguía viéndolo como a un padre. Cas te adora, eres su padre y eso no cambiará por esta carta, te lo aseguro.

Niall quería creerla, pero se sentía tan asustado que no podía reaccionar.

—Tienes miedo —dijo ella sin soltarle la cara para que siguiese mirándola—, y de eso sí sé mucho. Pero no tienes más remedio que enfrentarlo y desecharlo. Tienes una hija que te necesita, una niña a la que debes mirar a los ojos y decirle que no pasa nada, que nada va a cambiar entre vosotros. Tienes que decirle que la quieres y que para ti es tu hija. Eso te convertirá en un auténtico padre. Te lo prometo.

Niall la abrazó con fuerza y después de unos segundos se levantaron de allí y caminaron juntos hacia la casa. Cuando entraron en el salón Cas estaba sentada entre Rohana y Edeline en el sofá. Tenía los ojos hinchados de tanto llorar y de vez en cuando emitía un gemido acompañado de varios espasmos de su pecho. La congoja seguía allí y su mirada estaba clavada en el hueco de la puerta esperando con ansia verlos aparecer. Cuando vio a su padre rompió a llorar de nuevo y Niall corrió hasta ella y la abrazó.

—No pasa nada, cariño, tranquila, hija —dijo apretándola contra su pecho.

—Papá, papá —gemía sin parar—, papá.

—Sí, pequeña, soy papá, tranquila.

Niall la levantó en brazos y la sacó de allí. Tenían mucho de lo que hablar. Las mellizas se abrazaron a su madre cuando Olivia se sentó en el sitio que había ocupado Cas.

—Será mejor que preparemos algo de cenar —dijo Pierce mirando a su padre—. Enseguida empezarán los críos a picar a la puerta.

Todos se habían olvidado de Halloween.

—¿Entonces vas a seguir siendo mi padre? —preguntó Cas ya sin lágrimas.

—Siempre —respondió él con firmeza.

—¿Y cómo puedo estar segura? —preguntó temblando de nuevo—. ¿Cómo sé que no te enfadarás un día y me dirás que me vaya? ¿O cómo sé que no te casarás y tendrás hijos y dejarás de quererme?

Niall comprendió que aquello era a lo que se refería Olivia y sonrió.

—Cas, escucha. El vínculo que se crea entre un padre y su hija no tiene

nada que ver con la genética. Un padre no ama a su hija porque compartan células. Yo cuidé de ti cuando eras un bebé llorón que no sabía hacer nada por sí mismo. Te cuidé cuando empezaste a gatear y estuve contigo cuando empezaste a caminar. Te acompañé tu primer día de colegio y escribí contigo todas tus cartas a Papá Noel. Eres mi hija, estás aquí dentro —dijo señalándose el lugar en el que estaba su corazón—. Y siempre estarás ahí. Pase lo que pase. ¿Puedes tú decir lo mismo?

La niña asintió repetidamente y con mucha efusividad.

—Te lo prometo —dijo rápidamente—. Siempre te querré, aunque me regañes o te enfades conmigo. Siempre.

Niall sonrió y le tendió los brazos en los que la pequeña se refugió recuperando poco a poco la calma. Cas se sobresaltó al escuchar el sonido del timbre de la puerta.

—¡Ostras! —exclamó—. ¡Ya están aquí!

La sonrisa de su padre se hizo más grande y se puso de pie con ella.

—¡Halloween! —gritó.

—¡Halloween! —le imitó su hija.

Niall detuvo el coche frente a la puerta de la casa de Olivia y apagó el motor. Las tres niñas iban dormidas en la parte de atrás.

—Qué pena tener que despertarlas —dijo Olivia mirándolas.

El fotógrafo asintió mirándolas también. Después la miró a ella y cogió una de sus manos.

—Gracias —dijo llevándosela a los labios.

Ella se inclinó hacia él y lo besó.

—Soy muy afortunado por haberte encontrado —dijo.

—Lo mismo digo —respondió ella.

—Me alegra que pienses como yo, pero eres un poco pedante —dijo Niall riendo.

—Tonto —respondió ella contagiándose de su risa.

—Ha sido una auténtica montaña rusa emocional —dijo él.

Olivia asintió.

—Unos días muy intensos, sí —confirmó—. Tienes una familia maravillosa. Me alegra que hayas perdonado a tu padre. Hizo lo que creyó que era mejor para vosotros.

—Lo sé —reconoció—. Yo habría hecho lo mismo.

Olivia volvió a mirar a las mellizas.

—Voy a despertarlas —dijo.

—Si quieres te ayudo y las llevamos dormidas.

—No sabes lo que dices —dijo ella sonriendo—, pesan demasiado para mí.

Las despertó con cariño y paciencia y bajaron del Lexus dando traspiés. Olivia cogió la maleta de ruedas que Niall sacó del maletero y dio un beso a Cas con mucho cariño. Él las acompañó hasta la puerta y las niñas entraron y se fueron directamente hacia las escaleras, estaban deseando meterse en la cama.

—Me apena ver que cerraste la puerta con llave —dijo él cogiéndola por la cintura—. Esperaba que hubieran ocupado tu casa y tuvieseis que veniros a nuestro piso.

—¿Te refieres a ese minúsculo apartamento que compartes con tu hija y tres bicicletas? —preguntó meciéndose abrazada a él.

—En mi cama tienes sitio de sobra —le susurró inclinándose a besarla.

—Cas nos mira —dijo ella cortándole el rollo.

Niall la soltó y miró hacia el coche. La niña se había vuelto a quedar dormida.

—Eres una mentirosilla —dijo inclinándose de nuevo hacia ella para darle un beso rápido—. Ya me vengaré.

Caminó hacia el coche mientras Olivia entraba en la casa riendo. Cerró la puerta y dejó la maleta en el recibidor. Tenía una sed terrible y se fue a la cocina para ponerse un vaso de agua antes de irse a dormir. Al encender la luz dio un salto y se tapó la boca para ahogar un grito.

—¡Qué susto me has dado! —exclamó—. ¿Qué haces aquí?

Vic estaba sentado junto a la ventana abierta fumándose un cigarrillo.

—He vuelto —dijo.

Caminando sobre tus pasos

La luz de la mañana entraba tímida por la ventana. En la mesa de la cocina las tazas de café, rellenas varias veces, habían dado fin a una jarra de considerables dimensiones. Olivia tenía los codos apoyados en la mesa y sus manos sujetaban su pesada cabeza. Tenía demasiadas ideas bullendo allí dentro y no estaba en su máxima capacidad de raciocinio.

Vic la observaba atento, con un velo de tristeza en el rostro y unos enormes deseos de abrazarla.

—Nos irá bien, Oli —dijo. Llevaba toda la noche llamándola así, como hacía al principio, antes de que nacieran las mellizas—. Estoy deseando contárselo a las niñas. Estoy seguro que van a dar saltos de alegría.

Olivia apretó más los ojos, sentía un dolor punzante en el pecho, le costaba respirar. Ella también estaba segura de que las niñas se iban a alegrar. ¿Qué niña no quiere que sus padres estén juntos? Pero ¿qué pasaba con ella? ¿Y con Niall?

—Necesito darme una ducha —dijo levantándose y mirándolo a la cara—. Ahora es mejor que te marches.

Él frunció el ceño.

—¿Irme? —dijo confuso—. Pero ¿no ha quedado claro que vuelvo?

—Sí, ha quedado claro que quieres volver, pero no puedes hacerlo así, de cualquier manera y cuando tú decides —dijo ella con una firmeza que les sorprendió a los dos—. No hemos dormido, estoy cansada y necesito una ducha. No bajarán las niñas y te encontrarán aquí. No será de esa forma.

Vic se levantó apartando la silla con desgana.

—¿De verdad tengo que irme, Oli? —Su tono era quejumbroso.

—Hablaré con nuestras hijas, les explicaré lo que me has contado y entre las tres decidiremos —dijo con la misma firmeza.

Vic suspiró y se rindió. Cuando se acercó con intención de besarla, Olivia no pudo evitar esquivarlo y él la miró mortificado.

—Oli... —susurró.

—Necesito tiempo, Vic —dijo ella cruzándose de brazos.

—Está bien —dijo él rindiéndose—. Esperaré a que me llames. Estoy en

el Cottage In.

Olivia asintió y esperó a que se marchara. Cuando escuchó la puerta de la calle recorrió la distancia hasta ella y dio una vuelta al cerrojo. Después subió las escaleras y se encerró en su habitación.

—Buenos días, dormilona —dijo Niall a su hija cuando entró en la cocina.

—Buenos días, papá —dijo la niña dándole un beso.

Cas fue hasta su silla y esperó a que su padre le pusiese las tortitas en el plato.

—¿Has descansado bien? —preguntó el fotógrafo sacando las dos últimas de la plancha.

—Muy bien —dijo la niña sonriendo.

—Tengo que hablar contigo de una cosa —dijo Niall repartiendo las tortitas en sus platos. Antes de seguir hablando se sentó y cogió el bote de dulce de leche mientras que Cas elegía el de chocolate.

—¿De qué quieres hablar? —preguntó la niña expectante.

—Sé que Rohana y Edeline te caen bien —empezó—. Y su madre te gusta.

Cas asintió sonriendo.

—Ya sé que estáis juntos, papá, no soy ciega —dijo la niña con expresión de suficiencia.

—Ya —dijo él, con expresión tensa. No sabía cómo abordar el tema—. Creo que lo nuestro va en serio.

Cas lo miró fijamente.

—¿Os vais a casar? —preguntó.

—No es eso —dijo él echándose a reír—. Pero estamos muy bien juntos, y vosotras también... ¿verdad?

Cas asintió.

—¡Ay, papá! Di lo que sea de una vez —dijo la niña impacientándose.

—¿Qué te parecería que viviésemos juntos? —preguntó al fin.

La niña puso cara de pensar. Siempre había querido tener una hermana y su padre le estaba ofreciendo la posibilidad de que fuesen dos y además serían Rohana y Edeline. Miró a su alrededor.

—Esto es un poco pequeño, ¿no crees? —dijo la niña—. Tendríamos que mudarnos nosotros, su casa es muy grande.

Una enorme sonrisa se dibujó en el rostro de Niall.

—No tienes que decirles nada —dijo señalándola con el dedo—. No he hablado aún con Olivia seriamente, tan solo lo hemos insinuado. Primero quería conocer tu opinión.

—Pues mi opinión es que me encanta la idea —dijo la niña feliz—. Me gusta mucho Olivia, sí.

—Vale —dijo su padre—, y ahora démonos prisa o llegarás tarde a clase.

Rohana y Edeline miraban a su madre con expresión de sorpresa y con una contenida alegría.

—¿De verdad papá va a volver? —preguntaron.

Estaban en el salón, las niñas sentadas en el sofá y Olivia en la mesa de centro frente a ellas. Les había explicado todo, bueno, casi todo lo que su padre le había dicho. Que las echaba de menos, que quería volver a casa, que se había equivocado...

Las niñas no se percataron de las ojeras en el rostro cansado de su madre, ni del velo de tristeza que la envolvía. No supieron ver la diferencia entre aquella mujer sentada frente a ellas y la que reía y cantaba con Lewis en la cocina de la casa de Cary tan solo dos días antes.

—¡Volveremos a ser una familia! —exclamó Edeline dando palmas.

—¿Vosotras queréis que vuelva? —preguntó Olivia.

—¡Síiiiiii! —gritaron las dos.

Las niñas tenían muy reciente lo que había ocurrido con Cas y la idea de tener un padre había cobrado un nuevo sentido, que se añadía al hecho natural del afecto que le tenían.

Olivia asintió lentamente.

—Está bien —dijo arrastrando las palabras como si pesaran demasiado—, llamaré a papá y le diré que queréis que vuelva.

Las niñas aplaudieron dando grititos y saltando entusiasmadas en el sofá.

—Pero tenéis que hacerme un favor —pidió.

Las mellizas pararon y asintieron al unísono.

—No debéis decirle nada a nadie —dijo muy seria—. A Cas tampoco.

Las dos niñas se miraron y algo despertó en su cerebro infantil.

—Mamá —dijo Rohana—, tú quieres que papá vuelva, ¿verdad?

Olivia sentía que las lágrimas bajaban por su garganta y se esforzó por mantenerlas bajo su control.

—Yo quiero lo que vosotras queráis. ¿Me prometéis que no diréis nada?
Las niñas asintieron, pero ya no se sentían tan felices.

Olivia lo vio en las escaleras y todo su cuerpo respondió a su llamada. Tenía el corazón hecho trizas y sabía que no iba a poder ocultárselo, así que se dispuso a afrontar la situación cuanto antes.

—Vamos, niñas, al cole —dijo tratando de sonreír.

Cuando estuvieron frente a la entrada las mellizas la abrazaron, cosa que no solían hacer todos los días, y eso alteró aún más su emotividad.

—Venga, que llegaréis tarde —dijo su madre empujándolas con suavidad.

Las niñas miraron a Niall y luego de nuevo a su madre. Empezaban a vislumbrar lo que pasaba a su alrededor.

—Hasta luego, Cas —dijo su padre guiñándole un ojo antes de que desapareciese tras la puerta.

Niall se volvió a ella y estiró los brazos para cogerla, pero ella se dio la vuelta y caminó con prisa hacia el coche. El fotógrafo la siguió confundido.

—¿Te ocurre algo? —preguntó—. No pasa nada, Olivia, no hace falta que nos escondamos. Ya no.

—¿Has traído tu coche? —preguntó.

—Claro que no, pensaba ir contigo, como siempre.

Olivia asintió.

—Sube —le ordenó.

Durante el trayecto Niall no fue capaz de sacarle una palabra.

—¿Qué pasa, Olivia? —dijo al ver que no iban al trabajo.

—Tengo que contarte algo —dijo ella muy seria.

Niall frunció el ceño, aquella era la carretera que llevaba al lago. Miró el reloj, tenía una sesión de fotos en media hora y estaba claro que no llegaría a tiempo. Cogió el móvil y escribió un mensaje a Julien para que lo arreglara para la tarde.

—¿Qué haces? —preguntó ella.

—Nada, no te preocupes.

—¿Tenías algo esta mañana? —preguntó ella sintiéndose aún más mortificada—. Lo siento.

—No pasa nada —dijo él, consciente de que algo no iba bien.

Aparcó donde siempre solían hacerlo y bajó del coche. La tensión

agarrotaba su cuello y su espalda hasta el punto de hacer que le costase moverse con normalidad. Niall se acercó a ella y se detuvo a su lado mirando hacia el lago. Después de unos segundos interminables se volvió hacia él para hablar al fin.

—Vic ha vuelto —dijo muy seria.

Niall se giró despacio hasta estar de frente. Se apoyó las manos en la cintura y la miró desconcertado.

—¿Qué?

—Mi marido ha vuelto.

—Ex-marido.

—Cuando llegué anoche estaba en mi cocina.

—¿Cuando te dejé en tu casa estaba allí? —dijo él sin disimular su enfado

—. ¿No le habías pedido su llave?

Ella apartó la mirada, ni siquiera había pensado en ello.

—Eso no es lo importante, Niall —decir su nombre le dolió en el alma, era como si una áspera lija frotase su corazón.

—No entiendo nada —dijo él.

—Pues está muy claro. —Ella lo miró enrabiada—. Vic ha vuelto a casa. Las niñas lo quieren, es su padre. Se arrepiente de lo que ha hecho, ha recapacitado y ha visto que nos quiere a nosotras...

El la miraba sin poder articular palabra.

—No sabes lo contentas que se han puesto Rohana y Edeline cuando se lo he explicado...

—¿Cuando se lo has explicado? Has dicho que él ha vuelto.

—Bueno, le dije que tenía que hablar con las niñas antes —explicó ella sintiendo que le temblaba la voz.

—Querías que ellas decidieran —dijo él.

—Es su padre.

Niall asintió varias veces y después se volvió bruscamente y caminó hacia el coche.

—¿Qué haces? —dijo ella siguiéndole.

—Tengo una sesión, si nos vamos ya quizá llegue a tiempo —dijo sin detenerse.

—¿Y ya está? —gritó ella parándose en seco—. ¿No vas a decir nada más?

Niall se volvió muy despacio, su mirada era tan dura que la sintió como un golpe.

—No tienes remedio, prefieres ser una mujer débil, encogida y asustada. No quieres enfrentarte a la vida, luchar por lo que tú quieres. Sigues escondiéndote detrás de los demás, de sus deseos y sus decisiones. —Se acercó a ella furioso—. ¡Tú me quieres, maldita sea! ¡Me quieres!

Olivia sintió que las lágrimas tomaban el control y se acercaban al borde del abismo. Deseaba que la abrazara, que la besara...

—Adelante, sacrificate por los demás —hablaba con tanto dolor que apenas podía contener sus propias lágrimas—. Dentro de unos años cuando tus hijas se marchen para hacer su vida y tengas a tu lado a un hombre al que no amas pensarás en este día. ¡Pensarás en mí! Quiero que ese día recuerdes esto.

Puso una mano en su nuca y la atrajo hacia él para besarla. Al principio Olivia se resistió, pero en cuanto sintió la familiar caricia de sus labios dejó que tomara posesión de lo que sabía que era suyo. Lo rodeó con sus brazos y se pegó a su cuerpo como si quisiera fundirse para siempre, para no tener que separarse de él. Cogieron una manta del maletero y fueron hasta un lugar apartado entre los árboles. Él la desnudó despacio, quería que aquella última vez fuese especial, como todas las veces que habían hecho el amor. Acarició cada porción de piel y huesos, cada pedazo de carne, cada rincón oculto. Hizo con su lengua un mapa que después recordaría cuando ya no la tuviese. Luego la dejó hacer a ella y su boca lo llevó hasta el éxtasis del placer.

No hablaron, dejaron que sus cuerpos dijese lo que de verdad sentían. No había palabras que pudiesen expresarlo mejor. Cuando ya estaba dentro de ella, Niall entrelazó sus manos inmovilizándolas a los lados de su cabeza. La miró a los ojos mientras se movía y vio las lágrimas que caían hacia los lados, imparables. Eso lo embraveció y aceleró sus investidas tratando de frenar la pena que lo atenazaba. Ella intentó zafarse de sus manos, quería abrazarlo, besarlo, que supiera que lo amaba. Pero él no la soltó y siguió moviéndose dentro de ella provocándole un orgasmo que subía y bajaba en intensidad, pero no terminaba nunca.

Nicole miraba a su hermana sin dar crédito.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

La había llamado para saber cómo había ido el viaje y se había encontrado con una tragedia griega. Le dijo a su secretaria que tenía una reunión para comer, se presentó en el trabajo de su hermana y la sacó de allí. Olivia insistió

en ir a su casa, no quería que Nicole se pusiera a gritar en el restaurante y la pusiera en evidencia.

—¿Qué puedo hacer? —La miraba con la derrota en los ojos.

—¿Quieres a Niall! ¿Cuál es la duda?

—No puedo hacerles eso a las niñas —dijo con la voz ronca—. Si hubieras visto lo contentas que se han puesto al saber que su padre va a volver. ¡Es su padre, Nicole!

—¡Y no dejará de ser su padre porque viva en otra parte!

Olivia se movía por la cocina preparando una ensalada. Trataba de mantenerse ocupada.

—Tengo que pensar en mis hijas —dijo como si fuese un mantra un millón de veces repetido.

—Es un cabrón y un hijo de puta —dijo su hermana sin ambages—. ¿Por qué tienes que sacrificar por él? No va a dejar de ser su padre, aunque eso signifique bien poco.

Olivia negó con la cabeza. Su hermana no tenía hijos, eso era lo que pasaba. No entendía nada. No sabía lo que es llevar a un ser en tu vientre, sentirlo crecer y verlo nacer. No tenía ni idea de lo que ella sería capaz de sacrificar por sus hijas.

—Olivia, ven —la llamó su hermana tratando de pensar con serenidad—. Siéntate un momento. Ninguna de las dos va a comer nada hasta que hayamos hablado, así que deja de hacer eso.

Olivia cerró los ojos un momento y cogió aire. Después de unos segundos se rindió y fue a sentarse con Nicole que la miraba con todo el cariño del mundo.

—¿Has hablado con Niall? —preguntó.

Olivia asintió y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Tú te estás viendo? —dijo con ternura—. Estás destrozada.

Su hermana asintió, no tenía caso negar lo evidente. La miró a los ojos con serenidad y firmeza.

—Estoy destrozada, sí. Quiero a Niall, sí. Pero también quiero a Vic, no he dejado de quererlo a pesar de que se marchase. Y es el padre de mis hijas. No voy a negarles la oportunidad de crecer con su padre, de tener una familia estable que les dé seguridad y tranquilidad. Yo escogí esta vida, yo debo pagar mis errores, no ellas.

Nicole cogió sus manos, emocionada.

—Siempre has sido una persona increíble —dijo con la voz temblorosa—.

Eres generosa y entregada, siempre se puede contar contigo. Pero solo tienes una vida, Olivia. Piénsate bien lo que vas a hacer, porque llegará el día en el que Rohana y Edeline hagan su vida y entonces te encontrarás sola, con él.

Olivia asintió.

—Lo sé —dijo—. Es lo mismo que me ha dicho Niall.

Nicole trató de sonreírle.

—Es un chico listo —dijo.

—Es el hombre más maravilloso que he conocido —dijo Olivia con tristeza—. ¿Sabes que al principio pensé en él para ti?

Nicole sonrió más abiertamente.

—Los dos lo supimos —dijo—. La noche que lo llevé a casa lo hablamos y nos reímos bastante los dos. —Le apretó la mano con firmeza—. Ya estaba por ti. Lo estuvo desde que te vio por primera vez. Me lo dijo.

Olivia frunció el ceño y su hermana asintió.

—Todo eso no importa —susurró—. Él tiene a su hija...

En ese momento se dio cuenta de que lo había dejado en un mal momento para él, cuando acababa de descubrir un secreto terrible y sintió que el puñal que llevaba clavado en el pecho se hundía hasta la empuñadura.

El timbre de la puerta las sobresaltó.

Atravesando bosques inhóspitos

—Hank —Olivia no pudo disimular su sorpresa al ver el demacrado rostro de su vecino—. ¿Qué ha pasado? Pasa, pasa.

El hombre entró arrastrando los pies y Olivia sintió pánico.

—¿Le ha ocurrido algo a...?

—No, no —dijo él echándose a llorar—, está bien, Jaycie está bien.

Olivia lo abrazó y lo llevó hasta la cocina.

—¡Hank! —lo llamó Nicole al verlos entrar—. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué lloras? Ven, siéntate, te prepararemos un café o algo. ¿Has comido?

El hombre negaba con la cabeza y se limpiaba los ojos con el dorso de la mano. Había perdido mucho peso y se veía agotado.

—Hemos pasado la mañana en el hospital —explicó—. Hoy nos daban los resultados de las pruebas.

Olivia se esperaba lo peor y sintió que no le quedaban fuerzas para escuchar malas noticias.

—¡Está curada! —dijo Hank y los sollozos lo sacudieron con fuerza obligándole a taparse la cara.

Olivia miró a Nicole sin comprender. Su hermana tenía los ojos llenos de lágrimas y se levantó para abrazar a Hank.

—¡Qué alegría, Hank! —dijo al tiempo que le frotaba la espalda con cariño—. Lloro, hombre, llora todo lo que quieras.

Durante un buen rato el marido de Jaycie no pudo decir una palabra, tardó bastante en serenarse. Mientras Nicole lo consolaba con palabras cariñosas, Olivia preparó café y sacó unas pastas.

—Perdonadme —dijo el hombre—, he vivido con una tensión insoportable. No me importaba tener que tirar del carro. ¿Cómo iba a importarme después de que mi Jaycie lo haya estado haciendo durante años? —Movié la cabeza negando—. Pero verla sufrir, con la amenaza constante de perderla... Ha sido lo peor que me ha pasado en la vida. ¡Dios! —gritó.

Olivia le acarició el brazo.

—Suelta todo lo que tienes dentro —dijo, comprendiendo que no podía hacerlo delante de su mujer.

—No podría —dijo él después de secarse los ojos con un pañuelo y recuperar un poco de calma—. Si sacase lo que llevo dentro no dejaría un mueble sano.

Olivia sonrió.

—Entonces mejor bébete el café y cómete una de esas deliciosas pastas —dijo.

—Estoy deseando recoger a Lillian en el colegio para contárselo —dijo Hank emocionándose otra vez—. No os imagináis lo que ha sido esto para mí. Yo soy un tío muy normal, uno del montón. Nunca he comprendido por qué Jaycie me aceptó. Quiero a esa mujer con todo mi ser, hasta el tuétano de mis huesos. Daría la vida mil veces por cada porción de su ser. No hay nada de ella que no me guste. —Había abierto las compuertas y ya no había quién pudiese pararlo—. Adoro cada uno de sus lunares, me encantan esas arruguitas que le han salido alrededor de los ojos y por las que ella despotricaba cada mañana. Me encanta su pelo y esos rizos que a ella la desquician. Para mí sigue siendo tan deseable como siempre, no se ha reducido ni un pelo el amor que le tengo desde el primer día... Hace una semana me preguntó si no preferiría que se muriese para no tener que cuidar toda la vida de una enferma. ¡Dios! Aunque tuviese que sostenerla todos los días de mi vida, merecería la pena.

Rompió a llorar de nuevo y Olivia lo observó ahora de otro modo. Se había quedado petrificada, como si una enorme ola avanzase imparable hacia ella y no hubiese ningún lugar dónde esconderse. Nicole la vio y frunció el ceño, su hermana tenía el rostro descompuesto, las manos crispadas y los tendones de su cuello se marcaban como si alguien estuviese tirando de ellos.

Por la cabeza de Olivia se sucedían preguntas sin respuesta, imágenes inconexas, sensaciones y emociones en una espiral acelerada que amenazó con tragárselo todo. Vio a Jaycie, dentro de unos años, sentada junto a Hank en el sofá, mirando la tele cogidos de la mano. Viejos. Solos. Ella le miraría y él le devolvería la mirada con una sonrisa cómplice. Miles de buenos recuerdos atesorados. Una vida amándose el uno al otro, atravesando bosques inhóspitos, mares embravecidos...

Y ahora se vio a sí misma en ese mismo momento del futuro. Sentada junto a Vic en la cocina. Uno frente al otro. Viejos. Solos. Él la miraría y ella le devolvería la mirada con una sonrisa triste, amargada. Miles de malos recuerdos atesorados. Una vida vaciándose el uno al otro, enredados entre las ramas secas de la desesperación, ahogados por mares de lágrimas...

—Ve a casa, Hank —dijo de repente poniéndose de pie—. Ve con Jaycie.

Su vecino se secó las lágrimas de nuevo y se bebió el café de un trago tratando de recuperar la compostura.

—Llévale las pastitas a Jaycie y dile que iré a verla en cuanto pueda — dijo Olivia.

El hombre obedeció y salió de la casa después de agradecerles que le dejaran desahogarse. Nicole miraba a su hermana esperando una explicación.

—Necesito que te vayas —le pidió.

Nicole frunció el ceño.

—Confía en mí —dijo Olivia—. Sé lo que tengo que hacer.

Nicole asintió y cogió su bolso y su chaqueta del recibidor y salió de la casa. Olivia cogió el móvil y marcó el teléfono de su ex-marido.

Cuando Vic entró en su casa, Olivia pensó que nunca había estado más guapo. Se le veía más joven y seguro de sí mismo. Estaba claro que su aventura le había sentado bien.

—¿Has hablado con las niñas? —preguntó en el salón.

Olivia asintió.

—Están entusiasmadas —dijo—. Se han alegrado muchísimo de la noticia de tu regreso.

—Lo sabía —dijo él satisfecho—. ¿Entonces volvemos a estar juntos?

Se acercó a ella y la rodeó con sus brazos. Hasta Olivia llevó el aroma de su colonia, embriagador y penetrante.

—Antes tengo que contarte algo —dijo poniéndose serio—. Es algo muy grave y debes saberlo antes de tomar una decisión tan trascendental.

Vic frunció el ceño con preocupación. ¿Qué podía haber tan grave? Se sentó en el sofá y esperó a que hablase.

—Tengo un tumor cerebral —dijo Olivia—. Tranquilo, es benigno, no me matará. Pero tienen que operarme porque presiona una zona vital y eso podría tener consecuencias.

—¿Qué clase de consecuencias? —preguntó él pálido como la muerte.

—Podría perder el habla, la movilidad... No se sabe a ciencia cierta — siguió contando ella con expresión de enorme preocupación—. También podría no pasar nada, por supuesto, pero creo que es justo que conozcas todas las opciones.

Vic se llevó las manos a la cabeza aterrado. De pronto su vida daba un giro de noventa grados y no llevaba puesto el cinturón de seguridad.

—Si pasa algo de eso —siguió ella—, será mucho mejor que tú estés aquí para ocuparte de las niñas, y de mí, claro.

—¿Por qué no dijiste nada cuando hablamos? —le recriminó él.

—Me dio miedo —dijo ella—. Era tan sorprendente que hubieses vuelto...

—¡Deberías habérmelo dicho! —exclamó poniéndose de pie—. Ante de hablar con las niñas yo tenía que saberlo...

Olivia entrecerró los ojos sin perder detalle de todas sus reacciones. El sudor frío, la palidez, la crispación de sus manos... Se acercó a él y le rodeó el cuello con las manos.

—Juntos lo superaremos, ya lo verás —dijo—. Yo estoy dispuesta a perdonar que me abandonaras, a olvidar que llevases un año engañándome con otra. Estoy dispuesta a volver a convivir contigo como marido y mujer. ¿Cómo no me ibas a cuidar tú en caso de ser necesario? Que quizá no lo sea...

Él le hizo quitar los brazos de su cuello y la apartó con suavidad pero con firmeza.

—Esto lo cambia todo —dijo.

Olivia frunció el ceño.

—¿Lo cambia? —preguntó.

—No estamos hablando de un constipado, Olivia. ¿Cómo piensas que voy a atarme a una inválida el resto de mi vida? ¡Tendría que cuidar yo solo de las niñas!

—Eso es lo que he hecho yo durante años —dijo, taimada.

—Pero eso es distinto. ¡Yo no soy un tullido! —gritó.

—¿Eso sería yo para ti? ¿Una tullida?

—Es lo que has dicho. Por Dios, Olivia, estás hablando de que te abran la cabeza —dijo con repugnancia—. Te quedarás calva, se te caerá la baba...

Olivia no pudo contenerse y rompió a reír a carcajadas. Era tan patético lo que estaba pasando que no pudo más que reír sin parar.

—Pero ¿de qué te ríes, estúpida? —dijo él, confuso pensando si ya le estaría afectando el tumor.

Ella se rio con más ímpetu al tiempo que asentía.

—Sí, Vic, es el tumor —dijo, adivinando sus pensamientos y sin dejar de reír.

Su ex-marido movió la cabeza y salió de allí como alma que lleva el diablo. Olivia se dejó caer en el sofá llorando de la risa.

—¿De verdad no te importa?

Olivia hablaba por teléfono con su hermana mientras buscaba en su armario algo que ponerse.

—Tráelas a las tres aquí —añadió—. Podéis merendar, y que hagan los deberes. Te dejo que tengo que vestirme. Sí, tranquila, te lo contaré todo.

Colgó el teléfono y lo dejó caer sobre la cama. Ya había decidido. El pantalón y la blusa que llevaba el día que Niall la llevó por primera vez a su piso. Cuando ella huyó espantada por la verdad que vio en sus ojos. Se vistió con prisa y se cepilló el pelo antes de salir. No cogió el coche, en lugar de eso se llevó su querida bici verde con el casco a juego. Pedaleó contenta, feliz al fin después de tanto tiempo. En veinte minutos estaba frente al edificio de Niall. Había llamado a la oficina y le habían dicho que se había marchado a la hora de comer y no había vuelto. Tocó al timbre y esperó.

—¿Quién es? —La inconfundible voz del fotógrafo aceleró los latidos de su corazón.

—Asómate al balcón —pidió.

—¿Olivia? —su voz sonaba sorprendida.

—Asómate —repitió.

Niall se alejó del aparto y fue hasta las puertas de la terraza y las abrió. Cuando se inclinó sobre la barandilla la vio allí abajo con su bicicleta verde y el casco.

—Te espero —gritó ella sujetándose el casco con la mano como si temiera que se le pudiese caer—. Baja.

Niall no comprendía nada y no se movió.

—Nunca hemos dado un paseo en bici —gritó ella riendo—. Baja de una vez con tu bicicleta o tendré que cargar con esta y subir a buscarte.

En el rostro de Niall se dibujó una sonrisa involuntaria. Estaba hecho polvo, no podía ser verdad lo que su mente le decía. Ella no estaba allí. No había ido a buscarlo con su bicicleta.

Olivia empezó a tocar el timbre de la bici que sonaba ridículo, pero al hacerlo despertó la certeza en la mente del fotógrafo. Niall entró en la casa, se puso las zapatillas al tiempo que caminaba hasta la habitación de las bicis.

Lo vio a través del cristal de la puerta y sintió deseos de correr a abrazarlo, pero se contuvo. Se sentó sobre su sillín y comenzó a pedalear tomando la delantera. Niall subió a su montura como un jinete experto y se afanó en alcanzarla.

—¿A dónde vamos? —preguntó cuando estuvo a su lado.

—A dar un paseo —dijo ella mirándolo con una enorme sonrisa.

Fueron hasta el parque y dieron la vuelta completa aprovechando que había pocos niños. Al pasar junto al banco en el que solía sentarse quiso saludarlo como a un viejo amigo y sintió que la alegría se le colaba por todas partes como la brisa. Siguieron por la calle siete y se metieron en la vieja fábrica de la que solo quedaban los cimientos. Allí seguía el camino de robles que plantó William Calvey, el dueño de la fábrica. Doce robles a cada lado con un camino de tierra en medio. Querían reconvertir la fábrica en un centro comercial y aprovechar para adecuar los alrededores, como aquel camino. Pero, de momento, era solo para ellos.

Olivia se detuvo junto a uno de aquellos árboles y apoyó la bicicleta después de bajarse de ella. Se quitó el casco y lo colgó en el manillar mirando a Niall con una enorme sonrisa. En cuanto el fotógrafo estuvo libre corrió hacia él y se tiró a su cuello.

—¿Pero qué está pasando? —preguntó él sin saber, pero abrazándola igualmente.

—Pues que me he dado cuenta de que no quiero perderte —dijo ella mirándolo a los ojos—. Mis hijas tendrán a su padre, pero yo no lo quiero en mi vida.

Niall la levantó y dio una vuelta con ella en brazos antes de besarla.

—¿Por qué has cambiado de opinión? —dijo cuando volvió a dejarla en el suelo, separando los labios de su boca lo justo para que lo entendiese.

—Lo siento —dijo ella poniéndose muy seria y sin apartar sus ojos de aquel verde brillante.

—No te disculpes. —Sentía una profunda ternura—. No sé qué ha pasado, pero sea lo que sea doy gracias por ello.

—Te quiero —confesó ella—. Sé que no será fácil, los dos llevamos alforjas cargadas, pero te quiero y quiero hacerte feliz. ¿Quieres hacer esto conmigo?

Niall sonrió abiertamente, con una felicidad que le salía por los ojos y por cada poro de su piel. Sin responder, la besó. Con dulzura al principio, para después encenderla por dentro con un fuego que quería devorarla.

—¿Os vendréis a casa? —preguntó Olivia.

Él asintió.

—Sí, si tú quieres seguir viviendo ahí, nos mudaremos con vosotras —respondió.

Ella le acarició el rostro, necesitaba tocarlo para sentir que era real. Niall

bajó las manos hasta colocarlas en su trasero y la atrajo hacia él con un movimiento seco.

—Te quiero —dijo antes de besarla en el cuello. Después subió hasta rozarle la boca con su aliento, pero sin llegar a tocarla.

La mirada de Niall era evocadora y Olivia sintió que se derretía con una oleada de deseo. El fotógrafo sintió las manos femeninas colándose por debajo de su camiseta y un escalofrío vibró dentro de sus pantalones. Despacio se acercó a sus labios de nuevo mientras con sus manos la empujaba hacia su cuerpo. Cuando sus bocas se tocaron una explosión de emociones contenidas estalló entre ellos y en pocos segundos ambos respiraban con dificultad.

Olivia sentía que por fin había encontrado a la única persona que siempre sería suficiente, la única que podía complementarla. Niall la miró un instante para decirle con sus ojos que la quería como jamás había querido a una mujer y esperaba tener un larga vida para poder demostrárselo.

Y colorín colorado...

—¡Bieeen! —exclamaba Olivia dando palmas—. ¡Lo conseguiste!

—¡Ja, ja, ja, ja, ja! —Jaycie se reía a carcajadas montada en su bicicleta, pero ya con los pies en el suelo—. Estamos locas.

Olivia llegó hasta ella con dificultad y resoplando como un camionero.

—Deberíamos haber esperado —dijo Jaycie señalando su enorme barriga.

—¡Ufff! Cuando nazca el bebé ya sabes que no tendré tiempo para nada —dijo Olivia.

—Vas a tener mucha ayuda —dijo señalando a las tres niñas que jugaban con Niall a tres metros de ellas.

—Y cuarenta y un años —dijo Olivia.

—Has sido muy valiente. —Jaycie desmontó de la bicicleta y caminó junto a ella hasta un banco—. Podrían haber sido mellizos otra vez.

Cuando pasaron junto al banco su vecina hizo ademán de ir a sentarse.

—No, Jaycie, en ese no —dijo sonriendo—. Vayamos al otro lado, a donde da el sol.

¡Hola!

Espero que te haya gustado esta historia, porque pienso contarte más. Ya estoy trabajando en una nueva novela, esta vez protagonizada por Pierce, el hermano mayor de Niall. Como habrás adivinado también buscaré una trama para Lewis, el pequeño de los Fuller, y para Nicole, la hermana de Olivia.

¿Cuento contigo para acompañarme en esta aventura? Espero que sí.

Abrazos, besos y mucho amor.

Kate Dawson

Table of Contents

[Contenido](#)

[Perdiendo el miedo](#)

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Y colorín colorado](#)

[Un apunte lector](#)